

SEVERO SARDUY COBRA



EDITORIAL SUDAMERICANA

Annotation

Sarduy divierte, arrastra, provoca, asombra, seduce... El más representativo, el más dotado y también el más raro de los 'nuevos novelistas'. (F. Wagener. Le Monde.)

Dos relatos entrecruzan sus voces en esta novela.

El primero narra la vida de Cobra, un travesti, la transformación compulsiva de su cuerpo, su pasión que quizás compensarán sus breves apariciones de Reina, en el Teatro Lírico de Muñecas. Ritual cuya equivalencia buscaríamos en vano en Occidente y que sólo igualan la devoción y el rigor con que los actores se transforman durante días enteros en los teatros religiosos de la India, donde, una vez en posesión de sus trajes (aún fuera de escena) son venerados o temidos.

La Señora, celestinesca, y Pup, enana blanca ocurrente y parlanchína (un doble miniaturizado de Cobra) auspician las metamorfosis.

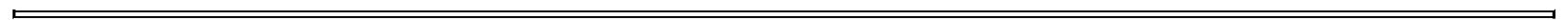
En el segundo relato Cobra es iniciado a lo que es quizás una banda de cuatro 'black jackets' que han adoptado nombres-fetiches (Tundra, Escorpión, Totem y Tigre) y cuyas ceremonias baratas conforman un sueño... o a una secta de lamas tibetanos que se esfuerzan, lejos de las fuentes, por dar vida a sus ritos. Aventura cuyo decorado es el de los suburbios parisienses o el de los paisajes de la pintura china. La búsqueda de todos es la del erotismo, ausencia donde surge la muerte: la de Cobra, cuyos funerales se celebran en un sótano húmedo de Amsterdam, según los ritos del Libro Tibetano de los Muertos.

Finalmente, el Diario Indio -concluído en un monasterio budista de Nepal- traza la parábola de un viaje y la culminación del diálogo que toda la novela escucha: Oriente/Occidente.

Serpiente Sagrada, Cobra es un anagrama de Copenhague, Bruselas y Ámsterdam, el nombre de un grupo de pintores, el verbo cobrar... un eco de 'barroco' y de 'Córdoba'.

-
- - - [TEATRO LÍRICO DE MUÑECAS](#)
 - [ENANA BLANCA](#)
 - [A DIOS DEDICO ESTE MAMBO](#)
 - [LA CONVERSIÓN](#)
 - [¿QUÉ TAL?](#)
 - - [LA INICIACIÓN](#)
 - [EAT FLOWERS!](#)
 - [PARA LOS PÁJAROS](#)
 - [BLANCO](#)
 - [DIARIO INDIO](#)
 - [notes](#)
 -
 -
 -
 -
 -

-
-
-
-
-
-
-



Cobra

Severo Sarduy

COBRA I

TEATRO LIRICO DE MUÑECAS I Y II
ENANA BLANCA I Y II
A DIOS DEDICO ESTE MAMBO
LA CONVERSIÓN
¿QUÉ TAL?

TEATRO LÍRICO DE MUÑECAS

I

Los encerraba en hormas desde que amanecía, les aplicaba compresas de alumbre, los castigaba con baños sucesivos de agua fría y caliente. Los forzó con mordazas; los sometió a mecánicas groseras. Fabricó, para meterlos, armaduras de alambre cuyos hilos acertaba, retorciéndolos con alicates; después de embadurnarlos de goma arábica los rodeó con ligaduras: eran momias, niños de medallones florentinos.

Intentó curetajes.

Acudió a la magia.

Cayó en el determinismo ortopédico.

Cobra. Dios mío —en el tocadiscos, como es natural, Sonny Rollins— ¿por qué me hiciste nacer si no era para ser absolutamente divina? —gemía desnuda, sobre una piel de alpaca, entre ventiladores y móviles de Calder—. ¿De qué me sirve ser reina del Teatro Lírico de Muñecas, y tener la mejor colección de juguetes mecánicos, si a la vista de mis pies huyen los hombres y vienen a treparse los gatos?

Tomaba un sorbo de la “piscina” —ese jarrón en que la Señora, para compensar los rigores del verano y la práctica reductora, le servía un sirope de frambuesa con hielo frappé—, se alisaba las enmarañadas fibras de vidrio, con un cartabón milimétrico, se medía los rebeldes y atacaba otra vez el “Dios mío, por qué...”, etc.

Empezaba a transformarse a las seis para el espectáculo de las doce; en ese ritual llorante había que merecer cada ornamento: las pestañas postizas y la corona, los pigmentos, que no podían tocar los profanos, los lentes de contacto amarillos —ojos de tigre—, los polvos de las grandes motas blancas.

Aun fuera de la escena, una vez pintados y en posesión de sus trajes, la Reina era obedecida, y huían por los pasillos o se encerraban en las alacenas y salían embarrados de harina los criados a la bigotuda aparición de un Demonio.

Rauda, desgreñada, reverso del fasto escénico, la Señora se deslizaba en pantuflas de Mono Sabio, disponiendo los paravanes que estructuraban aquel espacio décroché, aquella heterotopia —fonda, teatro ritual y/o fábrica de muñecas¹, quilombo lírico— cuyos elementos sólo ella salvaba de la dispersión o el hastío. Surgía en la cocina, en el humo anaranjado de una salsa de camarones, corría por los camerinos llevando un plato de ostras, preparaba una jeringuilla o mojaba en laca un peine para retorcer un bucle recalcitrante.

Iba y venía pues la Buscona, como les decía hace un párrafo, por los corredores de aquel caracol de cocinas, cámaras de vapor y camerinos, atravesando en puntillas las celdas oscuras donde dormían todo el día, presas en aparatos y gasas, inmovilizadas por hilos, lascivas, emplastadas de cremas blancas, las mutantes. Las redes de su trayecto eran concéntricas, su paso era espiral por el decorado barroco de los mosquiteros. Vigilaba la eclosión de sus capullos, la ruptura de la seda, el despliegue alado. El Museo Guggenheim, con sus rampas centrífugas, era menos mareante que éste, turbio y reducido a un solo estrato, que con su diurno deambular animaba la Alcahueta: castillo circular aplastado, “laberinto de la oreja”. Con un algodón empapado en éter calmaba a las sufrientes, daba un gin tonic a las sedientas, y a las que impacientaba la espera entre compresas de terebentina ardiendo y emplastes de hojas machucadas, su consejo predilecto: sean brechtianas.

Regía trenzando moños, reduciendo con masajes de hielo aquí un vientre, allá una rodilla, alisando manazas, afinando con inhalaciones de cedro los vozarrones rebeldes, disimulando los pies irreductibles

con una plataforma doble y un tacón piramidal, distribuyendo aretes y adjetivos.

Cobra era su logro mejor, su “pata de conejo”. A pesar de los pies y de la sombra —cf.: capítulo V—, la prefería a todas las otras muñecas, terminadas o en proceso. Desde que amanecía escogía sus trajes, cepillaba sus pelucas, disponía sobre los sillones Victorianos casacas indias con galones de oro, gatos vivos y de peluche; ocultaba entre cojines, para que la sorprendieran a la hora de la siesta, acróbatas de cuerda y encantadores de serpiente que al ser tocados ponían en marcha un *Vals sobre las olas* con chirridos baritonales, de flautilla de lata. Luego se entregaba a la contemplación del retrato gigante que, enmarcado entre banderolas rojas, presidía con su ampliación en colores aquel aposento.

Estimadas lectoras:

sé que a estas alturas no os cabe la menor duda sobre la identidad del personaje allí desmesurado: claro, era Mei Lan Fang. Aparecía el octogenario *impersonator* de la Ópera de Pekín en su caracterización de dama joven —la coronaba una cofia de cascabeles— recibiendo el ramo de flores, la piña y la caja de tabaco del viril presidente de una delegación cubana.

Ya cuando cada rizo estaba en su lugar, entonces la Madre concertaba encuentros, cumplimentando las peticiones de los más insistentes y manisuelos, espaciando los horarios de las más solicitadas, tramando coincidencias en las celdas de las menos. A estas últimas, para corregir una vez más las leyes naturales y salvar el siempre incierto equilibrio entre la oferta y la demanda, daba sus mejores consejos y descubría las debilidades de cada cliente: sabían las malhadadas quién era foot adorer y ante quién había que bailar una javanesa en traje de Mata Hari y poniéndose un lavado.

La escritura es el arte de la elipsis: en vano señalaríamos que de todas las agendas era la de Cobra la más frondosa. La seguían la Dior en ramos de orquídeas recibidos sin remitente, la Sontag en joyas de Cartier y mesas reservadas en Maxim’s, la Cadillac en el número de horas que la habían esperado convertibles cola de pato con choferes negros vestidos de blanco y en el resto de agasajos que, antes de que envíe la tarjeta de visita, ya han presentado a un hacendado sudamericano.

Lo que sí merece mención es que los fervientes de Cobra no se amotinaban más que para adorarla de cerca, para permanecer unos instantes en su muda contemplación. Un londinense, paliducho importador de té, le trajo una noche tres tamborines para que a su ritmo ella, cargada de pulseras, de címbalos, de antorchas y arcos, le impusiera los pies, como Durga al demonio convertido en búfalo.

Algunos, serenos, pedían besarle las manos; otros, más turbados, lamer sus ropas; unos pocos, dialécticos, se le entregaban, suprema irrisión del yang.

La Buscona acordaba citas por orden de certidumbre en el éxtasis: los contemplativos y espléndidos la obtenían para la misma noche; los practicantes y agarrados eran postergados por semanas y sólo tenían acceso al Mito cuando no había mejor postor.

...Caía en un sillón, de golpe, la Madre, rendida. Le echaban fresco. Aun allí seguía dirigiendo la mise-en-scène, el tráfico de tarimas y atuendos entre el espectáculo visible —donde ya cantaba la Cadillac— y el teatro generalizado en los sucesivos aposentos.

La escritura es el arte de la digresión. Hablemos pues de un olor a hachís y a curry, de un basic english tropezante y de una musiquilla de baratijas. Esa ficha señalética es la del indio costumista, que tres horas antes de que se descorrieran los telones del show llegaba con su cajita de pinceles, sus minuciosos frascos de tinta y “la sabiduría —decía el propio enturbantado, de perfil, mostrando su único arete— de toda una vida pintando la misma flor, dedicándola al mismo dios”.

Iba pues decorando las divas con sus arabescos teta por teta, que éstas, por redondas y turgentes, más fáciles eran de ornar que los pródigos vientres y nalguitas boucherianas, rosa viejo con tendencia al desparramo. Desfilaban las divinidades roncadas ante el inventor de alas de mariposa y allí permanecían

estáticas, el tiempo de repasar sus canciones; aplicado, el miniaturista in vivo de las heladas reinas de grandes pies iba encubriendo la desnudez con orlas plateadas, jeroglíficos de ojos, arabescos y franjas de arcoiris, que según la inserción y el aguaje las adelgazaban o no; disimulaba de cada una las desventajas con volutas negras y subrayaba los encantos rodeándolos de círculos blancos. En las manos les escribía, con azafrán y bermellón, los textos de entrada a escena, los más olvidables, y el orden en que debían recitarlos, y en los dedos, con diminutas flechas, un esquema de sus primeros desplazamientos. Dejaban al encargado de asuntos exteriores, de la cabeza a los pies hechas para el amor, tatuadas, psicodélicas todas. La Señora las revisaba, les pegaba las pestañas y una etiqueta OK a cada una y les daba una nalgada y una pastilla de librium.

La escritura es el arte de recrear la realidad. Respetémoslo. No ha llegado el artífice himalayano, como se dijo, alhajadito y pestiferante, sino con un recién planchado y viril traje cruzado color crema — en la corbata de seda una torre Eiffel y una mujer desnuda acostada sobre el letrero *Folies Cheries*.

No. La escritura es el arte de restituir la Historia.

El orfebre dérmico luchó en la corte de un marajá, cerca de Cachemira. Era maestro en llaves y en muecas —que desmoralizan al enemigo— ; podía, esbozando una vuelta camera, caer sobre las manos y derribar con un doble puntapié en el vientre a un agresor que embiste, o haciéndolo girar sobre sí mismo, hundirle en la nuca el puñal con que ataca.

Agitando un pañolón de madras con la mano derecha le encajaba a un tigre camboyano una jabalina en el costado izquierdo.

Creía en la sugestión, en la técnica del asombro y en que la victoria es irrevocable si logramos asustar al adversario al aparecer; se desfiguraba con parches y postizos, surgía ante los contrincantes boquiabiertos con dos narices o con una trompa de elefante roja como un pimiento, suspendida a la frente por un muelle. Aprendió de sus cotidianas encarnaciones en demonio, el arte del tatuaje y las coartadas ventrílocuas, que hacen volverse al rival.

Había escapado de la revolución cachemira con lina maleta de joyas que dilapidó en barcas floridas —los burdeles lacustres del norte— con enchapadas de colorete, y en torneos fallados de antemano —lo aclamaron Invencible— contra los campeones llegados de Calcuta; había animado una escuela de lucha en Benares, y en Ceilán un despacho de infusiones en cuyos entablados, que se imbricaban en espiral como los de una torre, venían a acostarse al anochecer, entre saquitos de té, obesas matronas pintarrajeadas.

Fue concesionario de especias en Colombo. Huyó una noche, después de perder un pugilato. Las llamas fueron ganando, desde las cuerdas que la afianzaban a la tierra, la carpa del circo que albergaba a los vencedores.

Su última proeza fue una fanfarronada en un pancrancio de Esmirna: sin concederse entreactos redujo a tullidos a seis campeones turcos. Tan erguido, tan imperturbable permaneció cuando le asestaron un golpe, cuando trepando de un salto sobre su vientre le tiraron los gigantes del pelo, como quien escala un farallón asiendo lianas, y luego fue tal su acometida en el lupanar en que, pasando por la piedra eunucos y mujerangas, celebró sus trofeos, que la matrona —un griego obeso, montado en tacones y con una flor en la cabeza—, ganada por la comezón filológica y para evocar a la vez su verticalidad en la arena y su embiste licencioso, lo apodó Eustaquio.

Pasó pues a Occidente con ese nombre, lo único que conservó de sus andanzas gimnásticas.

Encubría bajo un delito benigno —traficante de apio—, su verdadera infracción.

Fue contrabandista de marfil en los rastros ju —dios de Copenhague, Bruselas y Amsterdam; cultivó hasta la manía un inglés clásico y unos cabellos negros y brillantes que, sobresaliendo de un bonete de gamuza verde, se continuaban con una barba oficialmente oriental, peinada y lacia.

Un espejo abombado y otros doce más pequeños que lo rodeaban multiplicaron su imagen cuando

entró con una sirvienta mofletuda en una casa de muros y puertas blancos que cerraban aldabones negros.

Por las ventanas ojivales rondeles de vidrio opaco filtraban un día gris y húmedo. De un baúl sienés sobresalía un tapiz flamenco. Colgaban de las vigas arenques ahumados y racimos plateados de ajo. En una mesa había una balanza y una biblia abierta cuyas iniciales eran hipogrifos mordeándose la cola, sirenas y harpías; entre las letras saltaban liebres. Junto al libro un reloj de arena. Reflejo de un vaso de vino, temblaba sobre el mantel una línea transparente y roja.

En un estante, tras unos frascos de cereza en aguardiente, la sirvienta escondió una bolsa de florines.

La escritura es el arte de descomponer un orden y componer un desorden.

La Señora había descubierto al indio entre los vapores de un baño turco, en los suburbios de Marsella. Quedó tan estupefacta cuando, a pesar del vaho reinante, distinguió las proporciones con que Vishnú lo había agraciado que, sin saber por qué —con estos jeroglíficos, y sin revelarnos que lo son, nos asombra el destino— pensó en Ganecha, el dios elefante.

Aprovechemos esos vapores para ir disolviendo la escena. La siguiente se va precisando. En ella vemos al pugilista en plena posesión de su pericia escriptural, “que vela sin vestir y orna sin ocultar”, aprestando para el espectáculo a las modelos del Teatro Lírico de Muñecas.

Con tanto capullo en flor, tanta guedeja de oro y tanta nalguita rubensiana a su alrededor, está el cifrador que ya no sabe dónde dar el cabezazo; intenta una pincelada y da un pellizco, termina una flor entre los bordes que más dignos son de custodiarse y luego la borra con la lengua para pintar otra con más estambres y pistilos y cambiantes corolas. Se arremolinaban a su alrededor las Spaventosas y con la abertura de las tintas comenzaba el correteo. A medio vestir, bostezantes y empapadas, lo esperaban las hadas con nuez echando ansiosas partidas de tute y tomando cerveza en lata. Era tal la cumbiamba que reinaba en los vericuetos del Templete que la Señora ya no sabía cómo intimidar a las meninas para que no perdieran el self-control según aparecía Eustaquio el Sabrosón.

Llegaron a organizar batallas navales en la bañera, que eran chapaletes y sumergidas introducciones; las “guerras floridas” arruinaron el mobiliario art nouveau de la Matrona.

Hasta un día.

Apareció la Señora, con una escoba de yarey en la mano y tan amarilla de ira que parecía una azafata asiática. Tres juguetones, en paños menores, se habían envuelto en un cubrecama rojo: “a pachanga de amor felpa de vino” —jaraneaba Eustaquio—. La Cadillac, que repasaba su lección de bel canto en medio del retozo, no se dio por enterada: apretó el timbre de alarma y siguió vocalizando.

Acometió la biliosa contra el envoltorio espasmódico como si fuera a apagar un fuego; arremetía con la devoción de quien flagela un penitente blandiendo una disciplina de perdigones en las puntas.

Oyó una saeta. Sintió en la boca un esponjazo de vinagre. Con una mano abierta se golpeó la frente.

Iba / descalza, arrastrando incensarios,
/ virriajada con cruces de aceite negro,
/ en hábitos carmelitas, de saco, un cordón amarillo a la cintura,
/ envuelta en damascos y paños blancos, con un sombrero de alas anchas y una vara,
/ desnuda y llagada, bajo un capirote.
Atravesaba / corredores encalados, con barcos de madera suspendidos al techo y lámparas de plata en
forma de barco,

/ capillas octogonales de altas cúpulas, torbellinos de ángeles de yeso cuyas paredes soportaban estantes cargados de coronas, brazos y corazones de oro, cabezas que se abrían mostrando una hostia, tubillos de cristal con ceniza.

En una custodia brillaba un amuleto funerario en cuyo círculo central, protegidos por dos cristales tallados, rodeados de cuentas de ámbar, se apilaban huesecillos porosos —dientes de niño, cartílagos de pájaro—, de bordes afilados, que ataba un cintillo de seda con iniciales góticas y nombres alemanes en tinta negra.

En la sacristía los monaguillos jugaban a las barajas. Sobre una despensa de madera, entre opacos jarrones y panes envueltos en servilletas blancas, relucían tres vasos de plata.

Se encontró en una plaza.

El suelo estaba inclinado. Sobre un arco de piedra, águilas de oro, yugos, haces de flechas, intrincados nudos.

La rodeaban en trance los devotos, orando, fustigándose a sí mismos, sonando matracas.

MÚSICA SEVILLANA

La Señora —encerrada en paño crudo, autosacramental, torquemadesca—: ¡Mal convertidos! —y un escobazo— ¡Posesos! —se persignó tres veces, escupió el envoltorio de pana roja, se dio un golpe de pecho—. ¡Sabandijas emponzoñadas! —roció con aguardiente la trinidad encapuchada: no encontró alcohol—. ¡Ardan, cuerpos hirvientes de gusanos!

El capirote de tres picos:.....

Cuando volvió en sí la Señora, dejó salir del envoltorio a tres tumefactos avergonzados: el indio, of course, Zaza y Cobra: —A partir de esta noche— logró articular jadeante, dirigiéndose a la Cadillac, que interrumpió entonces sus gorgoritos —, usted será reina del Teatro Lírico de Muñecas. Ha demostrado con su ejemplo que en arte, si se quiere llegar a algo, hay que trabajar aunque no estén reunidas las condiciones óptimas.

Y usted —se limitó a ordenar al indio—, vístase y váyase. Dios mío —añadió sollozando—, a esta casa la ha perdido la trompa de Eustaquio.

Lo cual no impidió que unos días más tarde ya comunicara otra vez a las muñecas, el perverso, su nirvana: penetraba entre florales contornos, las contemplaba retozar frente a un espejo veneciano, rociándolas de jengibre las despatarraba sobre una piel de bisonte, desnudas pero coronadas por torres de plumas —ja eso nos llevará la decadencia de Occidente!—, y se acostaba él boca arriba sobre la bestia, las caderas flanqueadas por los cuernos, haciéndose de rogar, oliéndolas, prolongando los preámbulos. Lento, parsimonioso, con alambicadas cortesías las atraía sobre sí: mientras penetraba el cuerno medio los laterales iban rasgando. No se sabía de qué gemían, ni cuando pedían más, qué darles.

Del techo colgaba, toda desvencijada, una red de alambre y de cables en cuyos extremos pendían zócalos, círculos rojos de papel celofán y un bombillo roto y chispeante.

La escritura es el arte del remiendo. De lo que precede se infiere que:

si el indio es tan priápico y gozador como habéis oído, nunca terminará de encubrir con sus signos la desnudez de las coristas ni las mismas podrán someterse impasibles a la torturante contemplación de sus dones, que lo es mucho más si se tiene en cuenta el desabotonamiento que impera en la farándula

AHORA BIEN:

1. sin pintura corporal no puede tener lugar el espectáculo; éste, y aun sobornándolos con crecientes gratificaciones, es el atuendo mínimo que exigen los agentes de la “mundana”; de nada valdría recurrir a los otros, a nadie le interesan;

2. sin “cuadros plásticos” no hay clientes, ni sin ellos puede mantenerse la fábrica de muñecas, que sólo de subsidios, si bien interesados generosos, vive;

3. sin fábrica de muñecas, su tema —*la Señora*: Ah, porque la literatura aún necesita temas... Yo (que estoy en el público): Cállese o la saco del capítulo— no puede continuar este relato.

ERGO:

El indio tiene que ser como en su primera versión. Y de hecho así es.

¡Sólo un tarado pudo tragarse la a todas luces apócrifa historieta del pugilista que, de buenas a primeras, aparece en un cuadro flamenco y renuncia a su fuerza de macho de pelo en pecho nada menos que para encasquetarse un bonete verde y ponerse a traficar florines! ¡Vamos hombre!

Es cierto que Eustaquio amenizó la corte de un marajá, pero, como era de esperarse, en tanto que bailarina desnuda y coreógrafo ritual; es cierto que peina “seda de caballo”: la guarnece de claveles — que se pega con scotch tape— para bailar bulerías.

Tampoco nos faltan datos de su periplo occidental. Consignaré sólo uno: se le identificó a bordo de “La Neutral”, una casa de gomas y trucos del Barrio Chino de Barcelona. Cataba preservativos y bulbos para cánulas; fabricaba, en caucho pintado, vómitos, excrementos y lombrices que saltan de un habano. El emblema de ese expendio, como ella cacofónico, pudo ser el de su vida: MARAVILLAS DE ASCO CÓMICO.

Si se pasea impunemente entre las bambolonas es porque, como suele suceder, ha puesto entre paréntesis sus vehículos somáticos. Aunque para el placer bastan los bordes —Lacan se lo explicó un día—, poco disfruta de los suyos el as del ramillete.

Restablecido el orden en el departamento de pictogramas, el indio acaba de cubrir a las coristas de pistilos plateados, alas de mariposas melanesias, ramas de almuérdago, plumas de pavo real, monogramas dorados, renacuajos y libélulas, y a Cobra —que es otra vez reina— de pájaros del trópico asiático irisando la frase “Sono Assoluta” en indi, bengali, tamil, inglés, kannala y urdú.

Ensaya nuevos tintes en su propia cara, se alarga los ojos, para ser más oriental que nature; un rubí en la frente, sombra en los párpados, perfume, sí, se perfuma con Chanel Eustaquio y se desvanece, danzante, por el pasillo.

Un timbre.

Ábrense los telones del show.

Que luego tornaré a contaros.

Anclas planas la fijaban a la tierra: dejaban que desear los pies de Cobra, “eran su infierno”. Los encerraba en hormas desde que amanecía, les aplicaba compresas de alumbre, los castigaba con baños sucesivos de agua fría y caliente. Fabricó, para meterlos, armaduras de alambre cuyos hilos acortaba, retorciéndolos con alicates; los forzó con mordazas; los sometió a mecánicas groseras; después de embadurnarlos de goma arábiga los rodeó con ligaduras: eran momias, niños de medallones florentinos.

Intentó curetajos.

Acudió a la magia.

Cayó en el determinismo ortopédico.

Un mediodía en que, vencidas las cambreras, indagaba en los ficheros de la Biblioteca Nacional, creyó encontrar la solución en el “*Méthode de réduction de testes des sauvages d’Amérique selon l’aveu Messire de Champignole serviteur du roy*”. En el burlesco se corría que había fletado un comando para investigar el procedimiento in situ, sobornado etnólogos, hipotecado su alma; se aventuró que todo lo pagaba la CIA y no era más que una maquinación de su doble —la Cadillac— para arruinarla por la base y sustituirla definitivamente en el Teatro Lírico de Muñecas.

Un vaho verdoso, de alcanfor, emanaba del tugurio de Cobra, arabesco que se iba ensanchando hasta abrirse en una banda espiral, nebulosa, en un caracol que se expandía, de menta. Encerrados en frascos transparentes por todas partes retoñaban cepos, hojas anchas y granuladas, retorciéndose, pestilentes arbustos enanos, flores enfermas cuyos pétalos roían larvas diminutas y brillantes, heléchos estrujados que en los pliegues albergaban huevecillos translúcidos, en multiplicación constante. De lo estilizado vegetal art nouveau el cubículo había pasado a la anarquía yerbera —buscaba sin tregua los zumos, el elixir de la reducción, el jugo que achica—. En las gavetas de una consola y sobre un diván turco se abrían robustas alcachofas que iba ganando una vellosidad blanca; en vasos de Lalique el formol conservaba raíces machacadas y cogollos, bagazos en que habían quedado prendidas grandes hormigas rojas. Búcaros y globos de lámparas, al revés, protegían de la luz la germinación de los cotiledones; una motera de nácar conservaba semillas en alcohol, otras, de carey, manteca de majá, resina de caoba y nuez vómica.

El cuarto de baño abastecía ese laboratorio. En palanganas de porcelana, donde ya la generación espontánea había prodigado gusarapos, renacuajos y —la Naturaleza es fanfarrona en sus milagros— hasta sapos, proliferaba un berro negro, de gajos espesos, verdolaga sensible que cerraba sus hojas al menor contacto y cuyos ramilletes ya iban cubriendo el bidet, un sillón blanco de la Knoll —regalo de Eero Saarinen— y la jabonera.

La bañera: un campo de caña fístula, un Nilo floreado y cóncavo. Bajo el lavabo, en un plato mozárabe fermentaban granadas, habas que ya tenían hijuelos y unos granos rayados en espiral, frizados como almendras, cuya leche, al agriarse, iba tapizando los polígonos estrellados de una pelambre amarillenta.

Invadidos por la sarna vegetal los timbres de la puerta y el teléfono filtraban toda señal del exterior, toda llamada al orden.

Por la noche se oía un murmullo continuo: era el movimiento vibratorio de los gusarapos.

—¡Pronto habrá cocodrilos! —exclamó la Señora (se tapaba la nariz con un algodón embebido en *Diorissimo*) y huyó por el pasillo cuya alfombra ya amenazaba el verdín de la jungla.

La acusaron de bruja,

de yerbera,
de criar en su cuarto un jabalí.

No le importó. Pasaba el día descifrando herbarios; la noche hirviendo cuescos. Había iniciado a la Señora y la alquimia verde no les daba tregua: vivían entre latinazos, exprimiendo raíces y co —riendo gajos; del extracto diario, en rigurosas cataplasmas— seguras de poseer el jugo que achica —, padecían los pies de Cobra. Al levantarse los descubrían con la cautela de quien desentierra un juguete etrusco. Según las quebraduras del emplasto y la configuración astral regente— que la Señora calculaba con una efemérides cuya bóveda celeste presentaba amagos de hongos —decidían el próximo menjurje. Neptuno en Piscis, había declarado una noche la Señora, auspicia el decrecimiento, la contracción de la base, el despegue.

Por la vía astral iban pues sobre ruedas. Pero la impaciencia es mala consejera. Una mañana se oyeron gritos en la célula de Cobra. El maquillista —un indio ex campeón de lucha grecolatina— derribó la puerta de un empujón. Acudió la Señora. Lo que vieron los dejó anonadados. Se había suspendido la reina, al techo, por los pies, ahorcado al revés: cadenas de cimarrón la colgaban por los tobillos al zócalo de una lámpara. Era un murciélago albino entre globos de vidrio opalescente y cálices de cuarzo. Formando meandros, sus cabellos caían entre los tallos de cerámica, quemándose en los gladiolos transparentes de las pantallas. El tintineo del colgajo era el de un móvil japonés a la salida de un monasterio en llamas.

—¡Hija de Popea! —fue cuanto atinó a exclamar, ulcerada, la Señora.

—El flujo linfático —contestó acezante el ángel volcado—, invariable si permanecemos de pie, alimenta y fortalece los tobillos, endurece la esponja del tarso, circula por las falanges y termina desarrollando las uñas, robusteciendo los dedos, afianzando el arco y aumentando por consiguiente la superficie cuadrada de la planta y cúbica de la extremidad entera.

Cuando lograron desprenderla de aquel andamio floral, estaba, la infeliz, que daba grima. Había perdido el sentido del equilibrio y, al parecer, también el equilibrio de los sentidos.

Como a toda revolución, sucedió a ésta un régiMEN de sinapismos draconianos. Poco cedieron los pies: con hinchazones respondían a unguentos, a fricciones con roncheras y eczemas. Trabajosamente se desplazaba Cobra en escena. Es verdad que el papel de reina era más bien estático. Sudaba la gota gorda el ángel caído. Le retumbaban sus propios pasos hasta la cabeza. Las planchas eran tamboras sobre las que caían garzas muertas.

La picazón la roía —"lepra perniciosa"— ; según estallaba el disco de aplausos corría tras los bastidores —a esos abismos terapéuticos había llegado— a chapaletear en una palangana de hielo. Calzaba otra vez los coturnos imperiales y volvía al tablado, más fresca que una lechuga. A las sorpresas térmicas respondieron los invasores con grandes maniobras: de las uñas brotó un violeta vascular que tiraba a orquídea congelada, a manto de obispo asmático, bajo un refectorio que se derrumba, comiéndose una piña.

A ese morado lezamesco sucedieron grietas en el tobillo, urticaria y luego abscesos subiendo de entre los dedos, llagas verdinegras en la planta. Una mañana, al renovar la cataplasma nocturna, la Señora arrancó postillas. Entonces los dejaron al aire libre, a sol y sereno, a la propia gravedad de sus texturas. Viendo que así no empeoraban volvieron a creer en la Naturaleza y proscribieron su perversión y mezquindad: la Ciencia. Quemaron los tractatus, botaron semillas y yerbas fétidas, lavaron los búcaros, rasparon la bañera, dieron lejía a los muebles.

Abrieron las ventanas.

Hicieron de cada comida “un banquete de legumbres frescas” —Helena Rubinstein— ; evitaron café y ajeno.

Tomaban al día seis vasos de agua.

Pronto comprendieron su presunción. El mal carcomía por dentro. Los invadió una erupción blanca, una escarcha que iba ascendiendo, sarna arborescente que formaba en los tobillos dibujos coptos. Flores palúdicas, naves perforadas: los pies de Cobra iban al caos.

La Señora se escondía en los baúles de ropa sucia, huía del salón, con la cara tiznada, y se sentaba en el bidet a llorar durante horas. Lloraban las dos por turno; se iban decolorando, consumiendo, lagartos en salmuera, lirios en biblia.

Se daban ánimo:

—Dios aprieta pero no ahoga —Cobra.

Y la Matrona, muy décontractée: —¿Has visto, querida, qué amor de calcañar derecho?

Pero sabían que mentían, que el morbo corría, que las pústulas proliferaban a cada noche.

Los dioses no escatiman su ironía: mientras más se deterioraban, mientras más se pudrían los cimientos de Cobra, más bello era el resto de su cuerpo. La palidez la transformaba. Sus crespos rubísimos, de cáñamo, caían —espirales prerrafaelistas— descubriendo sólo una mitad de la cara, un ojo que agrandaban líneas azules, moradas, diminutas perlas.

Capitularon.

Se dieron finalmente, las dos, a la resistencia pasiva. Practicaban la no intervención, el *wouwei*. Para ello, como los antiguos soberanos chinos, adoptaron grandes sombreros de los cuales caía una cortina de perlas destinada a cubrirles los ojos. Llevaban orejeras. Obturando esas aberturas se cerraban al deseo. No tocaron más a los enfermos ni los nombraron; los exilaban con perífrasis barrocas: fueron el Nilo —por sus crecidas periódicas—, el Ocupante, el Insumergible. Imperturbables ante los nuevos síntomas, se acercaban cada vez más a la ataraxia por medio de la alquimia interior y la respiración embrionaria.

Cuando liberaban los sentidos era para entregarse al estudio de las tablas de correspondencia. Si Cobra se alimentaba de rocío y emanaciones etéreas del cosmos, si se tapaba la nariz con un algodón formolado entre el mediodía y la medianoche, fosa del aire muerto, era para desalojar al demonio cadavérico que se había apoderado de su tercer campo de cinabrio —bajo el ombligo y cerca del Mar del Aliento—, ser maléfico, apostado en los pies, que la vaciaba de esencia y médula, le desecaba los huesos y blanqueaba la sangre.

El error que habían cometido estaba previsto por la higiene taoísta: el “gusano” se alimentaba precisamente de plantas de olor fuerte.

Por la noche, mientras la Madre dormía, Cobra “paseaba al homúnculo”. Así había visualizado, siguiendo los consejos de la *Materia Médica*, al soplo de los Nueve Cielos. Entraba por la nariz el enano y, conducido por la visión interior, que no sólo ve sino ilumina, recorría todo el cuerpo, deteniéndose largamente en los pies para reforzar los espíritus guardianes; luego se retiraba por el Palacio del Cerebro.

Viendo que empalidecía, la Señora la rodeó de drogas superiores. Alrededor del sofá circular en que yacía, blanca como una grulla, dispuso platillos de esmalte rojo con bermellón, oro, plata, los cinco hongos, jade, mica, perlas y oropimente. En una tableta de bambú, que luego dividieron en dos, redactaron un contrato con los dioses: prometían respetar la gimnasia, la higiene sexual y la dietética; exigían en cambio la cura y reducción inmediatas. Con esa escritura como talismán, la Señora subiría a la montaña; parado sobre una tortuga y surgiendo entre jinjoleros, un Inmortal le entregaría en un cofre de laca el producto de la novena sublimación; éste, debidamente aplicado, operaría el milagro.

Los Innombrables no fueron del todo insensibles a esa mística. Se hicieron húmedos, mansos, porosos. Sudaban un líquido incoloro, agua de lluvia que al secarse dejaba un sedimento verde. En él aparecieron islotes más densos, colonias espesas, respirantes conglomerados de algas. Los poros se

dilataron. La transpiración cesó. Cobra tuvo fiebre.

Una noche, obturados los sentidos, cerrada a la distracción exterior pero alerta al espacio de su cuerpo, Cobra sintió que los pies le temblaban; unos días después, que algo se le rompía en los huesos; la piel se dilataba.

Abandonaron sombreros y orejeras.

Pasaron la noche observándolos.

Al amanecer brotaron flores.

“Las enanas blancas se caracterizan por tener una débil luminosidad y un radio muy pequeño; el radio, en realidad, es comparable al de uno de los mayores planetas, Saturno. A causa de ese radio tan pequeño, la densidad según la cual se aglomera la materia en el interior de una enana blanca es extremadamente elevada, tan elevada que no puede compararse a nada conocido sobre la Tierra.

“Una enana blanca célebre es Pup, el compañero de Sirius. La materia en su centro es tan densa que una simple caja de fósforos pesaría varias toneladas.

”Es evidente que las enanas blancas son estrellas que han alcanzado el final de su evolución.”

FRED HOYLE, La Astronomía.

Tanto dieron, tanto echaron el bofe² acá la cobia y la Señora —toda gris, mantilla de encaje, abanico cerrado, lazos en las punteras, tacón alto, pompón rosa—, que terminaron por encontrar el jugo que achica. Mas... ¡pobre Cobra! Tanto esfuerzo para nada. Aprendan, testarudos; lloren que dé pena, empecinados. Salpicando, eso sí, pataleteantes, al agua se van los denuedos, los desvelos.

Lea bien el que se esfuerce
(el pescuezo no se destuerce),
medite el que se sacrifica
y su riñón mortifica,
rectifique el tozudo
que no gozó cuanto pudo,
¡templad, ó continente,
que poco ha de tardar la Toda-Diente!

(Perdón.) Como todo en las locas, el invento se convirtió para ellas en un juguete desasosegado; abusivas, inconscientes, frotaban los Malditos con él, sin freno, tarde, noche y madrugada; por un sí y/o por un no se entregaban a las diabólicas prácticas reductoras.

No les bastaron las fricciones. Primero en gotas que contaban a dúo, asopranadas, luego en furtivas cucharaditas de té, empezaron a beber del menjurje, por último lo declararon “agua común”.

En cama, envueltas en sacos de yute —un ojal a nivel de la boca—, silenciosas y paralelas, casi momificadas, pasaban la noche chupando.

Por el ojal entraba una cánula; un tubo negro, de caucho, la conectaba con el jarro de vidrio suspendido a la pared. A través del mosquitero veían descender en la escala roja la poción lechosa, las hojas machacadas. Sonreían, cerraban los ojos de placer, se miraban, y volvían a absorber de las perillas, las boquitas corazones, nirvanadas, en sus nubes, pálidas.

Cuando ya sentían, hacia el mediodía, que se iban a la deriva, “barcas ahuecadas descendiendo el Amazonas”, interrumpían la beatitud tragante, pesadas y húmedas, embebidas como secantes, para orinar, que de tan desintoxicadas que estaban era ópalo puro lo que les salía, y para rellenar los

recipientes con el caldo que ya fabricaban al por mayor, macerando troncos y recitando conjuros.

—Recitándolos, sí —la Señora—, pero siempre pensando en otra cosa. Sin lugar a dudas —y abrió en dos una granada—, la *invocación distraída* es la única eficaz. Mientras más vacías —dio una dentellada en una de las mitades— mejor quedan las fórmulas.

Audio: un fado: lo canta Cobra, desgredada y bostezante, al final de un pasillo de mayólica —luz azulosa cernida; sobre un muro un mapa—, apoyada en un pilón de mortero.

—El que cree no cree —continuó la Sanchez-ca— ; el sentido, queridísimos renacuajos, es un *producto*, el resultado de un batido —y agitó un tenedor dibujando veloces círculos en el aire—, como cualquiera de estos aguajes.

Dio un chancletazo y siguió orando y rascándose la cabeza. La rodeaban, colgados del techo, racimos de cebolla. Los reflejos bulbosos la pintaban de verde.

Cortada por el bacilo reductor, la leche coagulaba. Amanecían las fuentes, y hasta las palanganas, rebosantes de grumos translúcidos, temblorosas gelatinas; en el amarillento sudor que emanaba de los cuajos, soplado sobre el esmeril de las cacerolas —rápidas bifurcaciones sulfurosas— y en las arborescencias de la caseína, descifraba la Venerable, lacteomántica, el orden del día, la densidad de las dosis nocturnas.

Para vencer la proliferación incontrolable, de ese yoghurt se botaba al amanecer algo en los caños; se iban por los desagües las manitos de feto engarrotadas. Pero como si esos desechos se ofrecieran a los dioses de los antiguos cultivadores chinos, que privilegian al botarate y redoblan sus dones a quien los derrocha, la mañana siguiente las sorprendía con otra acometida de arbolitos comprimidos, de jade, que al contacto del agua se abrían.

—¡Pronto habrá que salir a adoctrinar —gemía la Decana—, a ver si regalamos un poco de esta natilla a los prosélitos!

Y así de la suerte iban.

Hasta que una mañana, dopadas, idas, se despertaron en un arenal de bordes flecados. Hileras de copos trenzados, sargas de hilachas, pulpos de lana; en un oleaje de hilo rosado nadaban bajo una carpa ondulante.

Aferrada a las sogas, jadeante, con sus maní tas de batracio iba Cobra trepando. Se caía, resbalaba por la jungla de algodón, daba una vuelta de carnera en el fondo del valle. Había quedado blanca, calcárea, de tiza apisonada, era diminuta y lunar, soltaba polvo, estaba helada, era gibosa y compacta. Entre pliegues, allá abajo, debatiéndose con uñas y pelos —jabalí en la manigua que arde—, rebotando contra los terraplenes de fibras, reducida al absurdo, Cobra esplendía. La luz que emanaba era cenizosa, sin franjas ígneas, de cráter inundado.

Descansaba con los codos apoyados en las rodillas, los puños cerrados; sus ojos eran dos esferas abultadas que dividía una ranura; le había crecido el ombligo; tenía la piel cuarteada.

Cuando al fin, agarrándose a la frazada, tragando felpa —respiraba por la boca—, crispada y hecha añicos, Cobra pudo asomarse al borde de la cama, quedó nez —à— nez contra una cabecita reducida, arrugada y greñosa, que le hacía musarañas desde el borde de la cama contigua.

Se contemplaron con ojillos de aduanero.

—Estamos disminuidas —susurró, mirando antes para todas partes, la Señora.

—No es sólo eso —añadió Cobrita—: antes éramos bonitas y rollizas; ahora espantables y feas.

—¿Cómo? —inquirió la otra.

—Espantables y feas.

Se tomaron pues de las manos.

Lloraron, aunque a secas.

—Evitemos —profirió la Señorita, separando sílaba por sílaba, las quijadas trabadas—, como los alpinistas, la contemplación de nuestra nimiedad, el horror al vacío, el complejo de escala.

—La sabana de la sábana —Cobra; le castañeteaban los dientes.

—Empeñémonos en no despeñarnos. Hay que bajar hasta la alfombra. Allí nos acompañarán los gatos.

—¿Los gatos? —Cobrita mordió la frazada.

—Son amigos de los enanos.

—¿Y los hombres?

—Hideputas y gigantes.

Los flecos fueron lianas; ellas, monos adiestrados en el sabotaje de fortines, capaces de salvarse cuando ya arden en la torre los zapatos de los guardianes de la pólvora y huyen por las terrazas los vigías cubriéndose el rostro con la montera.

Resbalaron, es cierto, dieron algunos traspíes, se rajaron todas —eran densas y rocosas, pero tenían nodulos frágiles, lamparones de arena—. La providencia tuvo cura de ellas: siempre a la una cayente apareció un pie bien plantado de la otra, y a la otra al revés, bajando sin freno, mano que morder, salvadora, de la una.

Aterrizaron sobre el tapiz, sacudiéndose el polvo.

Sacudiéndose frenéticamente el polvo. O despojándose con invisibles plumas de gallo. Dando manotazos a diestra y siniestra, pegándose cachetadas y galletas a sí mismas, para ahuyentar jejenes, que formaban, atraídos por la fermentación de los yerbajos, un nubarrón inmóvil, a su altura presente, y que antes, desde su enormidad, las Reducidas no se había dignado espantar.

El zumbido constante, cortado por silbatillos alevosos —insectos en picada—, las alelaba.

PETIT ENSEMBLE CARAVAGGESQUE

Eran enanas, pero no para tanto.

El relato que precede, como todos los de la infundiosa Señora, adolece de la hipérbole tapageuse, el rococó abracadabrante y la exageración sin coto. Eran enanas, sí, pero como cualquier enano. Tenía, por ejemplo, la Señora, las proporciones —"¡y también la compostura y majestad!"— de la azafata de una infanta prognática parada junto a un galgo que pisa un pajecillo y contemplando a los monarcas que posan. En cuanto a Cobrita, digamos que era exactamente como una niña albina, coronada y raquítica, que atraviesa el desfile de una compañía de arcabuceros tironeada por un fámulo y con un pollo muerto amarrado a la cintura.

VUE PLONGEANTE

La vista buza nos da lo siguiente: sobre un trapo espeso y amarillento —un tapiz cuadrado que debió entretejer distintos oros—, entre complejos arabescos deshilacliados, tramas de fénix y dragones, siguiendo los bordes a toda carrera —osos hormigueros recién enjaulados— las enanas se desplazan. Simétricas, desaforadas, del Norte negro al Este verde la una, del Sur rojo al Oeste blanco la otra, van dando zapatazos, opuestas por el vértice, agarrando demonios a diestra y a siniestra, hechas ya dos manoplas, dos molinos autógenos, dos leopardos birmanos atrapando faisanes; desgañitadas, despavoridas, a mil las vocecillas de fonógrafo ciego.

En ritmo de bossa-nova:

“un tiempo de plenitud,
un tiempo de decrepitud,
un tiempo de afinamiento,
un tiempo de espesamiento,
un tiempo de vida,
un tiempo de muerte,
un tiempo de derrumbe,
un tiempo de erección,
un tiempo de yin,
un tiempo de yang”.

Avanzan, sí, paralelas, pero en sentido contrario. La Señorita —que cubre un sombrero de jacarandá con un nacimiento labrado— sacudiéndose hexápodos; Cobrita —que, para ser breves, es una ventana de Tomar con dos patas, a tal punto acumula anclas y cuerdas, corales y cruces, esferas armilares y ajorcas manuelinas— implorando una lluvia de Fly. Frenéticas, como si esos trayectos regularan el ritmo siempre incierto de las estaciones o prescribieran la armonía del reino, las enanas siguen espantando jejenes. Aprovechan, eso sí, el menor insecto que roza la mejilla de la otra para darle una bofetada. Terminan moradas y coléricas, entrándose a trompones y puntapiés, descargando centellantes cornucopias de interjecciones. Desintegradas en aros de gestos, de manos levantadas y golpes en la frente, concluyen el compulsivo recorrido rectangular. Se saben observadas, “y descritas” —la Señorita, por supuesto— desde arriba. Lentas, ceremoniosas, demasiado teatrales, avanzan los botines repujados, con la punta de los dedos se recogen, qué graciosas, las colas de seda, levantan, altivas, la cabeza, un paso, otro, adiós, desaparecen debajo de la cama...

Vivieron mucho tiempo entre los gatos que antes criaban, piojosas y comiendo basura. Ese mundo cucarachiento, con claroscuros de colchoneta orinada y rechinar de muelle, esa humedad de estilo grotesco artrítico y estalactitas de piltrafa, les calaba los huesos, se los llenaba de bagazo, les daba ojeras: la vida underbed las deprimía.

Sabido es que de todas las estrellas del Teatro Lírico, Cobra era el logro mejor de la Señora, su “pata de conejo”. A pesar de los pies y de la sombra —cf.: capítulo V—, la prefería a todas las otras muñecas, terminadas o en proceso. Desde que amanecía escogía sus trajes, cepillaba sus pelucas, disponía sobre los sillones Victorianos casacas indias con galones de oro, gatos vivos y de peluche; ocultaba entre cojines, para que la sorprendieran a la hora de la siesta, acróbatas de cuerda y encantadores de serpiente que al ser tocados ponían en marcha un *Vals sobre las Olas* con chirridos baritones, de flautilla de lata. Acostumbrada a estas sorpresas como estaba, Cobra casi no se inmutó cuando un mediodía, al inclinarse para recoger un zapato, descubrió debajo de la cama dos miniaturas tristonas. Eran arrugadas y tiesas, de ojos macizos, enmohecidas de bisagra. Lo asombroso es que emanaban una luz empañada, de ojos de cocuyo.

Cobra levantó una de ellas del suelo, la viró de nalgas y le alzó el vestido buscándole la cuerda.

—¡Qué falta de respeto! —profirió, furiosa, la reducida, y le dio un manotazo. Y luego, automática, como si tuviera adentro un disco, añadió en el mismo tono: “Tenemos hambre.”

Nunca supo Cobra —ni se lo digan ya, total para qué— por qué se había *encarnado* —precioso cubanismo=encariñado— a tal punto con las dos enanas, y, si así puede decirse, con la más enana de las dos. Gracias a la reina, aquel engendro de piedra pómez, aquella sabandija encontrada debajo de la cama, cuarteada y basáltica, “como si tuviera hielo enterrado, la muy condenada”, toda zurumbática, que había que vigilar para que no siguiera comiendo piltrafa, se fue transformando en un juguete

articulado y bastante humano, en una muñeca, biliosa y arisca, es verdad, y en lo que se refiere a su toilette de minuit gruñona y relambida, a la que a veces había que poner un esparadrapo en la boca para poderla dibujar en paz, pero que cuando entraba en confianza y la dejaban andar con sus gatos era muy ocurrente y parlanchína.

Sí, porque por un fenómeno de *i.p.s*³ que no es este el sitio para analizar, no bien salía Cobra de su primer show de la noche —cantaba un samba; la orquesta brasileña tenía ya a esas horas el delirio en high; ella se miraba las uñas— que corría a su camerino para buscar entre los cojines o en los baúles de pelucas y hasta en las gavetas donde se escondía, a su pigmea predilecta, cuyo sobrenombre había ido abreviando de La Poupée a La Pupa y a la tenue explosión de Pup. La otra soplaba un silbato de policía y daba zapatazos señalándola con las dos manos, según sentía los pasos de Cobra por el pasillo. La tiraban de entre pompones sintéticos. La jiribilla se escabullía por el pelambre, bajo tirabuzones amelcochados y moños dobles, entre armaduras de trenzas concéntricas y cadenas antoninas. Para confundirse, pelo en el pelo, cuando se sentía acosada y oía el chiflido delator, se enganchaba frondosas colas de caballo, sombreros con mechadas de Marlene y hasta cascos de tiñosa y de calva que usaban las miserables en las escenas de muchedumbre.

Cuando al fin, a pesar de sus gritillos y pataletas —traqueteaba, como langosta en pomo—, lograban salvarla de la maraña, la sumergían enseguida en una palangana de agua tibia.

La enana vieja corría por todo el cuarto, construyendo rápidas torres con cajas de sombrero, para treparse y alcanzar jabones.

Quedaba la saltamontes, después de un buen destiznado, *blanca, con el lindo blanco de lo nuevo, impecable, aun en el cuello y en los puños*, como lavada con Coral, el detergente moderno para la mujer moderna.

Limpia la Pup, comenzaba la ceremonia, la jerigonza del desdoblamiento.

Podríamos, formalizándola hasta lo matemático, representar como sigue la relación entre ambos personajes:

$$\text{Cobra} = \text{Pup}^2$$

o bien

$$\text{Pup} = \sqrt{\text{Cobra}}$$

Igual correspondencia entre la Señora y su reducción.

Cuanto recibía, cuanto le decían, cuanto le hacían, Cobra lo restituía, lo repetía o lo hacía a su vez a la enana. Mientras la Señora —a quien no por preexistente consideraban, las muy derridianas, como el original de su reducción: la llamaban la Dilatada— viajaba por la India con el coreógrafo de un marajá de Cachemira, buscando pintura roja para la *Féerie Orientale*, el próximo espectáculo, la

$$\sqrt{\text{de Señora}}$$

, auspiciaba, cómplice, ese borgesco espejeo.

Si flores, flores; si escudos, escudos; si anamorfosis, anamorfosis; si alambicadas asimetrías con pajaritos volando, alambicadas asimetrías con pajaritos volando: todo cuanto le pintaban a Cobra, ella, como podía, es verdad, se lo repintaba encima a Pup.

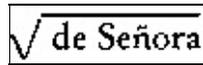
—¡Voy a convertirme, gigante oxigenada —se desgañitaba la demasiado luminosa para su masa, harta de tanta chapucería—, en tu ensalivada calcomanía!

Una noche Cobra le entró a palos: también los había recibido ella, al caer el telón, en una aparatosa trifulca con la Cadillac —se arrancaron las pestañas postizas y las uñas, rodaron por el suelo; quedaron ensimismadas: dos brujas—, quien, con su mímica efectista y facilota, había acaparado las ovaciones, la mamarracha. Otra noche le regaló un cake de tres pisos en forma de torre de Belem.

Después de su toilette de minuit y mientras Cobra se iba despojando de los suyos, Pup recibía,

siempre refunfuñona, los atributos de su personaje del día. La cuadrículaban antes de pintarla. Agrandaban sobre su piel, o le repetían *au pochoir*, a lo largo de una espiral que comenzaba en el cuello y terminaba en un tobillo, los motivos de unos cartones flordelisados que iban combinando según los “contrastes ópticos” de un disco armonicolor.⁴

La



—acostada en el tapiz, mirando

hacia arriba —: Cobra, ponle mas oro.

Cobra: Prepárame la sopa mientras le pinto un ángel más.

Los domingos y días festivos —Cobra se deprimía—, en lugar de pintarla, la disfrazaban. Pup era negrita rumbera, holandesa de Edam con un queso en la mano, astróloga medieval —un cucurucho en la cabeza; mostraba dos pescados que mordían un mismo hilo, los empujaba por la cola, en sentido contrario—, reina tuerta y burguiñona, enana, sirvienta humillada de un burlesco bengalí... pero casi siempre niño.

Así quiso Cobra conservar un recuerdo de ella; al óleo, para que se viera que era un recuerdo perdurable. La retrataron, pues, tiesa, en medio de un decorado simplista, original de la V de Señora, entre gatos y otras astucias ornamentales.

El pintor era un adicto a la escuela de Lisboa.

Había nacido en Macao, entonces colonia portuguesa, y avezado en el arte que no admite subterfugios del retrato —pintaba el interior, lo invisible—, pasado a Occidente en circunstancias que empaña un piadoso claro-oscuro; había renunciado a su caligrafía de estilo agudo y a su maestría en cuños apenas humedecidos en lacre rojo y dedicatorias de paisajes con ciruelos de invierno, para adoptar una pincelada gruesa y vanidosamente autoritaria, proclive al betún y al grotesco. Esmaltaba sus brochazos con gran zafazón de frasecillas vistosas del tenor de “El tiempo también pinta”, “La técnica no basta”, “El que sabe no sabe”, etc. Con tal estímulo teórico, y con el de abundantes granizados consiguieron llevar a cabo el honesto entretenimiento.

Pup quedó que hablaba.

PORTRAIT DE PUP EN ENFANT

El lienzo está desigualmente iluminado: la Reducida, a pesar de su cabezota, en equilibrio estable, de pie, mirándonos.

El Maestro —con una risita boba, chupando con un pitillo su infusión diz que de verbena y metiendo eles por todas partes—: *un río que se seca, un monte que se derrumba o un hombre que se convierte en mujer anuncian que el fin de la dinastía está próximo...* Pestaña, posa la taza, y se pone a dar brochacitos rojo cereza, como quien pinta plumas de arará, siempre filosofando, con una tos seca... Unta el pincel de blanco espeso, algunos toquecitos a diestra y siniestra: el cuello de tul plisado, la faja de seda, que remata un gran lazo transparente; lo vuelve a mojar: los zapatos de raso, guantecillos con moños, las mangas de encaje... *Las golondrinas dejan de ser golondrinas cuando tienen que pasar el invierno: se esconden en sus refugios acuáticos... ¡y se convierten en caracoles!* Echa aceite, mezcla, con unos brochazos hace el cerquillo... ¡qué bien peinada que ha quedado la pobre Pup!; cambia de pincel, con uno fino, de pelo de conejo, le hace una boquita perfecta, sin fallos, simétrica, fayumesca... *Cuando se terminan los días esplendorosos los tomequines se hunden en el mar o en el río Houai; durante el invierno, que pasan escondidos —¡no son más que almejas!* *La urraca*— de la mano derecha de Pup, de un solo trazo saca una cuerda que, empinada por la mano izquierda de la Monstrua, cae al suelo para amarrar por la pata a una urraca blanquinegra —*es un ratón que la primavera transforma; cuando ha cantado todo el verano se entierra y se convierte en roedor basta que vuelve el buen*

tiempo... Más cocimiento s'il vous plaît... Y con una risita maliciosa, extiende a la Señora, que escucha boquiabierta, el simili celadón... Todo depende de señales— le puso a la urraca, en el pico, una tarjeta blanca —: los hombres no vuelven a ser cazadores hasta que no cambian los emblemas y en el cielo la cifra del gavilán no sustituye a la de la torcaza... Échele azúcar.. Ah, pero ¿por dónde iba yo? Déjame ponerte algunos gatos, para que te entretengas.

Y a los pies de Pup, para que se entretenga, aparecen, *calderonianosy fluidamente sentenciosos*, tres gatos que contemplan espantados al avechucho: uno barcino, esférico, tirando a ratón, con ojos dilatados; otro gris, meditabundo, más apoyadamente bigotudo, y detrás, confundido con lo negro, uno negro.

Pup: ¿Puedo rascarme la nariz? Y aprovecho la pausa para decirle que me ponga también algunos pajarillos, que siempre alegran.

Y a los pies de Pup, entre los barrotes de una jaula churrigueresca, se asoman, mustios y cabecirrojos, unos cardenalillos, que siempre alegran.

Ahora, junto a sus animales favoritos, como desde una estela funeraria, Pup nos mira.

El Maestro: Estese quieta. Vuelva a colocarse —¡qué nacaradas le ha dejado la cara y las manos! Pup no está enfermiza ni asustada: es la moda.

Le retoca los ojos. Un punto blanco en el iris.

Y en la tarjeta que sostiene la urraca, en grisalla y a la carrera, dibuja unos pinceles, una paleta y quizás un tintero.

Con su escritura regular y florida estampa, abajo y a la derecha,

su firma.

“El astrónomo americano Alan R. Sandage reveló, en el congreso de astrofísica que se desarrolla actualmente en Texas, que en junio de 1966 los astrónomos de Monte Palomar habían sido testigos de la más gigantesca de las explosiones de un objeto celeste jamás observada por el hombre.

”El objeto celeste de que se trata es un cuasar que lleva el número 3C 446.

”Los quasars, descubiertos en 1963, pueden ser astros jóvenes, extremadamente lejanos —varios billones de años luz— y muy luminosos.

”La explosión observada, que multiplicó por veinte la luminosidad del cuasar 3C 446, pudo haberse producido hace algunos billones de años, tal vez poco después de la explosión inicial que, según la teoría del profesor Sandage, dio nacimiento al universo tal y como lo conocemos.”

Le Monde.

No quedó Buda inflable, elefante de celuloide tamaño natural con dos arqueros en el lomo, seda, sari, raso, wash and wear indian silk ni electric sitar que la Señora, azuzada por el obsequioso coreógrafo —ex campeón en Macao, cómo cambian las cosas, de pugilato, y hoy en día entiché, de ahí viene todo, de arte manuelino—, no regateara, rapiñara y arrebatara en subastas, implorando barateros, sobornando traficantes y estafando rematadores en los bazares crapulosos de Calcuta.

Para la *Féerie Orientale* con que soñaban todas las muñecas del Teatro, volvió a Occidente doblada bajo un montículo de pacotilla india donde cada tareco se arrogaba un adjetivo estafalario que el diligente metteur en scène pronunciaba con ornamental regodeo fonético, salpicándolo de empalagosas referencias brahmánicas.

Cuál no sería su sorpresa cuando, atestada de quincalla, llegó al Lírico: se encontró a sí misma reducida y más bien patética, desdentada y aparatosa, dando alambicadas órdenes a otra enana feíta y cabezona, tan anémica y bufa como ella pero vestida de varón, sobre cómo colocarse para un retrato al óleo entre unos gatos barcinos maullantes y tres pichones de aura desplumados y babosos que piaban en una jaula.⁵

Dar cuenta de lo que sigue no es, en apariencia, más que ceder a la ordinaria manía de las intrigas especulares. Pero qué se le va a hacer: la vida gusta de esas simetrías, tan toscas, que puestas en cualquier novela parecerían truculencias inverosímiles, astucias, por meridianas, ramplonas. No bien llegada la Señora, Cobra, con el pretexto de copiar para la *Féerie* ciertos motivos festonados de Khajuraho, partió a la India en brazos de un boxeador guachinango, dejando en los de la alelada celestina a la travestida de radio muy pequeño que había alcanzado el final de su evolución.

La Dueña pronto se acostumbró a Pup; lo que sí no pudo, a diferencia de Cobra con la suya, fue coexistir con su patosa miniatura. Se cogieron, la Señora y su doble concentrado, un odio mortal. Ver la Venerable a su raíz cuadrada que ya fermentaba y tornaba cirrosa y maldiciente. De modo que para complacerla —y que pueda el desocupado lector disfrutar de las peripecias que esperan a los personajes de este relato—, vamos a eliminar a la Señorita, inscribiendo en una lápida conmemorativa con angelotes al revés, cintajos y floreros de mármol que hubieran dado envidia a la misma Dolores Rondón, bajo un latinazo, su mustio monograma póstumo:

√ Sra.

La Señora —mirando a Pup desde arriba, con una musaraña piadosa, algo así como quien mira un frijol podrido—: Ahora va a haber que agrandarte.

Pup: Déjese de tiqui-tiqui.

La Señora: Pues sí, raquítica, tú te lo buscaste ingiriendo basura, así es que ahora atente a las consecuencias, porque enanos ya nadie los quiere ni en los circos, y no es así, toda consumida y hecha un adefesio como estás, que vas a llegar no digo yo a ser reina, ni siquiera segunda llorona atrás y a la izquierda del Teatro Lírico de Muñecas... Así es que prepárate una vez más para el cambio...

Pup: ¿Y por qué no te cambias tú, desdentada trecemesina, alcahueta, bruja? —dio un paso atrás para coger impulso y salió que pitaba hacia el escondite debajo de la cama.

La Señora —la atrapa en el aire y la vira al revés, sacudiéndola por los pies y dándole nalgadas—: Zoqueta, atrevida, diabólica... Ahora vas a ver cómo el Maestro te hace crecer con cuatro pinchazos. ¡Servidora! ¡Servidora! —se acerca la criada, que no es otra, como era de suponer, que la propia Cadillac con un bonete de azafata mozartiana—. Amárrela y llame al Maestro. Vas a transformarte, repugnantísima enana, aborto fétido —Pup la escupe, le ripia la falda a fuerza de arañazos, da aullidos inaudibles, como los murciélagos, para matarla con sonidos, la mira sin pestañar para hipnotizarla— .., Sí, gusarapo hediondo —y tomando al cielo como testigo— ¡vas a transformarte!

de modo que: TRANSFORMAÇÃO!

Rumor de aceitados aros metálicos deslizándose a lo largo de una varilla. Ábrense las cortinas de terciopelo púrpura: mi reducida pantallita cuca —rachienta se va agrandando... ya es una vasta superficie blanquísima, sutilmente curva. Sí, mi 16 mm blanco y negro— lo sé: en realidad carmelitoso y amarillento —, de bordes carcomidos, que interrumpían a cada rato números porosos, cabezas al revés y un tembleque de letras, se transforma en un Cinerama a todo Metro-color. Himnos estereofónicos. En la pantalla se va definiendo un paisaje... Sobre la uniformidad de las casas blancas el dibujo de las calles lanza como una red negra en la cual los mercados de hierba forman ramos verdes, los secaderos de las tintorerías manchas de color y los ornamentos de oro, en el frontispicio de los templos, puntos luminosos. Muros grises lo ciñen todo, bajo la bóveda del cielo azul, junto al mar inmóvil. Un gran espejo de cobre, tornado hacia la bahía, refleja los navios. Sobre ese orbe rojizo aparece, como es natural en letra de molde, abriantada:

*Decorado y Vestuario
de*

—y con la misma tipografía, pero todo en mayúsculas, mientras el paisaje se va desvaneciendo y los himnos —

GUSTA VE FLAUBERT

Del centro de una fuente de porfirio brota una concha de oro llena de pistachos.

En la palma de la mano, a lo largo de los muros de mosaico, los generales ofrecen al Emperador ciudades conquistadas.

Por todas partes surgen columnas de basalto, rejas de plata en filigrana, troncos de marfil y tapices con perlas bordados. Tibios perfumes. A veces, el chasquido sigiloso de una sandalia. La luz que ciernen las cúpulas descubre al fondo una sucesión de salones. Atravesándolos se aproxima el Maestro, en túnica violeta, calzando borceguíes rojos de bandas negras. Una diadema de perlas enmarca sus cabellos dispuestos en torsadas simétricas. Lento, aparece en la sala: en la mano derecha, de un hilo negro, suspende un cono de cobre.

Fascinada por el reflejo oscilante la Señora se acerca. Falbalás de perla, jade y zafiro dividen regularmente su vestido de brocados áureos; le ciñe el talle una faja estrecha que ornan los colores y signos del zodíaco. Lleva botines altos, uno negro, cubierto de estrellas de plata, con una luna en cuarto

creciente, el otro blanco, con gotas de oro y un sol en medio. Sus mangas amplísimas —esmeraldas y plumas de pájaro— dejan ver los brazos; en sus puños se enroscan brazaletes de ébano; las manos, cargadas de sortijas, terminan en uñas tan afiladas que las puntas de sus dedos parecen agujas. Una cadena de oro macizo, pasándole bajo el mentón, sube a lo largo de sus mejillas y se enrosca en espiral en sus cabellos cubiertos de polvo azul, luego, descendiendo, le roza los hombros y termina en el pecho, atando un escorpión de diamante cuya lengua se introduce entre las carnes flácidas de sus senos. Dos grandes perlas rubias le alargan las orejas. Al borde de los párpados, rayas negras.

Para protegerla del resplandor que entra por las ventanas, una mucama harapienta —¡no faltaba más! la Cadillac otra vez— despliega un quitasol verde; cascabeles bermellón tintilan alrededor del mango de marfil. Doce negritos rizados llevan la cola de su vestido, cuyo extremo, a cada rato, levanta un monito.

—Hela aquí, Maestro —y con una uña señaló a Pup—: agrándela o reviéntela.

—¿Dónde?

—Ahí... Es eso blanco que se mueve sobre el sofá de rayas moradas.

—Dios mío, ¡pero si es una lagartija!

PUP SOBRE EL SOFÁ DE RAYAS MORADAS

Es un diván circular, tapizado en seda; listas moradas y paralelas siguen la curva del espaldar, marcan de sus reflejos un muro verde. Interrumpiéndolas, sobre ellas se derrama un volumen rosado —del rosa de un Tocino inglés: adivinen por qué—, amiboideo, con grandes rodillas y piececillos venosos: eso es Pup, hinchada por todas partes, ella, que ya de por sí no era muy proporcionada que digamos, ahora menos pétrea, menos densa de materia en su interior, ampollada, humana a fuerza de nalgadas y galletazos. Por las muñecas y los tobillos la han amarrado a las patas del mueble, con cadenas. Apenas respira la infeliz. Y por la boca.

—Vamos a ver lo que se hace —con la diestra, sainetesco, cardenal o manóla que abandonan la escena con el signo de la cruz o el taconazo final, el Transformador levantó la cola felpuda de su traje, y enarbolándola, se acercó a la crucificadita. Su imagen se fue contrayendo en el ajedrezado del piso.

—Vamos a ver —insistió silabeante. Y comenzó a considerar a Pup de arriba abajo y de abajo arriba, alejándose a veces (se contoneaba un poco después de cada pisada, como para recobrar el equilibrio de sus ya por abundantes mal distribuidas masas), colocándose ante los ojos su propia mano derecha, rígida y vertical, para estudiar a la Gorgojo a través de un eje, como si tuviera que copiarla en yeso o pintarla de Virgen de las Conversiones para rifarla en una tómbola.⁶

Sí, alelados míos, el Transformador es un transformado, de modo que al acercarse con el ajo clínico a la torturadita —temió que se tratara de un caso de vampirismo—, ya sabe lo que se trae entre manos.

Como era de esperarse en ella, Pup lo insulta concienzudamente, sin pausas y de memoria, por orden alfabético.

—¿Qué le parece? —la Señora, y la muestra desde lejos como un manjar escupido, agraviada.

—El todo —el Mago, después de coger aire, inauguró un período gongorino—, el todo está en punzar los *centros*, quiero decir, los del agrandamiento centros vitales, los del desarrollo y la expansión... —y aquí se le fue una de sus risitas bobas—. Si los encontramos, todo irá bien... si no... habrá que apelar —se entristeció y contrajo— ... a la nieve. —Y abriendo la mano derecha lanzó al vacío, con la gravedad de quien desenrosca un yoyo, el cono de cobre.

El brillo del artefacto descompuso en varios prismas la figura de Pup. Luego, el péndulo semiológico se fue serenando en el aire —el Maestro contuvo la respiración—, se inmovilizó un instante, y comenzó una rotación despaciosa sobre el cuerpo encadenado.

—¿Qué van a hacerme con ese astrolabio? —gruñó la exigua.

—Sacarte de adentro todos los yerbajos chinos que te has tragado, atorranta. —Y en los muslos de Pup, de un cintazo, quedaron impresos el escorpión, la balanza y uno de los gemelos.

El Maestro —los ojos de la Señora, tan fascinada estaba con el movimiento oscilatorio, se desplazaban de un lado a otro: negrito de reloj veneciano—: El cuerpo, mi estimada, se inscribe en una red... —subió el péndulo hasta la cabeza de Pup— seis flores marcan la línea media... —y lo fue bajando, solemne, como si las rotaciones trazaran las vueltas de una serpiente alrededor de la columna vertebral—. De las flores, y en todos los sentidos, bifurcándose, entretejiéndose, parten hilos... El hombre —sobre el sexo de Pup el péndulo se detuvo— es opaco, la madeja de oro. Una orla oscura, una línea continua, negra, limita la figura, que atraviesan hebras incandescentes... —el cono brillante vaciló, comenzó a girar en sentido contrario—. Cada uno de sus gestos, por instantáneo o imperceptible que sea, repercute en la trama entera, como en los flagelos el susto de un pez... Aquí, ve, aquí hay que alterar una flor, una corola nerviosa, hay que estimular un plexo, para que viva... no sé cómo explicarle... ciertos seres casi invisibles, casi inclasificables, entre los animales y las plantas, una vez pinchados, crecen... Déme las agujas.

Rauda, enredándose en sus propios trapos, arrancándose con el tacón mostacillas, rosetones de perlas y lacerías flordelisadas, soltando llameantes carros de coños, la Señora desapareció en la sucesión de salas —no es un espejo: a partir de un punto medio y sin falacias, de un lado y otro del corredor, con inclemente simetría se repiten garras egipcias, molduras, cifras entrelazadas y ramajes corintios—. Volvió un rato después, resoplante y desrizada; traía un cofre de plata abombado y liso que mostraba con igual sorpresa que un santo bizantino un osario.

El interior estaba laminado en cedro fino, de estuche de tabaco. Verdes secos, distintos nudos, opuestas listas de una misma veta, armaban una casi uniforme marquetería de octógonos vacíos, cubos de aristas oscuras, un compás y varios círculos en los que se inscribía la figura de un hombre con los brazos abiertos. En el reverso de la tapa se extendía un paisaje logrado con incrustaciones minuciosas: a una ciudad tropical —al fondo se veían palmeras, fachadas coloniales, un ingenio azucarero— entraba un Cristo de madera, majestuoso y muriente. —Astucia de los ebanistas: diminutos fragmentos de caoba imitaban la caoba podrida—. Dos mujerangas vestidas de negro, pero violentamente pintadas, corren hacia el primer plano, los brazos abiertos, dando gritos.

En el fondo de la caja un soporte dentado sujetaba estiletes de diverso calibre y talla, pero éstos no estaban dispuestos paralelamente y según la longitud del recipiente, sino que se reunían en un haz diagonal que partiendo de uno de los ángulos inferiores terminaba en el centro. Blasfemia —por simplona— adivinable: una vez cerrado el estuche los dardos se clavaban en el Cristo.

El grito que da Pup ahuyenta los demonios digresivos, que ya comenzaban a tironearme por todas partes.

Se desorbita la Majita Amarrada, se aplasta contra el sofá, agarrándose a los bordes con sus imitas, hunde el vientre, se desinfla, se hace cada vez más fina, pobre criatura,

huye sin huir,
aúlla sin sonar,
es ya un puro costillar,
una osamenta de marfil.

Marfil con cintas —los reflejos morados del sofá—, huesos listados como caramelos, esquelético pinturero, sí, que hasta el soporte es lindo en la Desgraciada, hasta la estructura primaria, por eso no hay que cambiársela, sino dejarla como está, cosa que bien harían en comprender el malvado Maestro y la Señora. Pero ni modo.

Del haz arriba mentado, y con la exquisitez de quien, de una bandeja rebosante, escoge el mejor pastelito, el Transformador —ex campeón de palitos chinos— tomó entre sus dedos una agujeta de cobre ligeramente incurvada, que terminaba una esférula.

No cayó en la facilidad del fetiche de clavos; tampoco infligió a Pup otras analogías baratas: no la transformó en una figura de cera aguijoneada con ahinco, ni en una muñeca alfiletero, ni en un santo flechado, no; se limitó, casi con amor, con cuidado, a pincharla rápida, y a veces hasta epidérmicamente —siempre fue certero en la punzada—, allí donde el cono, en su recorrido sobre el cuerpo, vacilaba, interrumpía o alteraba su rotación. Reservó los punzones mayores para los sitios en que el movimiento pendular había cambiado bruscamente de sentido.

—Aquí, por ejemplo. —Apretó los ojos, alzó el arpón, y se lo clavó en plena ingle. Luego volvió a suspender el péndulo, y, siempre a la misma altura, lo fue trasladando sobre el cuerpo de la engarzadita.

Mojándolos en un curare espeso, la Señora preparaba los estiletes.

Así pasaron toda la tarde.

—¿He crecido? —preguntó al fin Pup entre dos aullidos y, como pudo, se volvió hacia la ventana.

(Sobre un promontorio, se extendía una ciudad nueva, de arquitectura romana, con cúpulas de piedra, techos cónicos, mármoles rosados y azules y una profusión de bronce aplicados a las volutas de los capiteles, a la crestería de las casas, a los ángulos de las cornisas. Un bosque de cipreses la dominaba. El color del mar era muy verde, el aire muy frío.

Sobre las montañas,
en el horizonte,
nieve.)

—¿He crecido algo? —insistió.

—Nada —replicó implacable la Señora—, más bien has disminuido. Ah... —y empezó a caminar, apresurada, de un lado a otro de la sala; también gimientes, la seguían la mucama, los doce negritos y el macaco— después de tanto sofoco, de tanto break-down, de tanto quítate tú para ponerme yo, de un coreógrafo y dos elefantes amaestrados, pintados de rojo sivaico y ensillados con castillos de utilería traídos de la India, por un caprichito de tu vía oral, por tu empecinamiento en ser cada vez más mujer, cada vez más perfecta, cada vez más aluminio sobre los párpados, me has dejado, en vísperas de la premiére, sin reina para el Teatro Lírico de Muñecas. ¿Quién te va, a estas alturas, a sustituir? ¿Quién ocupará el sitio ciego de la reina? ¿Qué joya pondremos sobre la flor de loto? ¿Qué demonio camboyano vestiré de ti, y dentro de las mariposas del cuadro *Mariposas y Faisanes*, cuál será lo bastante descarada para doblarte? Ah... —la mucama agitaba el quitasol para que sonaran los cascabelitos del mango— ;quién me mandó en tu restructuración a despilfarrar mis ahorros, en arrancarte con cera y electricidad el cuero cabelludo, con una cegueta cortarte falange por falange los dedos que eran enormes, pagarte un comando de etnólogos, masajes y parafina, alimentarte con almendras amargas y leche de majá para que fueras flexible y te brillaran los ojos de noche, que más que de ópalo quemado los querías de azufre (;cada vez más dorados!), de orine de lince, de mandarina, sunsún doble... hasta que llegaste a la impostura: lentes de contacto amarillo canario?

—Calmaos, oh, Señora —profirió el Maestro— ; el cambio morfológico que pretendemos puede obtenerse, y ello sin que la criatura abandone los brazos de Morfeo: basta con inyectarle en las venas nieve.

Pup negó con la cabeza —traqueteo de sus huesecillos cervicales.

—Sí —añadió el Facultativo—, los curanderos legendarios que fundaron el Sikkim, para combatir el albarazo o blanca morfea, un herpes corrosivo, o más bien una lepra que atacaba al ganado, inyectaban a las reses un alcaloide del apio disuelto en agua fría. En las montañas los pastores usaban nieve. Poco a poco estos últimos fueron descubriendo que los animales, después de los enemas, al mismo tiempo que entraban en un sopor sin límites, crecían milagrosamente, y que ello, al contrario de

todo lo previsto, estaba en relación directa no con la cantidad del extracto, sino con la del disolvente. Así se formó la raza de los yacs, esos búfalos mansos como caballos que aun hoy en día recorren las mesetas del Asia Central siguiendo a los monjes peregrinos.

La noche de su primera inyección Pup soñó que era una princesa de la casa real de Nepal; la Señora, con un sombrero negro que coronaba una cabeza de muerto, se acercaba sobre un caballo negro. Estaban en una plaza, frente a un palacio de torres doradas y cónicas.

Al bajar de su montura, con arcos y flechas armando símbolos en el aire, la Señora, convertida en mago, ejecutaba una danza contra los espíritus maléficos.

Una de las flechas mataba al rey.

El mago, al galope, huía.

La Señora aparecía del otro lado del río:

sombrero blanco,
caballo blanco.

Después, no supo cuánto tiempo pasó mirándose los pies.

Una mañana lograron levantarla. Pup pidió agua.

Estaba en el cuarto de baño. Detrás de un espejo oval se asomó para mirarla, abriendo los ojos, una campesina mongólica, con una mano rosada y regordeta, de dedos cortos, detenida ante la boca y apretando un racimo de cerezas. Sus párpados estaban hinchados y rojos; sus mejillas: manzanas recién lavadas.

—Ha crecido —oyó que declaraba, enfático, en la habitación contigua, el Maestro.

—Yo la noto más bien inflada, hidrópica... y mire las piernas: de elefantito cimarrón. Rodillas de muñeco de goma. Feto en pomo, ¿no le parece?

Pup se acercó a una ventana circular que bordeaban raíces gruesas. La ciudad a lo lejos era un cúmulo de puntos grises; los blancos de la nieve se contraían; los colores se evaporaban, vistos detrás de un río de alcohol. En las raíces, como empujados por dentro, brotaban retoños, yemas tiernas que venían a roer escolopendras, amuletos de lapislázuli, bisagritas de córnea mandarina, las cabezas con signos negros.

Era el verano.

Sintió el rumor de la tierra.

Al regresar a su habitación, pasó frente a la cocina. En la cenefa de mayólica las vio reflejadas: la Cadillac llegaba, delantal de olán hasta los pies, gorro gris claro. Sobre una mesa puso un cántaro, que suspendió con trabajo: —Es todo lo que hay. Cada día hay que subir más alto para encontrarla y cada día se derrite más. La que acumulemos esta semana tendrá que durar hasta el próximo invierno, si no habrá que suprimir las dosis definitivamente. Después de todo, para el resultado que han dado: una gordura mórbida...

—¡Si la envidia fuera tiña —baritonizó la Decana—, cuánta tiñosa no hubiera! Ves que aunque sin ton ni son, crece, compruebas que, aun desafiando las divinas proporciones prospera, y claro está, sientes amenazada tu efímera preeminencia; sabes que a su aparición perderás toda categoría y majestad y, segundona persistente, de reina pasarás a ser una usurpadora coloreteada, una sustituta bovina chillando en los finales de aria. Por eso exultas al augurio del verano. Crees que sin la diaria escarcha la Contraída cesará su expansión y que, los ventisqueros cada vez más altos, renunciaremos a nuestro plan de incremento y desarrollo. Decepcionóte: alcanzado el umbral del robustecimiento, el cuerpo —la furia la fulminaba con secreciones lezamescas— es como ciertos cocodrilos del fondo del Nilo, que si logran adentrarse hasta el lecho ya pueden perder las aletas caudales, pues el cañón de la corriente, a la sombra

de barcas funerarias cargadas de momias de niños y juguetes de madera, los impulsa hasta la desembocadura, donde los festeja el rocío del aire y la humedad subterránea.

—¡Pues que siga navegando ella sola! Me duelen la punta del pie, la rodilla, la pantorrilla y el peroné, tengo los brazos fofos, las manos entumecidas y la mollera abierta, he perdido la risa, he perdido el color, se me han cuarteado los labios y desbaratado la permanente, parezco una facinerosa, una bruja del teatro popular birmano, y todo por amor al arte, por ir a buscar a las cimas, para una postrada, el granizado de la proliferación. Mientras más perfecciono yo mi alpinismo más ella su ataraxia; más cabra serrana yo, ella más lela. ¡No! ¡Abajo el latifundio del sueño! —y enarboló una bandera francesa que traía escondida en el bolsillo delantero; se quitó el bonete gris: abajo apareció un gorro frigio.

—Momentánea reina —respondió la Señora—, ¡cuán voraz es tu lepra!
Etc., etc....

Pup siguió a lo largo del pasillo. No lloró. Adoptó el desdén de una Muertecita gótica arrastrando su gangarría; la precedía un séquito sarmentoso; en los azulejos, donde se iban reflejando clepsidras y guadañas, su paso era un desfile de osamentas, una fiesta de alegorías macabras.

Se encerró con doble llave.

Se desnudó ante el espejo.

Se puso la peluca de Marlene y dos gardenias de tela, entre los bucles. Claro que había crecido. Era una mujeranga ufana, algo acuosa, es verdad, y más bien normalota, con excepción de un detalle, que descubrió mucho más tarde, cuando iba ya a dejar de mirarse: cerraba los ojos de abajo hacia arriba.

Era de tanto dormir con la cabeza más baja que los pies.

Se probó uno por uno todos los vestidos de reina.

Cantó Blue Moon.

Se tomó un guarapo.

Se acostó muy oronda.

La Señora, recién levantada, legañosa y descalza, un moño de nylon prendido a sus canas con una ensarta de ganchos, se le apareció al otro día.

—Cobra —le dijo después de una pausa-café— bueno es lo bueno pero no lo demasiado. —Y se dejó caer sobre un diván; de entre los cojines salieron huyendo tres gatos barcinos—. Eres como antes. O casi. El invierno ya nos ha abandonado y la envidiosa Cadillac: los ríos y tu cuerpo han crecido. Prepárate ahora a la penuria. A la carencia. Al monito retozón mordiéndote la nuca.

—Apreste el espectáculo —respondió Pup—. Despida al Maestro. Que la lluvia del verano atraviese mi sombrero.

Pasó dos días sin nieve. Tomaba agua de coco para aplacar la sed; la chupaba por un huequito que abría en la nuez con un clavo, echaba la cabeza para atrás, ponía los ojos en blanco. A la tercera noche se despertó sudando.

Abrió las ventanas del jardín.

Los árboles estaban cuajados de frutas redondas, rojas y brillantadas, tantas que no se veían las hojas. Entre las ramas dormían gallos plateados; las colas, que a ratos sacudían temblores ligeros, como si cayeran de sombreros de pajes asustados, chorro de plumas blancas, llegaban hasta el suelo.

Cerró las ventanas. Se acostó. Oyó aletear pájaros.

O el chirrido de un aspa.

Volvió a levantarse. Abrió las ventanas.

El mar estaba negro.

Entre las plumas jugueteaban conejos.

De una canasta de mimbre sacó unas tijeritas. Pinchó con ellas el cubrecama chino —con trigramas de oro, regalo, ay, de la Señora—. A partir del borde, rápida, voraz, sí, rápida y voraz le cortó una tira recta, con sus flecos y todo, una banda, otra. Con la misma aplicación, rápida, voraz, cuando terminó el cubrecama atacó las cortinas, los cojines, los mantelitos tan monos bordados a mano, de tafetán con pespuntos matizados en canevá, y el tapiz, el tapiz para ser más alevosa según sus propios colores: de este a oeste una banda negra, de norte a sur una blanca, de oeste a este una roja, de sur a norte una verde. Y mientras clavaba, frenética, su punzón en el centro amarillo, ávida pajarita de pico bífido, vociferaba con voz de caramillo:

“un tiempo de decrepitud un tiempo de espesamiento,
un tiempo de derrumbe un tiempo de muerte,
un tiempo de yang un tiempo de yang”.

Le entraron calambres en las extremidades superiores y cucas en las inferiores, estornudos, frío y calor, ahogos y temblores; le pestañeaba un solo ojo,
reía sin reír,
aunque sin náuseas quería vomitar,
no hacía más que gemir,
por los muros quería trepar.

Descuartizó el vestido que traía puesto,
y los de reina, uno por uno.

Se cortó las uñas,
las cuatro greñas que le quedaban,
los vellos de las verijas,
las cejas y las pestañas.
Se ahogaba.

Tomó aire por la boca.
Le entraron mil demonios fétidos
que le envenenaron las membranas.
Oró.

Se orinó en el colchón.
Mordió la pata de la cama.

Buscando el estuche de nieve forzó la puerta de la cocina. Tiró al suelo todas las gavetas. Arrancó los postigos de la despensa. Con los dientes partió un pomo de azúcar —con los vidrios escupió sangre—. Viró al revés la mesa. Con un cascanueces destrozó un frutero. Lo encontró en el fondo del latón de la basura, cubierto por las sobras. Tenía la llavecita puesta. Quedaban dos puñados. Se los tragó de un tiro. Empezó a cantar un samba.

Menos mal que la Señora la encontró. Era una Virgen de la Fertilidad declarada apócrifa, un fetiche apaleado para expulsar los demonios que diezman la cosecha: por el suelo, desnuda, con los ojos en blanco, rodeada de platanitos y anones apolimados, lichís y manzanas. La coronaban aros de vasos rotos, saleros al revés, pimientos, clavos, racimos de ajo, un jamón, cucharones de cobre y un molino de café cuya manigueta seguía dando vueltas.

—He fracasado —gimió la Decana, que en unos minutos había encanecido completamente.
Enderezó la mesa.

Puso el mantel y la acostó encima.

La frotó con un estropajo de aluminio y luego con un paño de cocina humedecido en vinagre.

Encendió una vela.

Pasó la noche rociándola con café caliente —tenía las mandíbulas trabadas—, recitándole conjuros al oído.

Al amanecer, todavía estaba viva, aunque —la Belleza es efímera— ya se iba contrayendo.

Cuando Cobra volvió de la India la encontró tan raquítica como de costumbre.

De lo que le contaron no creyó nada.

A DIOS DEDICO ESTE MAMBO

Como cuello de ganso el brazo de la envidiosa Cadillac en la bruma ondula, blanco emplumado en el andén lúgubre. Y es que se van las tres, o las dos que suman tres² a las morismas en busca de un aunque oculto señalado galeno, el relevante doctor Ktazob, que en taimado raspadero tangerino arranca de un tajo lo superfluo y esculpe en su lugar lúbrica rajadura, coronando el ingenio con punturas de un bálsamo mahomético que trueca en meliflua siflautilla hasta la voz de un brigante napolitano, achica a lo Ming los pies, bizantiniza el gesto y en el pecho hincha dos turgencias nacaradas, remedos de las que en un plato ostenta Santa Olalla.

La escritura es el arte de la elipsis. Paso pues sobre el encuentro de nuestras deambulantes con cuatro monjes mercedarios —fondo negro, manto blanco— que en Madrid quisieron disuadirlas, discurriendo, con ademanes ovalados, como si acariciaran invisibles palomas que en una cinta, para rematar cada argumento, trajeran el latín pertinente, sobre la mutación a que aspiraban, para concluir, aunque intransigentes carismáticos, que era “violencia contra la res extensa, dádiva entre todas del Santísimo, de cuya sabia providencia están pendientes todas las criaturas —y señalaron, sobre el marco de una ventana (a lo lejos un convento, un beato consolando paralíticos) un libro con una manzana encima— ... ergo pecado”.

Consigno sin embargo, y con qué cuidado, el diálogo que la Señora sostuvo en Guadalupe con el padre ILLezas, teólogo esclarecido y prior de Jerónimos.

Franqueados los sargazos, llegaban por entonces al convento serrano, desde los lejanos islarios, a deprender a hablar, recibir el bautizo y morir de frío, indios mansos, desnudos v pintados, orondos con sus cascabeles y cuentecillas de vidrio; traían los suavemente risueños papagayos convertidos que recitaban una salve, árboles y frutas de muy maravilloso sabor,avecillas de ojos de cristal rojo, yerbas aromáticas y, cómo no, entre tanto presente pinturero, de arenas doradas las pepitas sordas que la fe churrigueresca, cornucopia de emblemas florales, convertiría en nudos y flechas, orlas y volutas, lámparas mudéjares que oscilan, capiteles de frutas sefardíes, retablos virreinales y espesas coronas góticas suspendidas sobre remolinantes angelotes tridentinos.

Cobra quedó maravillada ante tan burdos ornamentos y matizadas plumas. Con casabe quiso vestirse, con maderos mordidos por careyes esculpirse coturnos, con hojas de tabaco, caimitos y mangos armar un sombrero alto y jarifo como una giralda, con estatuillas tainas collares quebradizos y pulsos de fetiches frágiles que fueran saltando en ciscos a la sorpresa de los gestos.

Pup, hecha una usurera fenicia, se había entregado al trueque con los cándidos: contra mascarillas y ambrosías les canjeaba, con ojos saltones, en bolitas engolosinantes, las páginas apolilladas que iba arrancando de un misal averiado.

Pero, basta de arabescos, pasemos al sujeto medular, al meollo teórico del cambio:

—¡Qué desatino, hijas mías! y ¿de qué mientes rústicas y desbaratadas heredáis tan lamentable invento? —amonestó el Padre según hubo aquilatado el alcance de la empresa que animaba a las peregrinas y levantado un instante la pluma con que rubricaba un pliego. Pup, debajo de la mesa, retozaba con un menguado podenco—. Y, una vez convertida en su contrario y enterradas debidamente (como ordena la Iglesia que se haga con los dedos y aun con las falanges sueltas) las sobrantes partes pudendas, el Día del Juicio ¿con qué faz y natura aparecerá la deshadada ante el Creador y cómo la reconocerá éste sin los atributos que a sabiendas le dio, remodelada, rehecha, y como un circunciso terminada a mano?

—Me maravilla que así le parezca —replicó la Teórica—: el cuerpo, antes de alcanzar su estado perdurable —y contempló, con vistosa compasión, una calavera y un reloj de arena dispuestos sobre un

fascículo cerrado, en un ángulo de la mesa del párroco— es un libro en el que aparece escrito el dictamen divino ¿por qué, en un caso como el aquí presente, en que a todas luces en lo *Escrito sobre un cuerpo* se ha escapado una aunque nimia engorrosa errata, no enmendar el desacierto y poner coto al retoño errado, como entre los infantes, cuando punza, se cauteriza un dedillo marginal o una molleja? Y si es precisamente en este villorrio —continuó la ínclita— donde traigo a colación, reverendo, el a sus ojos herético remedio, es porque sé encontrarme entre expertos disecadores y que tanta destreza, considero, en mucho es aplicable a las excrecencias, que así bautizaría yo estas inconsecuentes regalías de la naturaleza, y malformaciones de los vivos.

Rezagada entre molduras procesionales, Cobra seguía la discusión tumbada en un rincón de la sala capitular, rodeada de bruñidos tabernáculos platerescos, relicarios ojivales que entre pinchos exhibían tibias y rótulas, tres casullas bordadas con diminutas gemas, tabletas con vasijas, panes, jarras de vino y monjes de blanco, y un antifonal donde, en el oro de las iniciales, zambullían sirenas.

Pup, la Monstrua Vestida⁸ se había escabullido por arcones navales y diocesanos escaparates: en el recinto donde se debatía el espinoso tema, apareció muy risueña y cuan obesa era, apretada hasta el cuello en un manto episcopal, una mitra al revés encasquetada y el perrito en los brazos amordazado con un escapulario.

—¿Qué choteo barroco te traes, culicagada, o qué blasfemia? —la increpó el Padre, entrándole a bofetadas nomine Dei para sacarle del cerdoso cuerpo los demonios y sabandijas sulfhídricas que sin duda le roían los ganglios y el bazo.

Sofocado, prosiguió: —El remedio a que alude su discurso, Señora, más semejanza tiene con el Leng T'che, la tortura china de los cien pedazos, y con los desmanes medievales de animales mixtos, injertos en orates y cuerpos trucidados, que con las benignas lecciones de anatomía post mortem que aquí, aprobadas por la Sagrada Congregación de Ritos y con licencia eclesiástica, se han dictado.

—Pues me desfama, ponderable canónigo —concluyó sin sosiego la exegeta— que de tan poco seso os parezcan. —Y sin enfado:— Citóle pues, para cerrar esta sabrosa plática y no tenerlo más suspenso, un precedente que espero no le embarace: el de un santo alejandrino a quien, en sus orígenes, tanto mortificaban los flujos por luciferinos urticantes de su pudendo que, en un raptó extático y como poseído por serafines quirúrgicos, amputóse de un tajo el basilisco, entregándolo como piltrafa a los perros; así aligerado ascendió, en un torbellino de sentencias gnósticas, al cimborio supremo del panteón platónico. —Y entre sollozos y mal formados suspiros, a Cobra:— Apaga y vámonos.

—Pues obrad de la suerte, hijas mías —concluyó indignado el diácono— y las brasas de esta mentecata aticen, que a la misma gehena y sin más prolegómenos iréis todas a parar, incluida esta enana, que no por revigida y exigua tiene más de inocente, pues se diría, tanto ingenio pone la maldad en su lucubraciones, que no es más que el doble malogrado y burlón de la travestida.

—¡Llamas, a mí! —se exasperó, con un gesto neoclásico, la Señora—, que de esta ambigua haré yo una hurí y hasta de su análogo miniaturizado —y agarró por un brazo a Pup, que empezó a proferir delicadezas— una rechoncha mora, pues sepa, sacerdote, que si he venido a estos pagos es para desatar nudos gordianos, despejar intrínquilis y deshacer, de la naturaleza, tantos entuertos.

Y con esto bajaron las tres de la cuesta, no sin antes abastecerse de turrónes y anís, panes y pasas, manjar blanco, y algunas de esas albondiguillas a que tanto se había aficionado la Pup.

En la plaza, junto a la fuente, repartieron nísperos a menesterosos y mendigos.

Se despidieron afligidas de los fieles.

Eran tan buenas.

Mustias entraron a Toledo.

De intestinos fosforescentes de insecto, alargadas y ascendentes como retratos de hidalgos —reflejos (precisó, docta, la Señora) en pupilas de astigmático—, de élitros tornasolados todas, junto a un

molino se encontraron pues nada menos que con Auxilio y Socorro. Más que textuales apergaminadas y retóricas: de tan toledanas moras, de tan hispánicas carpetovetónicas. Las seguían en séquitos picadores y arrieros, dueñas y doncellas. Espejeaban sus sedas ambarinas, sus enseres de azufre. Eran de alas, de blancas llamas.

No bien las habían reconocido que ya las dejaban por imposibles, tantos consejos —y todos en romances y letrillas— las Siempre-Presentes querían darles, tanto refranes a diestra y siniestra les asestaban, pues ignoraban qué mal ventura era esa la de ellas que no sabían decir razón sin refrán ni refrán que no les pareciera razón:

que si debía Cobra podar enseguida sin esperar más pareceres, pues en la tardanza está el peligro y más vale un “toma” que dos “te daré”,

que si la Señora no debía volver al Carrousel y allí, sin más preparativos somáticos, montar un “Cherchez la Femme” como todos los otros, pues a tu tierra grullo aunque sea en una pata y más vale pájaro en mano que buitre volando;

que si pintada toda la Mudable de mucharabíes, con una cenefa de azulejos y una cúpula de estuco en la cabeza no estaría mejor;

que si los aduaneros de Algeciras, sabuesos de grifa, no iban a humillarlas y postergarlas y lla —marlas a desaparecer en la fugitiva plata de la bisagra, aunque estrecha abrazadora, de un Océano y otro⁹;

que si, finalmente, en esta criatura aún formadiza, en esta mollera abierta —se referían a Pup— tanto desvarío y metamorfosis no iban a conglomerarse en un nudo patógeno que llegado el desarrollo la encordelaría, convirtiéndola en una virgen funesta, una atarantada o una vesánica.

Las dejaron subidas a un minarete, *vestidas de unos monjiles anchos, al parecer de anacoste batanado, con unas tocas blancas de delgado canequi, tan luengas, que sólo el ribete del monjil descubrían*; delgadas y blancas las manos —garzas disecadas— diciendo adiós; las voces, atiplados almuédanos, desgranando augurios, bendiciones, vayan con dios santísimo.

Lloraron todas.

Quedaron admiradas —¿quiénes?— de su desenvoltura, que aunque las tenían por atrevidas, graciosas y desenvueltas, no en grado que se atrevieran a semejantes despejos.

Al alba las vieron alejarse, raídas y polvorosas, los matules al hombro: eran pastoras y muleras. Al sur, al sur: dibujadas figuras negras, borrones, manchas, que la reverberación duplica, del ocre de la tierra, puntos... la campaña rasa.

¿Por cuántos días surcaron la llanura? ¿Qué les aconteció en la sierra? ¿Qué sequías o escarchas soportaron, en qué trigales y olivares, y de las caridades o calenturas de qué truhanes, vivieron?

Apareció Cobra unos meses después, apolimada y en minúsculas, en el afiche lunfardesco de un café tangerino. Era una tanguista y mamboleta platinada, con mucho khôl sobre los párpados, un lunar en la mejilla y dos buscanovios.

En el seno derecho se ocultaba un rubí.

Tenía grandes los pies y un tacón jorobado.

Cantaba un mambo en esperanto.

Mientras la cabaretera endilgaba sus milongas a una jauría de colonos franceses, nativos toquetones, toxicómanos en carencia y legionarios, la Señora, disfrazada de pedigüeña andaluza, con Pup hambrienta y jeremiqueando entre los brazos, indagaba en la puerta de una mezquita, bajo cubierta de venta de preservativos bajo cubierta de venta de repujados con inscripciones coránicas, urgentes señas del doctor Ktazob, pretextando en la obesa fibromas y en ella senectud prematura, menopausia

precoz, amnesia parcial y fiebre ondulante.

Agitaban una lata con monedas.

Cantaban a dúo la primera sura.

Se balanceaban difícilmente —tan denso estaba el aire— las empañadas lámparas mozárabes. Bajo el plafón —un cielo estrellado y girante, con bruscos mediodías y violáceos crepúsculos— sus trayectos mezclaban estratos de humo, lentas volutas de menta, aliento de hachís y ron peleón, té con yerbabuena y ajenjo.

Ante una ventana ojival que daba a una calle cubierta —figuras rayadas bajo techos de mimbre— y más lejos a un palmar con sus camellos y unas cúpulas que coronaban la medialuna, un sudanés escuálido, con una carterita de galalí y una magnolia en el pelo, presentaba, para culminar “el espectáculo más demente de toda la región”, a Cobra: fondo de bandoneones, luz mortecina que se espesaba sobre candilejas verde clorofila.

Cantaba con trémolos —no había noche sin navajazos—, fanée y en falsete.

Vendía manzanas en el entreacto.

De mesera y allumeuse de platea pasaba otra vez a escena para el mambo final.¹⁰ La precedían las Dolly Sisters, mellizas hormonadas, un niño marroquí avezado en danza india, la Cherche-Bijoux y la Vanussa, canadienses gigantescas y prognáticas que entre foquitos rojos interminentes y burbujas de jabón doblaban, siempre a destiempo, sus propios discos.

Mientras Cobra meneaba la cintura al ritmo de Pérez Prado, no se holgaba la Señora, pilar del Zoco Chico. Siguiendo la pista del transformador se iba adentrando en los vericuetos de la Medina, abismando entre contrabandistas y traficantes. A cambio de noticias llegó a pactar con negreros. Cayó en la trata de blancas.

(OIGAN A UMM KALSUM)

Cuatro melenudos de Amsterdam, destiladores de droga en busca de materia prima —escondían el opio en Budas de cabeza hueca—, le susurraron en un fumadero del puerto que el Doktor había aparecido en una mancebía estrangulado con una máscara coreana, víctima sin duda de un marinero dejado, en la transformación, a medias.

Un curtidor de Marrakech, bonachón de manos manchadas de azafrán, le enseñó, en el apartado de un cafetucho, el miembro, y así la sedujo y arrastró hasta el cementerio merinida: junto a un marabuto, sonriente, le sacó el precitado erecto y también un puñal curvo con el mango incrustado, exigiéndole sin más rodeos la bolsa y rogándole en nombre del profeta que abandonara de inmediato la empecinada búsqueda.

Bajo la concha de un minrabo un imán le cantó las alabanzas del ex terapeuta arrepentido de sus prestidigitaciones y convertido a la fe.

Una loca del “Festival” le insinuó que Ktazob no existía y era un invento de las pintarrajeadas que fleteaban Pigalle.

En un bar rococó —peluche vermellón y doraduras—, ante un muro de conchas rosadas —el aire cargado de un olor repugnante y maléfico de miel rancia—, William Burroughs le escribió en un ticket, en jeroglíficos, la biografía exhaustiva de Ktazob: enriquecido por la configuración de nuevas evas y la desfiguración de viejos nazis, el artífice era hoy un “viajero” de lujo: en el sótano de una choza de tierra apisonada, cerca del Sahara, disimulaba una Alhambra que a su vez disimulaba un burdel polinesio con biombos tapizados de azul, lámparas de franjas rojas, servidores desnudos y mesas a ras de suelo con pipas de kif que nunca se apagaban, narguiles de opio y frascos desbordantes de mescalina, harmalina, LSD 6, bufotenina, muscarina y bulbocapnina. Entregado a esta última, que activaba con curare, el antiguo diestro alternaba sus días entre el síndrome catatónico —le representó esta noción con un hombrecillo dormido bajo un gran pájaro negro— y la obediencia automática. “Son cosas de la vida” —concluyó oralmente y con acento colombiano.

El Conde Don Julián la condujo: puestos, barracones, bazares, campanilleo de aguadores, corrillos de curiosos, aroma de merguez y pinchitos: un moro los precedía atigrado en su chilaba listada, los felinos ojos brillantes sobre las guías de los mostachos en punta. Caminaban de prisa para alcanzarlo.

En un palco del cine Cervantes el conde visigodo le aseguró que el Doctor, demiurgo mezquino envidioso de sus propias confecciones, había terminado ejerciendo al reflexivo su magia: hoy era una comadrona neo-Liberty con una bata almidonada hasta los tobillos y algo de Rodolfo Valentino en los ojos, dedicada a sus intrauterinos y a las labores propias de su sexo.

Finalmente, cuando ya no lo buscaba, echándose fresco en su casa con una penca de guano y tomándose un daiquirí, sin sobornos ni súplicas —mira que la vida es sainetera—, la Señora se dio de bruces con el informante añorado: en una reyerta callejera por unos aretes de caramelo Pup desorejó a una niña. Un practicante vino a coser el pabellón destroncado, pero abatido por la dificultad de las primeras puntadas, tanto monta, prefirió escindirlo del todo. Terminado el prodigio quirúrgico y después de unas copas, el perito comentó que había alcanzado tan depurada maestría como brazo derecho de un insigne condrólogo —el Doctor Ktazob.

Sin más insistencia, gratificado con unos dirhams y frente a Pup atada a una poltrona, el segundo prometió que al día siguiente, después del espectáculo, el Facultativo en persona acudiría ante la propia Cobra.

Pactaron no pensar en la cita. Escondidas tomaban librium. Para que durmiera todo el día, en el caldo, le dieron a Pup una pastilla. Tejían. Hablaban de las inclemencias del tiempo. Confesaron desgano. A las seis de la tarde Cobra empezó a pintarse. A las ocho, frente al espejo, aguardaba en el camerino. A las diez sonó el timbre para el primer espectáculo. Cantó una “Cumparsita” sin énfasis. Cuando llegó su bailable le entró una flojera en las piernas. Arrastrada por la Adivina y a fuerza de coñac entró en escena.

—A Dios dedico este mambo —musitó cuando rompieron los tambores.

Volvió al camerino sosegada por el aguardiente, acariciando un gato.

A la una en punto oyó pasos firmes, que se acercaban. Tocaron con fuerza a la puerta. Era un hombre alto y delgado, de manos finas —un gran cirujano—. De un panamá de alas anchas bajaban las patillas engominadas. Zapatos de charol. Botón en la solapa. Espejuelos verdes azogados. Dril beige claro. Gordo como un garbanzo, un diamante presillaba la corbata de seda. Los ojos:

Cobra: un grito pelado: la machorra que tenía delante no era otra que la Cadillac.

—Sí, muñeca —alardeó con un vozarrón anisado el gángster marroquí de enchape fresco, y le apretó un seno—, he traicionado el mal. Allah le Tout-Puissant m’a couillonné au carré: la inversión de la inversión. —Le guiñó un ojo— risita de Al Capone —. Me hinchaban los trapos, preciosa. Fui a ver a mi cuate Ktazob— chupa el cigarro, aprieta los ojos, bocanada de humo; Cobra: tosecita nerviosa —: sacó de un bocal una de abisinio— anota sabrosa —y aquí estoy, como zapato de chulo: punta larga y dos tonos. Con unos pinchazos y un jarabe me volvió el pelo— se abrió la camisa: ¡qué peste a grajo! —Ahora trafico blanca. Si quieres con estas gomas— con el índice y el pulgar, como si fuera a destornillarlos, le pellizcaba los pezones —botar lo que te sobra, no pierdas tu tiempo en los recovecos de la Medina: como una carta robada que la policía no encuentra porque está expuesta sobre la chimenea, como el nombre del país entero, que nadie ve en el mapa, Ktazob se oculta en lo más visible, en el centro del centro. Dale ese enchufe a la anciana que te lo fletea. Ah, y vé de mi parte, rica; te dejará bien rajada. Me reservas, eso sí, el estreno.

Risotada. Manotazo en la cadera. Tiró la puerta.

Cobra se dejó caer en la cama.

Su cabeza era un caos.

LA CONVERSIÓN

La Señora: Vas a Ktazob, hija mía, tan fresca como si fueras al dentista. Crees que, rebasada la benigna extracción, sin más tormento que unas destemplanzas, con un ramo de orquídeas birmanas, un jugo de naranja agria y el certificado de alta, al caer de la tarde una enfermera vizcaína te traerá un espejo de mano, donde, más que tu imagen, sobre fondos crepusculares contemplarás, con su palidez de tísica convaleciente, en close-up a Greta Garbo..., Bájate de esa nube: después de la carnicería y si la aguantas, te espera un aguacero de pinchazos, depilaciones y curetajes, cera en los senos, vidrios en las venas, vapores de hongo en la nariz y levaduras verdes por la boca. Tápate los ojos con uvas. Con bolas *Quies* los oídos. Un perro amarillo te lamerá los pies.

Más que en el de tu delirio, mírate en el espejo de las otras: huyen cabizbajas, como si acabaran de perder un rubí por la acera, para que el pelo les encubra, como a Verónica Lake, o a leprosas, la cara. Por la escalera de incendio entran en niteclubs de negros. Furiosas se visten de odaliscas. Se emplastan la cara de yeso. Con sangre se pintan los párpados. Mientras los cocineros afilan cuchillos, con chirridos de fondo fatigan a la chusma.

Escrofuloso y calvo como ellas, a su lado desfallece un perro afgán: lo inyectan para que duerma. Hablan solas. Ponen la mesa para una amiga muerta. Con la ropa puesta se pinchan en los urinarios del metro. La criada indonesia las encuentra sentadas en un sofá inflable, vestidas de largo, cubiertas de moscas bajo un poster de la Reina Cristina: “Aire en la aguja, como siempre” —y sigue pasando la escoba.

O en la operación, sientes que se inclina la mesa. Oyes un chorro caer en una vasija de aluminio. Te dan opio para que resistas. La sangre rompe otra vez las cerdas. En un cubo de nylon transparente, te abandonan desnuda, al oxígeno puro.

O quedas perfecta, como una estatua, hasta que por la herida te empieza a trepar la gangrena.

Ahora bien, Cobra, si a pesar de todo y por ser divina cinco minutos en escena quieres afrontar esta prueba y cometer el último pecado, ay, que le es dado al hombre... —se saca la peluca blanca, de propecta ponderada, tira la bola de tejer, en una larga pitillera de brillantes enciende un Winston mentolado cada vez más fresco, se enchapa de colorete, se ensortija, se pega una lentejuela en la mejilla, cruza, enseñando hasta las verijas, las piernas que un cirujano le estiró a la Marlene— entonces, querida, baja ahora mismo hasta la avenida del puerto, un coñac en el “Tout va bien”, piensa en otra cosa, tómallo como si fueras al dentista, la belleza se paga, sigue hasta los muelles, verás a tu izquierda, en la Medina, encaramado sobre barracas, un bar descascarado: en los balcones moros embelesados y rubitos en chilaba fumando yerba, sube por la escalerilla que conduce hasta la entrada un vendedor de panetelas rancias, un ciego que canta, olor a comino, una fuente, un cine chinchoso: en la cartelera una obesa con dientes de oro y un punto rojo en la frente, sigue derecho, hasta un zoco chico, oirás cantar a los pustulosos de una escuela coránica, una pensión española: allí verás la placa de Ktazob. —Vuelve a ser una prudente octogenaria—: Vé con la enana. Ya yo no estoy para esos trances: hay que subir escaleras.

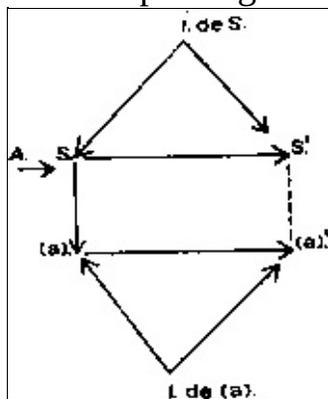
Lo más difícil —Ktazob tenía el pelo plateado, era adicto a las viñetas villaclareñas de Partagás y a los árboles de subordinadas. Una tosecita, o más bien un pujido eco, como de quien tiene que disimular, en el testículo derecho, un aguijonazo de jején, culminaba las vaharadas vueltabajeras y las frondas sintácticas. Un suéter negro apretado no afinaba ya la cupoleta ventral ni los caudales hemisferios, rotundos. De ademanes: parsimonioso, despótico de tono; lentes; pupilas de palomo—, lo más difícil no es la formalidad final, cuestión de minutos, sino el aprendizaje previo, para transferir el dolor, y subsiguiente, para eliminar la sensación de carencia.

De un estuche de nogal escogió un habano, lo hizo rodar entre los dedos junto a la nariz; cerrando los ojos, con aletas dilatadas aspiró la fragancia; a lo largo de las suaves hojas pasó la punta de la lengua: —Sabrá que no uso anestesia. Es capital, o mi práctica, al menos, así lo configura, que el mutante, en el tránsito, no pierda la conciencia.

Si en el estado intermedio el principio conocedor del sujeto se desvanece puede que zozobre en ese limbo, o que al volver en sí no se reconozca en su cuerpo reestructurado. Para lograr esa vigilancia hay que disipar todo signo de dolor, lo cual se logra con la transferencia algésica, simple ejercicio de concentración, con soporte distante, que desvía hacia un chivo emisario los relámpagos neurálgicos.

Los mártires sufíes eran invulnerables: sus discípulos sufrían por ellos.

Tomó un encendedor cincelado con platas cúficas. —Si yo, por ejemplo...— voluptuoso acercó el fuego a las hebras olorosas y, rápido, como en picada un martín pescador, o una jeringuilla lanzada al glúteo, lo descendió hasta las manos de Cobra; la aspirante al cambio se mordió los labios —si yo por ejemplo... le quemo a usted una mano, el ardor puede pasar, digamos, a esa enana que espera en la antesala. Si su concentración, ergo si la transferencia del dolor es correcta, puedo hasta arrancarle un diente o trucidarla sin que experimente la menor molestia; la receptora, hélas, caerá redonda, atravesada por espasmos inexplicables. Un Instructor *I* ejercitará al sujeto *S* para que aprenda a emitir los dardos cáusticos; otro al chivo emisario para que no ofrezca resistencia. Así el alterador *A* podrá ejercer su fuerza modeladora sobre el Sujeto para convertirlo en Sujeto prima, fuerza cuyo vector lancinante padecerá, en este caso, la alteradita que está allí afuera (*a*), transformada, por la terapia aleccionante, en receptora óptima (*a*) prima. Todo es representable por el gráfico de la mutación: Diamante.



Al día siguiente comenzaron los trabajos prácticos. Temprano en la mañana, entalcadas y frescas, el pelo recogido en un moño alto que es tan cómodo, llegaban al gabinete Cobra y Pup, ya imbuidas de laqueados aforismos psicosomáticos, a recibir las teorías analgésicas del Doctor K. Entre empañados péndulos hipnóticos, pinzas manchadas y bisturíes apilados en cajas de “Romeo y Julieta”, con fondo de cantábiles coránicos discurría el tebib sobre estesia —hace una hora que Pup, encerrada en un armario, está dando vueltas: se trata de comprobar ciertos fundamentos lenitivos de los derviches—, narcosis espontánea, visiones del interregno y epistemé del corte. No le fue difícil lograr la “identificación somática” entre Cobra y la pigmea albuginosa que le servía de base, ni fueron suficientes las mareantes filigranas que entrelaza la metafísica sufí de la fisura para “leer” en la liliputiense lechosa la media naranja desprendida y fría de la conversa, su doble satelizado en rotación.

Como todo en ella, que por eso ha llegado la infeliz a lo que ha llegado, la transferencia en Cobra se produjo al revés: cayó redonda, presa de amarillentos vahídos, sacudida por marejadas vómicas: ¡ay, se nos había olvidado que Pup seguía dando vueltas en el armario!

—Son tan concentradas —concluyó *A*—, las emanaciones siderales de este alfeñique girante, que ha logrado invertir la flecha hiperestésica. La rotación, sin duda —y exhaló una voluta de humo—, la ha cargado de energía. Vamos a tener que sumergirla durante nueve días en un barril de hielo y atragantarla con sustancias pasivas, y a usted, Cobra, suspenderla por el mismo tiempo al techo con una mordaza de trapecista para que pueda alcanzar las revoluciones requeridas, y mantenerla a sangre de puerco

fresca, a ver si así obtenemos al menos una correspondencia biunívoca que nos permita, llegado el momento de la intervención y si la enana blanca ha sido lo suficientemente debilitada, soldándola a una placa de amianto, canalizar correctamente el curso del dolor.

Ha girado Cobra tanto... que hasta sus pupilas ha acudido el llanto. Sus lágrimas y ese orine que se torna rojizo —destilados coágulos de marrano— han dejado a distintas alturas sobre las paredes blancas de la celda que la encierra y a partir de la cenefa en el orden siguiente:

chorreadas fajas ambarinas
salpicaduras de ópalo
cintas de hidromiel
borrones de naranja
estratos crepusculares
hilos teñidos de púrpura
grumos de granate
otra vez sangre.

Contempla Ktazob el encendido arco iris. Señala en él, con la euforia de quien festeja el ímpetu gestual de un Sam Francis, el chafarrinón superior, sanguíneo: —Con la aceleración máxima... ¡he aguí el *red shift!*— Y bajando una palanca hasta el OFF detuvo el aparato —un motor de refrigerador autógeno y dos poleas— que hacían girar el zócalo aplicado al centro del plafón y con él la desangrada acróbata. La descolgó como pudo: Cobra cayó deshuesada, un lío de ropa sucia, plana sobre el piso. Abría los ojos muy grandes y la boca; no salía ni siquiera un suspiro.

—Lo peor ha pasado —le aseguró el Alterador, dándole en la nuca unos golpecitos con la punta de un zapato—. Ahora, miel y reposo por unos días, para fijar, con el indicador rojo, la energía al máximo. Y pasó a la celda contigua.

Muros carbonizados. En una pileta rebosante de un almidón donde flotaban astillas de hielo estaba, sumergida hasta la nariz, Pup.

Como Alá a los niños muertos, por la mecha que le habían dejado al raparla —el pelo es fuente de energía—, la alzó de la antártida el galeno. No sin esfuerzo: a pesar del baño seguía compacta. —¡Magníficos resultados en (a)!— le comunicó dándole unas cachetaditas —. ¡Qué elegancia de gradaciones!— Desde la nariz, fajado, el cuerpo de la enana, a partir del ámbar hasta el blanco puro, era un caramelón esférico para muñeques de carnaval. La anillaba un arco iris anémico: vetas sucesivas que iban destiñéndose, aclarándose, apagando sus tonos hasta los pies de mármol.

Pup abrió los ojos muy grandes y la boca, se hinchó de pómulos, como un Eolo, y le encharcó al médico de un escupitajo la cara.

—Residuos de agresividad —pujó el platinado secándose el gargajo con una pañoleta bordada —.

La semana que viene —añadió con gran coolness— operaremos. —Y enarboló un apabullante habano cuyo cabo amputó con su afilado cortapuros.

UN SUEÑO DE COBRA

Estaba junto a un mausoleo resquebrajado, entre arrecifes que golpeaba el oleaje. Pegadas a las piedras trapos, mechones de pelo, velas y exvotos; cilindros coronados de turbantes cárdenos, alrededor del marabuto de cal se erigían tumbas.

Ofrecía azafrán y flores y en círculos quemaba alcanfor, entre marcas de tiza y caracoles desplumaba una paloma, sobre los turbantes derramaba unguentos, pulía los cilindros con una leche

espesa que salpicaba, entre los peñascos, el carapacho cobrizo de los cangrejos.

A los pies bisturíes y langostas de plata, en las manos anguilas y estetoscopos, a la entrada del túmulo funerario, superchongo triunfante, tirando a San Ktazob aparecía el Cadillac. Lo enmarcaba el arco en medio punto de la puerta; le pintaban la bata, del vitral, los cristales teñidos. Remos. Barcas y lanzadas redes. Se escabullían sardinas de oro entre las guirnalda que lo adornaban de violetas marinas. En ese nicho, el macharrán —cuyo atributo, cilindro coronado de turbante cárdeno, emergía erecto de un nido de encajes— era el patrón de un altar de pescadores provenzales. El panamá de alas anchas —> *un sombrero que ornaba* el espejo cóncavo de los otorinos; la corbata— > un filacterio —caduceo de plata sobre el fieltro negro— ; el brillante resplandece entre aurículas de rubí y vinosos ventrículos —granadas abiertas— sangrando granates.

De una gaviota blanca inmóvil sobre su cabeza emanaban minuciosas inscripciones doradas. Sobre el coral de los arrecifes sus pies desnudos, sobre el nácar de las olas un arco iris.

Con una pinza de langosta Cadillac —> San Ktazob tocaba a Cobra. Desnuda, alabastrina, microcéfala altísima, en espirales lentas la pinchada ascendía. Una almendra de llamas la escudaba; entre nubes concéntricas sus piececillos, sobre campo de estrellas, como ellas centellantes, sus ojos húmedos; un manto azul prusia, jirones de mar y cielo, iba a cubrirla; creando en el agua un remolino que chupaba remeros y coleantes delfines, a su alrededor giraba una tromba de ángeles. En la quietud del vórtice, juntas en oración, blanquísimas, sus manos; entre los arrecifes, carbonizado y cubierto de pupas, pupilas ribeteadas por anillos de fuego, croaba en su pupitre un demonio purpúreo. No era una trompa; sangrante, de la boca, con pelotas y pelos le brotaba una pinga.

Tres pastorinhos que buscaban unas cabras perdidas —la Señora, la Cadillac y Pup—, embelesados, caen de rodillas sobre los peñascos, olvidan el Ave, asisten boquiabiertos al ascenso, alzan los brazos, tocan el manto, reciben una lluvia de rosas.

*Posado sobre un arrecife accesible durante la marea baja, a 12 km, a la derecha, a partir de Casablanca rumbo a Azemmour por la carretera de la costa, se percibe el santuario de Sidi Abd er Rahman. La roca, que golpea el oleaje, es considerada lugar sagrado. A la aspereza de la piedra se encuentran fijados trapos, mechones de pelo y otras diversas ofrendas. Alrededor del santuario se pueden ver algunas tumbas de peregrinos muertos durante la pía visita, y unos metros más adelante, conmemorando un milagro popular un grupo de tres pastores esculpido en mármol, obra del italiano Canova (1757 – 1822).****

DIAMANTE

El Alterador *tiene el rostro descubierto, liso, claro, impasible, frío como una cebolla blanca recién lavada*; un paño oculta el de los Instructores, encerrados de negro. Cobra yace desnuda en la mesa de metal; brazos y piernas abiertos; Pup sobre una placa de amianto. En un carro que rueda tintinan tubos de ensayo repletos de sangre. Alguien tose. En el pasillo alguien murmura. Vasijas arrastradas sobre un suelo de losa.

Alterador —¿Y si lo tomáramos como un juego,

Instructor de Cobra —como algo reversible:

Alterador —un sonido que se repite?

Instructor de Cobra —El hombre es un haz: ni sus elementos, ni las fuerzas que los unen tienen la menor realidad.

Alterador —Cobra, te adentras en el estado intermedio: cielo vacío las cosas,

Instructor de Cobra —inteligencia nítida, vacuidad transparente

Alterador —sin límites ni centro.

Instructor de Cobra —Concéntrate. Has aprendido a desviar el dolor. Lúcido. Te presento a la

prueba.

Pup —¿Qué van a hacerme con ese astrolabio?

Alterador —Sea un murciélago aliabierto: clavarlo en una tabla. Entretenerse haciéndolo fumar. Se ahoga. Chilla. Darle fuego. Sea un conejo: desangrarlo por los ojos. Sea un hombrecillo que sonrío, atado a un madero. Atracarlo de opio. Uno a uno, sin sangre— en los tendones de las articulaciones breves tajos —, separarlo en pedazos, uno a uno, hasta cien. Que un traficante, fumando en pipa, lo señale. Una foto. Que una mujer ría.

Instructor de Pup —¿Quieres una muñeca que abra y cierre los ojos, que orine y todo, con pelo de verdad? ¿Quieres un helado de muchos colores, en forma de pagoda, con una banderita? Vamos Pup, qué te pasa, no te contraigas así.

Instructor de Cobra —Piensa en un sol muy fuerte. Eres invulnerable. Rompen contra tu cuerpo las aspas del dolor. Un cielo transparente.

El Maestro se apresta.

Pup grita. Salpicaduras. Goterones de tinta espesa huyen hacia los bordes del cuerpo de Cobra. Relámpago. Rotura. Ramas rojas que bajan bifurcándose, rápidas, por los lados de un triángulo —el vértice arrancado—, sobre la piel blanca de los muslos, por la superficie de níquel, contorneando las caderas, entre el tronco y los brazos, encharcándose en las axilas, hilillos veloces sobre los hombros, empegotándole el pelo: dos chorros de sangre, hasta el suelo.

Instructor de Cobra —Igualmente destructores son el ejercicio del bien y el del mal. Has eliminado en ti la piedad. Con todas tus fuerzas dirige ahora el dolor hacia la enana: ella es diabólica, menesterosa y fea, ¿qué más da lo que pueda sucederle? No es más que tu desperdicio, tu residuo grosero, lo que de ti se desprende informe, la mirada o la voz. Tu excremento, tus senos falsos, ¡qué asco!: cuerpo de ti caído que ya no eres tú. ¿Vas a cuidarla, vas a ocuparte de lo que le suceda, tú que serás perfecta, escueta, como un icono? ¿Te vas a hacer mala sangre por una hedionda? Cobra, ya el Maestro cincela tu cuerpo. Ahora va a esculpirte la nariz, a dibujarte las cejas. Tendrás ojos enormes, coronados por arcos perfectos, ardientes, de antílope que en la noche huye, desmesurados: un Cristo de mosaico; serás fascinante como un fetiche. Pero ahora no flaquees. No te dejes corromper por la compasión. Agobíala. Tortúrala. He comido carne humana y bebido sangre. ¡Qué odiosa! No lo sabías: con magia ha querido llagarte la cara para ocupar tu lugar. Alfileres con ella: que se desangre. Agujetas. Brasas. Que arda.

Instructor de Pup —Duérmeme mi niña. Ablándate. Te pones toda dura. No te contraigas así. Ya pasará. Piensa en un trencito de cuerda, rojo y bonito, pita, ¡qué lindo!, ¿lo quieres? Suena un timbre, toma un ramal, se para en las estaciones, sube por un elevado muy alto, baja... ¿Quieres montar en barco? Piensa en un gato muy gracioso, y ahora en un elefántico bañado y perfumado que retoza en el mar; le pintan en la trompa flores. Ablándate todita. ¿Quieres que te cuente un cuento, que te cante un canto? ¿Quieres un cake con velitas? Ay, Pup, ¿por qué eres tan mala? ¿Por qué aprietas así las quijadas y rechinas los dientes? Vas a rompértelos, malcriada. ¿Por qué lloras así Pup?

No dedicó al encapuchado, la enanita, sus oprobios, ni lo escupió. Miraba al suelo. Una sonrisa resignada le estiraba los labios; como a un sapito aplastado la sacudía a ratos un hipo. *Tenía la cabeza apoyada sobre el hombro derecho; los pulgares doblados en la palma de la mano; un polvo blanco le velaba las cejas, una palidez viscosa los ojos, como una tela fina, como si las arañas le tejieran encima.*

Apresurado se alejó el Instructor. Volvió con alcanfor, yerbas aromáticas y benjuí; un vaso de cloro para espantar los miasmas.

Pup jadeaba. *La lengua entera se le salió; sus ojos empalidecían, globos de lámpara que se apagan.* Por los oídos le empezó a salir un líquido blancuzco, por la nariz y por la boca. Una lividez iba ganando los estratos de que estaba teñida, desde los piecitos apolimados hasta la cabeza, sábana fría.

Quedó exánime, la inocente, sobre la placa de amianto.

Del capirote de yute negro el Instructor sacó un espejito. Lo puso ante la nariz supurante: —Un trencito— repetía caricioso —, un trencito Pup.— Y subiéndose el paño hasta la frente, como si se remangara una camisa, la mano derecha ensortijada con lujuria, una lentejuela en la mejilla, la octogenaria pizpireta hizo una seña huesuda que comprendió el Maestro.

El Alterador dejó caer una aguja.

El Instructor de Cobra se calló.

De las pestañas, atravesándole los párpados superiores, las heridas horizontales de las cejas, surcadas de hilillos de sangre como labios rotos, rayándole verticalmente la frente, hasta los coágulos del pelo le corrieron a Cobra dos lagrimones.

El Maestro fue a desclavar a Pup. Hubo que enderezarle un poco la cabeza: un buche de líquidos negros le salió, como un vómito.

Cobra —No puedo más. ¿Falta mucho?

Alterador —La sutura.

Instructor de Cobra —Ya eres, Cobra, como la imagen que tenías de ti.

Cobra —¿Cómo?

Se recobra.

Se enrosca.

(La boca obra.)

Ha franqueado el estado intermedio; ya sabe que no sueña; ha encarnado: se pregunta en qué pájaro.

Un resplandor de cobre irisa la cámara oscura. Rumor de imbricadas vértebras roncas, de cartílagos caudales: esferillas de aluminio con perdigones dentro.

Almidón límpido o semen, una baba apelmaza la almohada: hebras brillantes: las secretan lengüetas acanaladas, ásperas.

Se yergue.

Sopla y silba.

Surcos sinuosos.

Viscosas espirales lentas.

Vuelco. Bajeo. Zarpazo.

Se desdobra.

Temerosa se toca.

Ya no sabe si sueña. Quiere beber, gritar, arrancarse las vendas, huir.

Antifaz de otro brillo —lentejuelas tibias—, espejuelos de otras escamas, una banda tornasolada estrecha en el centro cruza la cabeza triangular que corona un arco de ventosas; en esa ojiva de bulbos babosos viene a reclinarse —los ojos semicerrados—, con la fatiga y serenidad de quien termina una danza, un joven dios: le marca la frente una U roja que una raya de yeso atraviesa, vertical. Con la respiración del durmiente se contrae y dilata la cuenca estriada; a su alrededor, seguidas por largos velos blancos, vuelan mujercitas de cintura estrecha y senos de naranja; ajorcas plateadas le envuelven los

pies.

Vomita un bocado de veneno.

Se cubre de aros de cobre.

La invaden manchas rojizas como dilatadas pecas, lamparones iguales al opio y a la tierra, placas del amarillo de las hojas de té en otoño, los pececillos fluviales filipinos y el pus.

Se enrosca en las columnas rojas de un templo del trópico asiático, en los tobillos de un asceta inmóvil en un solo pie, en las rodillas y los codos de un cadáver abandonado a los buitres en una torre, en el cuello de una ramera ceilanesa embadurnada de cascarilla, en las muñecas de un dios que baila.

Desciende en un río —la falla de una roca— desde el cielo, entre faquires encadenados, orantes, patos, ciervos y tortugas. Hacia las aguas que la traen a la tierra se acerca un elefante con su prole. Sobre el paquidermo, saludando, atraídos por la frescura, genios del aire.

Se quiere tragar un sapo.

Dilata los cartílagos del cuello —húmedos ramajes ganglionares, anillos de apófisis blandas—, la piel sin poros: la garganta se expande: caja oval donde a la temblorosa torcaza, a la liebre aún dormida, enchumbarán, apretadas las esponjas de las amígdalas, chorros de jugos corrosivos, salivazos fénicos.

Se le parte la lengua.

Los colmillos le supuran: sangre verde.

Sin más aflicción que unas fiebres ligeras, con un bouquet de tuberosas púrpuras importadas de Rangoon, un zumo de toronja y el pliego clínico declarándola fuera de peligro, al crepúsculo, una practicante nativa de Bilbao le presentó un cristal circular azogado provisto de mango.

Cobra se contempló largamente: —¿Vio alguna vez “La Dama de las Camelias”?— le preguntó al devolvérselo.

¿QUÉ TAL?

En el aire estancado del túnel entra, lento, el metro. Aceitado giro de ruedas; esplenden los engranajes, imbricadas, las bielas. Orlas vegetales, los coches pasan en silencio, sin ángulos, los bordes como lianas. Las bocinas alinean aristas de aluminio.

Ya el tren se detiene. Tiemblan las vidriosas flores de las cerraduras. Retahila fañosa, de una hilera de cubos plateados brotan uno a uno los nombres de las estaciones; el eco los prolonga en el túnel.

Difusas, detrás de las ventanas empañadas van apareciendo figuras hundidas en sillones de fieltro negro, encogidas tras periódicos. Un abrigo, un sombrero de alas torcidas, una mano que traza en el cristal un signo, alguien que ríe, un guante, un saludo, se van dibujando en el ámbito gris del coche.

Las puertas se descorren. Aparecen dos niños bien peinados, envueltos en lanas, que saltan hacia el andén, los pies unidos, mirándose. Buscando la salida a tientas alguien avanza por el pasillo, sin rostro, en lo oscuro, filtrada luz de lámparas de cuarzo, en lo oscuro otra vez, amarillo.

Baja un indio.

Los altavoces se callan.

Cobra aparece al fondo del coche, de pie contra la pared de lata, pájaro clavado contra un espejo. Está maquillada con violencia, la boca de ramajes pintada. Las órbitas son negras y plateadas de alúmina, estrechas entre las cejas y luego prolongadas por otras volutas, pintura y metal pulverizados, hasta las sienas, hasta la base de la nariz, en anchas orlas y arabescos como de ojos de cisne, pero de colores más ricos y matizados; del borde de los párpados penden no cejas sino franjas de ínfimas piedras preciosas. Desde los pies hasta el cuello es mujer; arriba su cuerpo se transforma en una especie de animal heráldico de hocico barroco. Detrás, la curva del tabique multiplica sus follajes de cerámica, repetición de crisantemos pálidos.

Espera a que no quede nadie en el coche, el silbato de partida. Agarrándose a los retorcidos pasamanos, a las columnas niqueladas que se abren en corolas contra el plafón, tambaleando sobre sus tacones llega asustada, muda, hasta la puerta. Huye a lo largo del andén, entre rejas mohosas, por angostos corredores y escaleras de peldaños resbaladizos, húmedos.

Entre raíles y veletas, meciendo faroles de señales, bajo semáforos de cifras fluorescentes, grises —abrigo de pelambre—, de pie sobre los ramales la apuntan los de casquetas numeradas; se ríen de ella los mendigos; envolviéndola en sus alientos los borrachos la siguen. Va contra las paredes, envuelta en una capa negra, cubierta por un sombrero de cardenal, cabizbaja, como si acabara de perder un rubí, para que el pelo le encubra, como a Verónica Lake o a una leprosa, la cara.

Por el suelo duermen sobre sus vómitos los clochards; se despiertan para cantar un aria. Sobre sillas de lona blanca, altísimos, expuestos como juguetes de cuerda —cabecitas abrigadas con bonetes de hilo—, arietan sus acordeones carcomidos, del color de los muros, los ciegos.

La persiguen los cantos, el soplido aflautado de las cajas incrustadas de nácar que lo oscuro agranda.

Una pordiosera mugrienta, harapos ensartados de baratijas, se acerca por detrás, en puntillas, un grito, le raja la capa. Le arrancan el sombrero. Las carcajadas retumban en la bóveda, interrumpiendo la cantilena de los ciegos, interrumpidas por el golpe sucesivo de las puertas del metro.

Desaparece entre mapas mudos,
lumínicos fundidos,
puertas giratorias trabadas,
flechas al revés,

rampas que se derrumban,
pasajes sin salida,
urinarios encharcados,
distribuidores de pasteles rancios,
vendedores de periódicos roídos,
puestos de flores carnívoras,
ascensores sin cable,
teléfonos sin línea,
policías drogados,
limpiabotas locos.

//Detrás de la luz mortecina que ciernen conchas de cuarzo amarillo, dibujándose en el intervalo que dejan las capotas grises de los autos, la calle; entre ramajes de hierro y vidrio, su pelo anaranjado: Cobra con los jefes de estación // una M de neón, morada, parpadeante, que va creciendo // junto a mendigos descalzos —los pies calcinados, gibosos, ocupan el primer plano—, una luz naranja la dibuja, demasiado nítida, entre harapos de paño rojo y cestos de pan. En lo oscuro se distinguen apenas los perfiles, los objetos —una jarra de cristal llena de vino, un laúd—, los gestos // en la calle.

Es de noche. Llueve. Golpe del agua contra el asfalto. Detrás de la lluvia la gente pasa, desdibujada; bajo el halo rayado de los faroles, rectángulo azul, las vitrinas enmarcan fruteros llenos de manzanas, fuentes de hojaldre chorreando miel, pinches de almidonados gorros blancos, hornos de hierro donde dan vuelta, rellenos de almendras, rodeados de laureles, animales enteros.

Protegida por un dios nebuloso —el humo espeso que sale de las fondas— Cobra cruza la calle.

Atrás queda la abertura, en medio de la acera, la escalera hundiéndose, los tallos de cerámica que se alzan, se bifurcan, se incurvan, envuelven el letrero del METRO.

El vaho rancio de los bodegones, el tufo de la carne quemada, del alcohol agrio y la grasa: el ácido de la lluvia la va trabajando, royendo.

Se refugió en la marquesina de un teatro. En una esquina, entre pérgolas de estuco, paneles con balcones en relieve, almenas doradas y una góndola, funcionaba un fotógrafo automático. En el interior del aparato —corridas las cortinas negras el flash se había disparado solo—, ante un espejo relampagueante, pudo apreciar los desgastes: el severo andamiaje del peinado se desmoronaba por todas partes, los crespos —muelles vencidos— chorreaban tintura, sobre la frente caían lazos entripados, un manchón negro le rodaba desde los ojos, la sombra azul emergía alrededor de la boca.

Salió llorando.

Un niño la miró fijamente.

Un viejo recordó a Theda Bara.

La siguió un gato.

Un albañil portugués aspiró su perfume.

Irradiando un día de neón, de trecho en trecho avanzaban sobre las aceras los cubos transparentes de las vitrinas. Dentro de ellas, insertadas en el decorado fijo, en el teatro en penumbra de sus habitaciones, yacían, desnudas, las putas, entre cojines morados, sobre pieles de lince, acurrucadas en vastos sillones de mimbre cuyos espaldares formaban un círculo de estrellas mudéjares alrededor de sus cabezas; las rodeaban flores de papel, botellas de menta, revistas danesas y monitos. Sus criados —eunucos jamaicanos— frotaban con franelas los cristales humedecidos de las vitrinas; los marinos tocaban desde el exterior con nudillos.

Fueron ellos quienes vieron a Cobra.

La gente se fue agolpando a su alrededor.

Me siguieron.

Me hostigaron.

Me acosaron contra un muro.

Lentejuelas negras en las mejillas, anillos lujuriosos en los dedos, flecha de brillantes sobre el pompón de canas, del grupo surgió una octogenaria pintarrajeada. Se acercó contoneándose, cantando, gangosa, en falsete: —¿Qué tal?— me preguntó, imitándome.

El índice huesudo muy cerca de mis labios, gritó:

—Es él.

COBRA II

LA INICIACIÓN
EAT FLOWERS! I Y II
PARA LOS PÁJAROS I Y II
BLANCO
DIARIO INDIO

LA INICIACIÓN

Había errado por la calle de las vitrinas —entre cojines morados, sobre pieles de lince, acurrucadas en vastos sillones de mimbre cuyos espaldares formaban un círculo de estrellas mudéjares alrededor de sus cabezas, yacían, desnudas, las putas—, tomando anís en los viejos bares, junto a fonógrafos de pabellones floreados.

Sin atreverse a entrar, había pasado cerca de la portezuela, bajo la enseña de hierro labrado —una calesa.

DRUGSTORE

Se vio en un espejo, entre una gaveta de bufandas revueltas, una esfera de plástico llena de agua —burbujas en el fondo, varios relojes—, corbatas con ramajes dorados; bajo el arco mozárabe de otro espejo aparecía de espaldas. Sorprendió la imagen de su mano entre los tejidos —atento a los movimientos de la vendedora—, abriendo los botones del jacket, hundiendo la bufanda negra junto al pecho. Hojeó una revista. Sudaba. Se volvió distraído, sin prisa. Se alisó el pelo, con los nudillos se acarició la barba, se ajustó el cinto, sacudió la gamuza de las botas. Fue sacando, poco a poco, la franja de estambre. Le arrancó la etiqueta. Se la anudó al cuello. Una banda le surcaba el pecho, la otra caía sobre la espalda, hasta la cintura: el santo de un mosaico ravenés, filacteria de piedras negras.

Compró un periódico. Lo desplegó recostado a una columna que unían al plafón manos abiertas alrededor de globos de celuloide. De los muros pendían blasones ovales cuyas armas eran ojos y labios; sobre las mesas de pies curvos danzaban musas de plata: las colas de sus trajes eran floreros, sus cabezas, que adornaban mariposas, soportes de lámparas.

Copenhague bruselas amsterdam

Afuera, bajo palmas de un verde acrílico, una mulata baila. Sobre la arena, luz naranja; barriletes sobre las bandas negras de la acera.

appel aleschinsky corneille jorn

Dejó el periódico, doblado, sobre una pila de revistas. Lo volvió a tomar llevándose una. Ondulante pasadizo de espejos.

serpiente venenosa de la India

Flores de plexiglás se abren. El mismo disco en inglés recomienza. Se entrecruzan círculos de vynil. Rumor de cámaras japonesas de cine. Imágenes dobles. Reflejo de la simetría. Multiplicación del reflejo. Fotos repetidas, sobrepuestas. En lo blanco de una carátula, una cabeza de yeso cubierta de ideogramas negros. Volúmenes de baquelita.

Intersección de aristas. Sabía que iba a encontrarlos.

recibe en la pagaduría su salario

Secuencias vacías.

EN EL BAR

Ahora avanzaba a lo largo del corredor, sobre una alfombra negra que escandía una trama de tigres y letras blancas. Casi sin darse cuenta había franqueado la portezuela de madera. Sentía su propia respiración, sus pisadas, el arco de sus pies posarse sobre el tapiz, a partir del talón, hasta los dedos. Junto a los tigres, percudiendo el blanco de las letras, quedaban un momento atrapadas en los nudos, las huellas de sus pasos.

Al final del corredor, en un ángulo que recibía la claridad diagonal del bar, ante un dibujo al carbón

proyectado sobre la pared de fondo, apareció Tundra; trazos negros, a medida que se movía, le huían por la cara, por los bordes del cuerpo. A-13470, Los Angeles, Calif. USA. *Good-looking man of 33, height 5,10(photo and particulars available) interested in meeting a good-looking, well-built, education-minded, dominant male, possibly motorcycle-type leather fan. Photo and sincerity appreciated (and if in L.A. area, a phone number).* Cuero negro cuarteado. El pelo sucio y lacio le caía en greñas hasta los hombros.

A-13486, New York, N.Y. USA. *Handsome male of 30, of docile nature, well-built, wishes to meet or correspond with boot-wearing MEN interested in the subject of discipline, levis, boots, belts, leather clothing, uniforms of all types; would like to meet and correspond by letter or tape with dominant MEN interested in these subjects. A la cintura, soldada a una cadena de eslabones martillados, una roseta de estaño.* A-13495 ,Vancouver, B. C. *Gentleman of 40, of dominant nature, very sincere and understanding, with varied interests, would like to meet slim man between 20 and 45, not over 5'8" tall, of docile nature and interested in the subject of discipline. Also would like to hear from "Foot Adorer" in issue of November 25 th.*

—Te esperábamos. —Y se volvió. Llevaba su nombre en la espalda, tatuado en el cuero, negro mate sobre el negro brillante de la piel.

En el dibujo proyectado en la pared dos hombres peleaban. O no. Los blancos armaban otras siluetas: los mismos hombres saltaban uno hacia el otro, pero para abrazarse, desnudos.

—Has hecho bien en venir. Hoy es el día. Porque para llegar al mando tendrás que pasar por la sumisión, para obtener el poder tendrás que perderlo, humillarte primero hasta donde querramos para gobernar; hasta el asco.

ESCORPIÓN llevaba al cuello un amuleto funerario: en el círculo central, protegidos por dos cristales tallados, rodeados de cuentas de ámbar, se apilaban huesecillos porosos —dientes de niño, cartílagos de pájaro—, de bordes afilados, que ataba un cintillo de seda con iniciales góticas y nombres alemanes en tinta negra.

En las muñecas, de puntos azules, águilas. Las botas desatadas.

/A las cariátides se aferran esqueletos sangrantes. Cuerpos que arden. Cenizas. Mausoleo blanco. Cubierto de brocados, de joyas bárbaras, hacia las torres encaminan al infante muerto.

A TOTEM le colgaban de la casaca cimbalillos de bronce, campanas de badajo roto, cencerros abollados, sonajas mexicanas. Tenía las cejas rectas, unidas, los pómulos salientes y amarillos. Pantalones rajados, recosidos con cáñamos; en los bolsillos navajas y vidrios; de un suéter amarrado a la cintura las mangas le caían a lo largo de las piernas, hasta las rodillas. Medía sus ademanes un sacudimiento de chatarras, el traqueteo herrumbroso que anuncia una trifulca de sombras chinas, la aparición de un demonio en el teatro indonesio, la caída de un mono acróbata.

/Soldado sudanés. Aguador abisinio. Jinete de Etiopía. Cuerpo de betún, liso y brillante, pupilas color de uva. De un cuerno de buey bebe y se vierte sobre el sexo un hidromiel opaco y acidulado. Bocabajo, se frota el frenillo tenso —cuerda de masenko—, el glande bulboso y morado contra una piel de gamo que la leche mancha. Se vuelve. Charco almidonoso sobre el vientre. Risa. Cancioncilla fañosa. Comiéndose un pan de sorgo. En las comisuras de la boca, en el ángulo de los párpados, el signo de los monstruos.

Detrás de los estantes de botellas, de las mamparas opacas y las curvas de los taburetes turcos, una claridad filtrada por algas emana del fondo del acuario que ocupa todo un muro del bar; sombras lentas —vibraciones de aleta— empañan ese día de neones sumergidos entre piedras y madréporas de polietileno, bajo inmóviles hipocampos de vidrio fluorescente y flores inoxidables, blanquísimas, siempre abiertas.

Ante la luz que brota del agua, donde las sombras de los peces son mariposas negras, Tigre baila, fuma, se golpea a sí mismo, fuma otra vez, impulsado por el kif salta, reventando collares tibetanos, diagonal en el aire. Ahora da vueltas alrededor de mí, mirándome. Transparencia submarina. Mirándome. Luz de invernadero. Giro yo también. Vidrios por el suelo. Mirándonos. Él golpea con las manos abiertas el cristal de la pecera. Acuden lentos animales planos, lanceolados, abiertas hojas simétricas, de nervios tenues. Rayados de mercurio. Rostros mayas. Los siguen, los enredan sus flagelos anaranjados, incandescentes.

Fumo. La yerba me sopla por las orejas. Doy vueltas alrededor de ellos. Mirándolos. Giran ellos también. Se rompe un vaso.

/Detrás del mostrador surgen tres mujeres desnudas, orificadas.
Los peces lo han nublado todo.
Detrás del muro van huyendo cebras.

Tundra: Te asignaremos un animal. Repetirás su nombre. La boca obra.

Escorpión: Para que veas que yo no soy yo, que el cuerpo no es de uno, que las cosas que nos componen y las fuerzas que las unen son pasajeras —y se corta con un vidrio la palma de la mano, que luego se frota contra la cara; chupa su sangre (riéndose).

/ Al río blanco, inmóvil, los cuerpos ardiendo, los cadáveres azules, calcinados, de pies de azufre, ojos sellados por hongos. Al río, dando volteretas en el aire; al agua fija caen los leprosos, los incinerados. Entre gurús que oran, dioses que reparten naranjas podridas y niños que mendigan, sobre el coro de los astrólogos vuelan, al agua que no pasa, huesos en llamas, sexos que se pudren, rostros carcomidos, manos cortadas: coágulos. A lo largo de las márgenes las hogueras, el estampido de los gongs, la noche.

Tótem se pinta en el pecho, sobre el corazón, un corazón. Baila y se embadurna de escarlata. Le fosforece, enroscada en el sexo, una serpiente. Al glande se adhiere, blanda, la cabeza. Afilada, goteando leche, penetra la lengüeta.

Tigre: En un sueño me vi caminando por una tienda atestada de botas, zapatos, monturas y correas con hebillas, pero esos objetos no estaban hechos como los nuestros, y su materia, en vez de cuero, parecía sangre seca y pegajosa. Se lo conté al Instructor: “Un absurdo total”, me dijo. Más tarde, cuando los vi, comprendí que eran objetos de los que utilizan los occidentales.

Y golpea otra vez la pecera. Y al camarero que se ofusca: —¿Qué pasa? ¿No le gusta? ¿Quiere que diga una palabra, una sílaba y lo convierta en pájaro? ¿Quiere que haga aparecer aquí mismo cinco mil demonios menores para que lo pinchen, que le envenene los espíritus vitales? Prepáreme un gin tonic.

/ Detrás del acuario —las rayas negras ondulan cuando se mueve el agua, por las blancas se deslizan peces— siguen huyendo cebras. Lomos tablero de ajedrez. Lomos Viera da Silva. Bandas paralelas que se despliegan detrás del vidrio, cascos, cuellos que se cruzan, colas, crines que se abren en cámara lenta; de los belfos parten hilos de baba plateada que vienen a estrellarse sobre el cristal; bandas paralelas que se reducen, vistas en un espejo cóncavo. El ruido del galope, atenuado por la arena, por el agua, se confunde con la percusión de la orquesta; su ritmo es el de los golpes contra la pecera. Las cebras saltan por hileras, a intervalos regulares, una hilera de cebras negras rayadas de blanco, una hilera de cebras blancas rayadas de negro; llegan a la altura máxima —la altura del agua—, caen, con las patas anteriores dobladas, se levantan y huyen en desorden mientras otra hilera detrás del cristal se alza, vuela.

Sobre otro muro del bar, puntos negros y amarillos, una rubia llora —las lágrimas son enormes— ; de sus labios brota, en una nube, el letrero “*That is the way it should have begun! but it is hopeless!*”

Salimos.

Todo había cambiado.

El pasillo era blanco.

Por el suelo, dispuestos en un orden indescifrable, se encontraban, entre cubos de un cristal irisado, copas-cráneos, flautas-fémur, cetros con rayos, cruces gamadas, ruedas.

La puerta de la calle se abría automáticamente.

Apenas soportábamos la claridad de la noche, los ruidos nos repercutían en la cabeza. Las motocicletas estaban tumbadas sobre la acera. Llovía. En la plaza se oía el guitarreo de las fondas, lejano. Junto a la entrada del metro apareció una mujer asustada. Llevaba un sombrero rojo cuyos cordones, cayendo hasta una capa negra, del rostro ocultaban las flores de oro. Estaba maquillada con violencia, la boca de ramajes pintada. Las órbitas eran negras y plateadas de alúmina, estrechas entre las cejas y luego prolongadas por otras volutas, pin tura y metal pulverizados, hasta las sienes, hasta la base de la nariz, en anchas orlas y arabescos como de ojos de cisne, pero de colores más ricos y matizados; del borde de los párpados pendían no cejas sino franjas de ínfimas piedras preciosas. Desde los pies hasta el cuello era mujer; arriba su cuerpo se transformaba en una especie de animal heráldico de hocico barroco.

Ahora vamos —en el silencio suburbano el estrépito de los motores; sobre bandas amarillas, ráfagas negras— en las motocicletas, a toda máquina. Libres los manubrios, cerramos los ojos, pasamos —timbre de alarma— bajo las barreras. Zigzag entre locomotoras que se cruzan: por las ventanillas del tren salen pañuelos, pamelas que arranca el viento, una niña gritando. Nuestras ruedas no tocan el suelo; por el asfalto pasan flechas, en letras dilatadas nombres de ciudades, cifras.

Tundra repite una fórmula, lanza un frasco que se estrella contra el pavimento: mancha verde; Escorpión acelera, se quita el casco: “el cráneo es un cofre: ¡que los sesos se derramen por el macadam!”; Totem lo abraza por la cintura, pega la cabeza contra su espalda, Tigre abre una mano y en el aire queda una cinta de polvo sulfuroso que se va ensanchando, que se despliega: estratos anaranjados, cúmulos fluorescentes: crepúsculo químico. Despegamos, sí, nos elevamos, más, más alto: ¡vamos volando!

Sonando sirenas, en perseguidoras de faros ultravioletas, con flechas envenenadas y arcabuces, botellas de bacterias y ballestas, nos siguen los verdosos agentes de la mundana —jeringuillas enormes —agitando marugas de guerra, lásers miniaturizados en cada caries, macromoléculas en las orejas.

Doblamos en cada esquina,
dinamitamos los puentes a nuestro paso,
invertimos las flechas del tránsito,
regamos alcayatas y fósforo vivo,
ponemos en rojo los semáforos.
Tres veces pintamos el mar embravecido.
Con el tríptico cerramos la calle.

Para exhortarlos a que regresen, Tundra dirige a los perseguidores una arenga. La traduce a todos los idiomas vivos y muertos: cuando va por el sánscrito le responden con una bomba atómica táctica: el boom hace temblar la tierra.

ESCORPIÓN les cierra el paso con pirámides de esqueletos que se mueven y traquean como cangrejos; les enseña, en un collar espléndido, sus cabezas escupiendo monedas.

Tótem escribe en un barrilete: fate l'amore nella guerra y lo empina muy alto; de la cola van cayendo preservativos y campanas.

—¡Deténganse —grita Tigre— o doy tres zapatazos contra el suelo y hago surgir un batallón de gatos gigantes y los lanzo contra ustedes!

Y da tres zapatazos contra el suelo: fuera de estación y de sitio, por todas partes surgen flores: sándalos y nenúfares brotan en las motocicletas enemigas; en los timones gardenias, orquídeas blancas en los tubos de escape y grandes girasoles que las paralizan enredándose en las ruedas. El follaje cubre los policías, los restos de los perseguidores petrificados; en la hiedra que crece, las armas han quedado atrapadas, prendidas, engarzadas en la madeja verde. El escuadrón de la “social”, en su fijeza, es ya una foto, un holograma del escuadrón primitivo, un museo de cera, una asamblea entre demonios de utilería, los trastes de un circo barato que van desapareciendo en la maleza, en el polvo, bajo la tierra, que nadie recuerda y que sólo son visibles, por el verde más oscuro de las sombras, en ciertas fotos aéreas, tomadas al crepúsculo y después de la nieve.

LAS RUINAS

Los arqueólogos las estudiaron por el desciframiento de las sombras creyendo que eran las de un teatro romano.

Otros propusieron un observatorio indio con sus relojes de arena, cuadrantes, telescopios, cartas celestes y astrónomos contemplando a Orion, tapizado de caracoles fósiles —prueba de que el mar lo había invadido en una época y embalsamado en otra un río de lava.

Las desenterraron.

Les sacudieron el polvo.

Fundaron, con las armas, un museo.

Las filmaron en Cinerama.

“Planeta” les dedicó un número.

Cocó Chanel lanzó entre ellas su colección de invierno.

De todo el mundo acuden caravanas turísticas.

A horcajadas, sobre la cabeza del sargento, un niño se come un helado de fresa.

LOAS Y ALABANZAS A LOS VENCEDORES:

A Tundra

Tus cabellos son de oro y alrededor de tu cuerpo resplandece un halo naranja;

duermes sobre el árbol de la Retórica: tu voz es la unidad de los sonidos, tu cuerpo, que mece la frondosa copa, norma de la figura humana: ocho veces entra tu cabeza en tu altura, tus ojos son óvalos perfectos y alrededor de tu ombligo un círculo define la curva de las caderas, la ojiva torácica, la implantación de los vellos en la concavidad del pubis;

a tu paso se oye una música de cinco tonos, los

árboles se inclinan para darte sombra;

vas sin prisa.

Por el modo en que avanzabas el pie derecho supe que eras un dios.

A Escorpión

A las alhajas, los pasteles y los juguetes con que hemos llenado tu barca, sumamos nuevas ofrendas. Para favorecer el viaje, junto a tu cuerpo, que la humedad va vistiéndolo de flores diminutas y que un manto de liquen, desde los pies, amortaja, disponemos un ibis, una piña, varias monedas y una

carta del río, una piedra caída de la luna, otra que te hará soñar, y otra amarilla, de orine de lince, que será transparente o velada según vayas alegre o triste.

Sabemos que volverás.

Te esperamos en el rumor de la noche que precede la crecida.

Del pájaro que serás haremos nuestro emblema. Tú eres el jaguar que huye hacia el cielo del verano y se convierte en una constelación.

Lamemos de tus pies el pus, la cera.

A Totem

Tu sexo es el más grande y en él están escritos, como en las hojas de un árbol sagrado del Tibet, la totalidad de los preceptos búdicos. Sin que nadie los haya cifrado, partiendo en espiral del orificio, alrededor del glande se inscriben los signos de toda posible ciencia. Tus nalgas son dos perfectas mitades de esfera; sobre ellas venimos a trazar círculos concéntricos, púrpura y oro, y sobre tus manos a derramar ungüentos.

Míranos.

Hemos cubierto el lecho de orquídeas rayadas, la cámara de tapices persas, frascos de droga, frutas y astrolabios.

Para que vengas a habitarlos con tu risa.

A Tigre

Tu madre te parió bajo un árbol: de su vientre saltaste al suelo; donde caíste brotó una flor de loto gigante, de todos los colores.

Pronunciaste un nombre:

a tu izquierda y a tu derecha surgieron dos cascadas, una de agua fría y una de agua caliente; los cuatro dioses bajaron a rociarte.

Tu nombre grabado en un aerolito.

Entras al agua sin mojararte, al fuego sin quemarte; caminas sobre nubes y niebla.

Al paso de tu caballo el bosque se abre.

Te siguen, en caravana, monos sagrados, elefantes y discípulos.

Si tú lo ordenas

ahora mismo caerá sobre la tierra una lluvia de estrellas.

EL PARQUE

Sobre las baldosas de una alameda se deslizan las motocicletas, entre pérgolas que resquebrajan palos de menta mascados por los perros, raíces secas. (Por las grietas huyen lagartos blancos.) Aceleramos, frenamos de golpe: patinazo, vuelco, rápidos aros de fango. Cierran las campánulas, tiembla la madeja verdinegra que enreda capiteles rotos, incompletas cabezas de mármol al revés sobre la tierra. Se envuelven junto a las volutas los tatos; por canales de piedra se hunden asustadas liebres. De izquierda a derecha. De derecha a izquierda. Hasta marearnos damos vuelta alrededor de una fuente seca. Orinamos en la boca de los delfines: la piedra porosa bebe el chorro amarillo que vomitan, baba de espuma.

Deshojamos un bosquecillo de sauces.

Empedramos un acantilado.

El parque: un terraplén ardiendo, bajo el humus.

Polen en llamas. Yerba negra.

La ceniza consume las últimas ramas.

Sabana arrastrada por las bestias nocturnas, ras de mar, ciclón, napalm.

Sobre la superficie uniforme, blanca, flores fósiles.

Seguimos hacia las afueras. Idénticas avenidas. A un lado y otro van pasando, un segundo antes del derrumbe, incompletos castillos góticos, de hormigón armado —a las ventanas ovales, damas de piedra—, torres sin iglesia cuyas campanas eléctricas llaman al ángelus, estaciones de gasolina, almacenes de lámparas, paralelas de focos intermitentes, amarillos, crematorios de cristales ahumados. Bajo paneles plateados de la Esso y tanques chorreantes de aceite, sentadas por el suelo entre muñecones de cera, las familias extienden manteles floreados sobre la yerba mostaza. “¡Lindo día!” —comentan con sus talkyes-walkyes—, abren Coca-Colas y latas de arenque.

A ras de tierra se extienden las naves, el fulgor de neón de los invernaderos.

Una represa.

Atraviesa la autopista un antílope.

Nos vamos adentrando en un bosque.

Hemos abandonado las motocicletas y avanzamos a lo largo de un sendero estrecho, cobijado por ramas secas. Lejos, el rumor de la carretera. Por el suelo, entre plumas negras y escamas de culebra, confundándose con los guijarros a nuestro paso ruedan y van a romperse contra las empalizadas huevos perforados y babosos; mordiendo los juncos, bañándolos con su saliva espesa —pupilas empañadas—, nos observan iguanas, camaleones bravos; en la maleza pelean serpientes: oímos acezos, vuelcos sobre la paja, membranas laceradas, cartílagos que crujen, colmillos que se parten; oímos arrullos, rupturas de semillas, flores algodonosas que se abren, el ascenso de la savia, yemas brotando. Oímos nuestra respiración, el murmullo de la noche, el viento.

Tengo miedo.

Llegamos a un claro.

Silencio. Risas. Pasa un pájaro.

Tundra: Ahora vas a pasar al otro lado: Mira. —Y le abrió ante la cara un estuche.

Me saltó encima un animal baboso, de patas frías, cuyos dedos se me adhirieron, como ventosas, a las mejillas.

Encima le saltó el muelle, la chicharra sonando. De la caja salieron resortes, un chorro de agua, una llavecita de un anca. Escorpión le dio cuerda otra vez. Tótem le mojó los labios con cerveza, lo ayudó a desnudarse. Con los brazos abiertos y una madeja de cáñamos que se iba desenrollando puesta en el derecho, como una pulsera, Tigre se lanzó a correr a su alrededor.

Atado a un árbol.

Triángulos de ligaduras en el pecho.

Dos surcos sanguinolentos le hinchaban las rodillas y los puños, le cercenaban los tobillos.

Se alejaron para mirarlo.

—No está mal —dijo Tundra—. Preparen la cámara.

Flash: icono lacerado por los infieles // máscara fang, blanca contra las placas blancas del árbol // actor ceniciento que se pliega bajo el peso de sus ornamentos y cae sobre un tambor // máscara mortuoria, de yeso; conjuros en tinta verde.

Escorpión: Sobre tus entrañas, sobre tu hígado pudriéndose vendrán a posarse enormes mariposas pálidas.

Tótem: Vas a beber de mi sangre —y le echó encima una botella de ketchup— ; de mi leche —y le abrió sobre la cabeza un envase de yoghurt.

Tigre: Voy a cegarte —un flash contra los ojos.

No era música india. Eran los Beatles.

Era Ravi Shankar. Los tambores sirvieron de fondo a un anuncio de la Shell. Tundra repitió bostezando “Has pasado por la sumisión, has perdido el poder, etc.” Otra raga siguió a la pausa que refresca.

Escorpión: Y ahora, ¿lo matamos?

Totem: Habrá que templárselo.

Tigre: No. Suéltelo. Que se vista enseguida.

Tundra: Falta el nombre.

ESCORPIÓN lo desató tirando de las ligaduras para romperlas, cortándoselas con una navaja a ras de piel. TOTEM le tomó una mano y se la puso sobre el sexo. Se mojó con saliva el índice y le acarició los labios. Le sopló en la oreja. Tigre agitó un molino de plegarias.

TUNDRA entintó los pinceles.

ESCORPIÓN le trazó en el jacket, sobre la espalda, un arco vertical que se abrió en la piel, chorreando, embebido por la felpa, retorciéndose como una serpiente macheteada.

Totem, que dormía entre las piedras —dios ebrio sobre un paisaje en miniatura—, se levantó de un salto: de un solo gesto, calígrafo de estilo anguloso, le dibujó el círculo de la adivinación, torcido sobre sí mismo y sin bordes, el aro perfecto. Con un cuño de piedra Tigre le estampó junto al círculo un sello cuadrado: BR. Tundra le laceró junto al hombro una A.

Escorpión: ¿Cobra?

Totem: Cobra: para que envenene. Para que ahogue. Para que se enrosque alrededor de sus víctimas y las asfixie. Para que hipnotice con el aliento y sus ojos brillen en la noche, enormes, de oro.

Tigre: Para que repte y se confunda con las piedras. Y muerda en el tobillo. Y de un zarpazo, escamas afiladas, hiera.

Cobra: ¿Y ahora?

Tundra: Nada.

Emprendimos el camino de regreso.

El paisaje había cambiado. Pinos, cipreses y ciruelos de invierno aparecían tras la bruma. Seguíamos un desfiladero. Una de las paredes descendía verticalmente, tallada, neta como una pantalla; vetas de distintas arenas la atravesaban —oleaje inmóvil—, tan pulidas y brillantes que en ellas nos reflejábamos. El corredor de piedra nos devolvía nuestras voces, nuestras pisadas sobre la yerba húmeda, como las imágenes en la pared deformadas y opacas.

La vertiente opuesta era menos escarpada; de sus grietas brotaban olivos silvestres —ilex pedunculosa— cuyas ramas descendían hasta tocar el suelo, flores de peonía arborescente, lianas y heléchos. Entre los cantos crecían higueras enanas —ficus pumila—. En la cresta, la escarcha cubría un bosque de sauces cuyos hilos, con los del agua helada, caían desde las cimas, cascada de fibras. Entre juncos incoloros y secos se posaban grullas; su aleteo escudaba nuestra ruta. A medida que avanzábamos el murmullo del agua era más fuerte.

De las fisuras más altas, a ras de roca descendían cáñamos que en sus extremos ataban cestas. En esas grietas, que señalaban en el farallón empalizadas de paja, desnudos y solos, vivían monjes budistas, mudos escrutadores del vacío. Los pájaros los conocían y anidaban junto a ellos; revoloteando alrededor y piando guiaban hasta las jabas, bajo el refugio de los anacoretas, a los escasos peregrinos, que traían té y harina de cebada.

En un recodo de la muralla *aparecieron varios muchachos campesinos que buscaban hongos en la yerba. Nos observaron riendo, como asombrados de ver tantos extraños en ese lugar.*

Bordeábamos un río helado que los ermitaños cruzaban sobre un búfalo azul al retirarse del

mundo.

Siguiendo sus meandros, cada vez más vastos, que cubrían piedras blancas, angulosas y pulidas como vértebras de reptiles prehistóricos, llegamos hasta una gruta exigua donde el agua se detenía, límpida; en la arena blanca del fondo crecía una yerba rojo oscuro.

El desfiladero desembocaba ante un paisaje brumoso, de planos blancos, que se iban evaporando hacia el horizonte, donde una franja de humedad flotaba sobre un lago. Troncos lechosos. Hojas largas y plateadas. Más lejos, un puente quebradizo, una barca. Blanco sobre blanco, un bosque de bambú. Las torres de un monasterio.

A medida que nos adentrábamos en la neblina íbamos descubriendo formas, los colores aparecían. En sus madrigueras —esferas afelpadas, duraznos—, sobresaltados, prestos a rodar, se escondían tatos. Entre ramas próximas, incapaces de mantenerse en equilibrio, ante nosotros volaban faisanes cargados de ornamentos, lentos en la densidad del aire. Rumor entre los juncos: era un tigre que huía, cubierto de cuños negros, rayado de naranja.

Abriéndonos paso entre los tallos que nos rodeaban por miles, camino de las torres, llegamos ante un muro de piedra cuyas juntas resquebrajaba la zarza. Lo seguimos hasta encontrar una abertura: un camino sinuoso, pasando sobre un puente en forma de arco, conducía hasta la puerta del monasterio que coronaba una viñeta de lacre con la inscripción “Salut les copains!”

Según abrimos, el rostro de Buda se ofreció a nuestros ojos. Sus oros combinaban reflejos con los verdes follajes que le daban sombra. Los peldaños de una escalera de piedra y la base de los pilares estaban revestidos de un musgo suave como una tela. Del fondo de la sala partía otra escalera, pendiente como una muralla, que protegía una balaustrada de piedra. Ésta conducía a una terraza, al oeste, desde la cual se contemplaba una enorme roca de más de veinte pies de alto, en forma de pan. Una ligera cintura de bambú ornaba la base. Continuando al oeste y luego doblando hacia el norte se subía hasta una galería oblicua que conducía a la sala de recepción, la cual constaba de tres travesaños y daba directamente sobre la gran roca. Al pie de ésta se encontraba una fuente en forma de medialuna que cubrían manojos apretados de una especie de berro y alimentaba el agua de un manantial. El santuario propiamente dicho se encontraba al este de la sala de recepción. Estaba oscuro y en ruinas. Sobre el suelo se extendía una capa verdinegra que de trecho en trecho se espesaba en islas amarillentas, granuladas, de bordes blancos. Una vellosidad gris cubría la piedra de los muros; desde los ángulos, que ocupaban lamparones de una mazamorra oscura, proliferaban flores diminutas y moradas. Rayaban el techo signos de óxido que parecían trazados al azafrán; de ellos pendían gotas que permanecían largo rato en suspensión y caían finalmente en el verdín con un ruido seco. En el centro de la sala se encontraban las ruinas del altar. El relieve de la base —un dios bailaba en medio de un aro de fuego, sobre un demonio enano; con una de sus manos derechas (en la muñeca se enroscaba una cobra) el danzante agitaba un drum, con una de sus izquierdas alzaba una llama— era un nido de moluscos. En la corona crecían hongos.

Un ventanal que obturaban grandes hojas en forma de círculos rotos, como nenúfares, filtraba un luz blanquecina; junto al ventanal, a lo largo del muro, se extendía un estanque cavado en el suelo y como éste tapizado de moho. Al fondo se prendían raíces hinchadas, blancas, de nudos óseos y brillantes que recorrían vetas vinosas.

Dándonos la mano —el suelo resbaladizo nos permitía apenas caminar— logramos acercarnos al estanque. El agua era turbia, y a la sombra de las raíces, que la reflexión duplicaba, marfiles aunque simétricos deformes, aletargados, bulbosos como ellas, en un sopor vegetal viajaban lentos peces envueltos en velos gelatinosos, en una maraña de fibras. Se dejaban tocar. No huían.

Íbamos a salir cuando TIGRE resbaló y cayó de bruces en el estanque. Golpeó el fondo con las manos abiertas. Acudieron lentos animales planos, lanceolados, abiertas hojas simétricas, de nervios tenues. Rayados de mercurio. Rostros mayas. Los seguían, los enredaban sus flagelos anaranjados,

incandescentes.

Lo ayudamos a levantarse.

Fue entonces cuando en la puerta, como empujado por un resorte, apareció un monje de la secta de los bonetes rojos: —¿Quiere que diga una palabra, una sílaba— amenazó con los puños cerrados, cejijunto —y lo convierta en pájaro? ¿Quiere que haga aparecer aquí mismo cinco mil demonios menores para que lo pinchen, que le envenene los espíritus vitales?

—Prepáreme un gin tonic —respondió Tigre.

I

Pétalos, filamentos (El pie izquierdo sobre el muslo derecho.): el cuerpo se inscribe en una red. (El pie derecho sobre el muslo izquierdo.) Seis flores marcan la línea media. (Cruzo los brazos por detrás de la espalda.) De las flores, y en todos los sentidos, bifurcándose, entretejiéndose, parten hilos. (Con la mano derecha me agarro el talón izquierdo; con la izquierda el derecho.) El hombre es opaco; la madeja de oro. (Bajo la cabeza, el mentón pegado al pecho.) Una orla oscura, una línea continua, negra, limita la figura, que atraviesan hebras incandescentes. Cada uno de sus gestos, por instantáneo o imperceptible que sea, repercute en la trama entera, como en los flagelos el susto de un pez.

Me voy envolviendo en mí mismo —ovillo, vulva—, los codos contra el vientre.

El cuarto es blanco.

Huyen hacia los muros, atraídos por una gravedad exterior, los objetos, negros.

El piso se inclina.

Las paredes se dilatan.

Cae, inmóvil, el cuerpo.

Me encontraba en un recinto crujiente, levantado con juncos, en lo alto de un farallón. Llovía. Abajo, entre las rocas, se extendía, a oscuras, un edificio de madera, a ras de tierra, y más allá, sorteando algunas construcciones endebles como casas de pescadores, un río quieto excavaba un valle. Cintas de espuma coronaban las rocas. Al mismo nivel del agua y hacia los montes, simétricos senderos se iban borrando a medida que la vegetación, dispersa y menuda en las márgenes, se espesaba; luego reaparecían, sinuosos, seguidos por arrieros, bordeando laderas, cimas. De trecho en trecho cascadas sucesivas hendían verticalmente el paisaje, como el grano del papel la superficie que se despliega de un rollo.

Junto a la ventana de mi celda, que unos troncos escindidos cerraban, colgaban de lianas secas tres nidos enormes, de fibras voluminosas.

En la otra pendiente, menos rocosa y escarpada, envuelto por estratos de humedad, cintas de distintos blancos, se divisaba un bosque de pinos.

Oía a lo lejos, con el de la lluvia, un rumor constante, grave, la uniforme repetición de una sílaba; oía el girar que no cesa de los molinos de plegaria, matracas de niños ofuscados.

Toro a bordo
pequeño barco
río abajo
a través de la lluvia nocturna.

La habitación está carbonizada.

Vienen hacia el centro, hacia el justo cruce de sus diagonales, y allí quedan en suspensión los objetos, blancos.

Acerco la cabeza a las rodillas.

Giro lentamente sobre mí mismo.

Dentro de un barril que rueda.

Sentado sobre un pavo real gigante —la cola abierta del ave formaba una tercera aureola, detrás de la roja, que le rodeaba la triple cabeza y de la ambarina en que se insertaba su cuerpo entero— apareció un dios amarillo. El rostro central era plácido; en los laterales, colmillos salientes, ojos irritados y globulosos, narices echando humo. Las manos centrales juntas en oración; las otras blandían dardos y puñales, arcos y flechas. Un índice vertical señalaba al cielo.

Sus joyas de ópalo, cuyas monturas se repetían de la corona en los anchos brazaletes y de éstos en las pulseras y sortijas, llenaron la habitación de un resplandor naranja.

En un sillón de mimbre, atraído y aletargado por esa luz, vuelo lento, vino a posarse un faisán.

El rey sonríe, muestra las armas.

Las garras del pavo real, rayadas de tiza, se afianzan en la arena; yergue la cabeza el ave, afilada, de ébano.

El cuarto es blanco / está carbonizado / es blanco.

Me voy envolviendo en mí mismo, los codos contra el vientre. Espero —¿ya ha transcurrido?— el estampido, el apagón blanco, ceguera, segundo que sólo la lentitud del recuerdo apresa.

Vidrios gruesos, caída de arena, barro cuarteándose.

Un silencio. A lo lejos las luces de un auto.

Llanura amarilla que atraviesa, recta, la pista.

Discontinua, una raya se pierde en el horizonte.

Flechas. El viento dibuja y desdibuja terrazas en la arena, trazos que avanzan y retroceden; en los bordes se levantan brechas, empalizadas más oscuras, muros chisporroteantes que serpentean. Ese oleaje duro —dunas que se recubren, planos que se barajan— cubre la carretera, va ennegreciendo las gigantes flechas amarillas que incurvadas a la derecha señalan un nombre, el de una ciudad —caminamos sobre las letras—, una cifra.

Me voy envolviendo en mí mismo.

De este lado de las quebraduras, de la pantalla que se estría, cae, inmóvil, el cuerpo.

Escorpión: Agita su melena de león, se rompe un collar tibetano de oro, se saca el sexo y mea: —Hasta el alba habíamos bailado, nos habían hecho dar vueltas y más vueltas— no cesaba la música, los vociferadores roncacos —; bebíamos ya de las vasijas sin asa que se toman con la mano abierta, envueltos en los collares regalados por los músicos y fumando con ellos. Sólo entonces descubrimos cuál era la orquestica: los caramillos: tibias ahuecadas; sonaban en los cráneos los dientes flojos, cariados, sueltos en los alvéolos; la piel que obturaba los tambores estaba tatuada— puntos azules —de águilas. Fiesta pelona: bailábamos con la más fea.

Reían los rapados, huían —les entramos a golpes— siempre sonando la osamenta. Los mantos anaranjados flotaban como banderas.

Pisoteé los instrumentos. Los escupí. Ahuequé a patadas los cráneos de los tamborines, me desaté encima y tiré al suelo los amuletos funerarios que, rodeados de cuentas de ámbar, protegidos por dos cristales tallados, apilaban huesecillos porosos —dientes de niño, cartílagos de pájaro— ; los regué con mi leche.

Entre las apófisis rotas quedó un disco de metal, un caracol entre las espinas; con las crestas aplastaba cascabeles, astillas de huesos.

Totem: Nos masturbamos: Tigre y Tundra; Escorpión y yo. Cada uno terminaba solo. Nadie toca la leche de otro. No nos miramos.

Tigre: Nieva. Digo que nieva —caen inmediatamente los primeros copos.

De aluminio, a lo lejos, los lagos. Pasarelas cubiertas los cruzan. En las márgenes, severas torres de

fortalezas, palacios de cedro, altos palomares entre cerezos, ruinas de sinagogas, minaretes truncados.

—¡Es tanto el frió que hay en este país que ni el té se derrama!

Pasan idénticos, cuadriculados, los compartimientos regularmente iluminados por tubos de neón, rascacielos que separan canales congelados, avenidas sin árboles, raíles aéreos, lazos superpuestos de carreteras.

Tundra aparece en la portada de una revista, sentado, como un yogui, sobre una motoneta. El humo blanco que despiden los tubos de escape forma una tercera aureola detrás de la roja —un reflector— que le rodea la cabeza y de la plateada —cilindros de aluminio— en que se inserta el cuerpo desnudo, entero.

A Escorpión

Después, vamos a leer en tus huesos.
Con una varilla de metal ardiendo tocaremos cada omoplato:
en las quebraduras los presagios.
Con tinta negra
escribiremos en tu esqueleto mensajes a los descendientes,
tu armazón dibujada nos servirá de heraldo: cifras, fechas, quiénes fuimos,
qué tiempo nos ha tocado vivir.
Después, lo protegeremos todo con laca.

A Totem

No las redes vacías
sino el soporte de las formas todas:
quisiste el amor —la disolución —,
el cuerpo del Diamante.

No supiste lo que pedías,
en qué ceremonia te adentrabas:
invocaste, exigiste
—los maestros quisieron disuadirte —,
dejaste de beber y de comer
hasta que, claro, algo se apoderó de ti.
Tuviste convulsiones,
rodaste al suelo, como derribado por un veneno;
haz de gestos desacordes tu cuerpo se te escapaba,
dabas volteretas,
tocabas un sitar que nadie veía.

¿Qué bailabas?
¿A quién te dirigías, mímica desunida, ademanes dispersos?
¿Qué demonio encarnabas de una ópera afásica?

Fuiste insensible al dolor, a la presencia humana.

Te arrastraste sobre hojas de acero al rojo vivo.
Te cercenaste la piel con ellas,
y luego,
para que nunca pudieras repetir lo que habías visto,
tú mismo te cortaste en cierzo la lengua
que arrojaste, en un chorro de sangre, entre las brasas.
Las cenizas fueron recogidas.
Con ceniza de pétalos y miel las bebimos.

Ahora,
lelo y mudo,
en tu limbo
—el amor es intolerable —,
en un santuario te mantienen, monstruo de interés público,
entre platillos de incienso, molinos de plegaria,
bull-dogs de porcelana roja y grandes gongs de oro
que los servidores golpean a tu paso.

A diario alimentadas con torcazas
—a diario alimentadas con mariposas —
a diario bañadas
y secadas en escaleras según su rango
duermen en las volutas de los altares
en las molduras de los muebles
en las gavetas y las copas rituales
y anidan en tus mangas y sombreros
las mil serpientes prescritas
que resguardan tu estancia
—de noche las oyes anudándose,
buscando la humedad de los árboles —.

Allí estarás hasta la muerte
entre estatuas y estupas
—Dios es intolerable —.
Hasta la muerte a cuenta del Estado
—quizás el amor sea eso —.
Para algo tienen que servir los impuestos.

A Tigre

En otoño salías de los bosques del altiplano occidental
y diezmabas la llanura
—las constelaciones del cuadrante se elevaban
en el cielo nocturno —.
Eras blanco.

Tenías las piernas macizas, los muslos excelentes, que parecían trompas de elefantes;
iguales y carnosas
las rodillas.
Reunías todos los indicios:
tus cejas, espesas, se juntaban, y entre ellas,
sajado, un círculo.
Presentabas la protuberancia craneana.
Tenías el cuello marcado por tres pliegues, como un caracol:
Cuando te vi supe que eras un dios.

Como los astros, los hombres ascienden y descienden.
De nada te servirán tus guardianes,
de nada tus caballos voladores.
Todo lo yin sale en invierno.
Puedes invocar.
Puedes conjurar.
Vas a arder.

A Tundra

Dibújate en el pecho los dragones peleando.
Cuida la ejecución.
Vigila los detalles.
No uses pincel de cerda,
ni pelo de conejo;
procura lo más suave: bigote de ratón o cabello de niño.
Las cabezas llameantes formarán una cara:
las crestas de los monstruos dibujarán las cejas,
las garras una boca sonriente.
No te apures.
No malgastes.
Usa la tinta negra como si fuera oro.
Invoca al levantarte.
Medita cada trazo.
Porque con esos ojos vas a mirar la muerte.

Después del estampido: tierra en los ojos. Los faros encendidos en pleno día.

El aire de los hospitales,
el de los moribundos y las batas blancas,
el que entre pinzas y algodones rojos
pústulas y alaridos
compresas y mortajas
se estanca, denso, respiro.

En una mesa verde, escueta como un cadalso, la cabeza recostada a una estaca, yacía un joven boquiabierto y desdentado, el abdomen vacío, los ojos hinchados, esférulas que dividían ranuras negras.

Junto al cuerpo tendido permanecían cuatro niñas igualmente grisáceas y peinadas, cubiertas con enormes pamelas de encaje que puntuaban flores amarillas. Una de ellas había doblado hacia abajo las alas del sombrero —sólo se veía su boca—, otra las había plegado hacia arriba y mostraba su rostro, altiva.

Más pequeña que las precedentes, una regordeta, que apretaba una gasa azul bordada de escamas, del pellejo que muda una serpiente, bajo su bonete desmesurado, de algas rosadas, abría la boca, el mentón apoyado en una mano abierta, el codo apoyado sobre el cadáver.

Del sótano subía otra niña. No la cubría un sombrero, sino, por supuesto, un paraguas abierto.

Inútiles son la destreza de la disección,
los guantes formolados,
la tos de los forenses,
los algodones en la boca.
Inútiles los justos alfileres de la mortaja.
Siempre quedan mirándose los pies,
cartesianos,
los muertos.

Tuvimos por compañeros de viaje a unos mongoles del reino de Khartchin, que iban en peregrinación al santuario eterno; con ellos iba el gran Chaberón, es decir, un Buda vivo que era el superior de esa lamasería. El Chaberón era un joven de dieciocho años, sus maneras eran agradables y distinguidas, y su rostro, pleno de candor y de ingenuidad, contrastaba singularmente con el papel que le hacían desempeñar. A la edad de cinco años había sido declarado Buda y gran lama de Khartchin. Iba a pasar algunos años en una de las grandes lamaserías de Lasa para entregarse al estudio de las plegarias y adquirir la ciencia requerida por su dignidad. Se encargaban del cortejo y de servirle durante el viaje un hermano del rey de Khartchin y varios lamas de alto rango.

...después de seguir durante varios días una larga serie de valles en los que aparecían de trecho en trecho carpas negras y grandes manadas de búfalos, acampamos al fin junto a un gran caserío tibetano.

...no se trataba de un caserío propiamente dicho, sino de varias granjas amplias y terminadas en terraza, muy bien blanqueadas con agua de cal. Estaban rodeadas de grandes árboles y coronadas por una pequeña torre en forma de palomar donde flotaban banderolas de todos los colores cubiertas de sentencias.

...antes de terminar el descenso de la montaña toda la caravana se detuvo en una pequeña meseta donde se elevaba un obo —monumento búdico construido con piedras apiladas— que coronaban varios gallardetes y huesos cubiertos de inscripciones.

...nos asomamos al borde de la meseta y divisamos un inmenso glaciar extremadamente abombado y que bordeaban espantosos precipicios. Se podía entrever, bajo una ligera capa de nieve, el color verdoso del hielo. Arrancamos una piedra del monumento búdico y la tiramos al ventisquero. Se oyó un ruido sordo, y la piedra, deslizándose rápidamente, dejó a su paso una larga cinta verde.

...el fuego consumía con tal rapidez la yerba que encontraba a su paso que pronto alcanzó los camellos. Sus largas y espesas pelambres ardían. Corrimos con tapices de fieltro, tratando de apagar los cuerpos en llamas.

Hombres y pájaros aquí tienen su sitio (Imagino los cuadrados concéntricos.); los astros y sus órbitas, las nieves, las piedras ciegas y las que arman un templo, todo aquí vendrá a contemplar su identidad, ascenderá a su centro. (Esas líneas negras soportan mi pensamiento, su diagrama lo estructura y aclara, de esa armazón no escapa.) De afuera adentro van surgiendo ríos, nubes, asambleas de demonios, vuelos de elegidos, las marcas, enormes, de sus pies y del círculo que se inserta en su frente, entre las cejas unidas, el fulgor.

Rodeadas de árboles, blancas (Busco en ese esquema el de mi cuerpo,), en los cuadrados interiores van apareciendo las casas; escuetas, las ciudades, como en un mapa (en una red otra red.). Todo emana, expansión del vacío, sucesión de sílabas (Repito la sílaba.), doble del emblema oscuro, macizo, terroso, nevado en la cima, de una pieza, piñazo, piedra, estupa, buda, del Monte Merú.

Estaba solo, en un apartamento de paredes y muebles blancos, alfombrado.

Sentado en el suelo (afuera nevaba) con las piernas replegadas como un yogui, desnudo.

En el muro un Albers.

Bajo el gran pie, en su salsa, como quien diría, están sentados los adeptos. Entre otros, el olor a orine —un poster de “The Wild One”: de la boca le sale una nube con el letrero MEN— que se detecta bajo el del hachís y, huelan bien, el de una mugre de fonda del archipiélago malayo, no les molesta.

Un neón verde se incurva para formar el talón, sinuoso dibuja los dedos, de un trazo continuo el arco; la sombra de la planta es de tiza.

A través de los biombos cambiantes de humo inútilmente mentolado, se adivinan, aferrados a los aparatos, los jugadores de balompié-miniatura; detrás, un hombre desnudo atado a un madero —la puerta del WOMEN.

Los muros: fotos gigantes de mujeres en kimonos transparentes, autos de carrera, un templo nepalés, Karel Appel, el Che Guevara. Flores.

Entre dos discos —el mismo que recae bajo la aguja— se oye el traquetear de las máquinas, piñazos contra la madera; pestañean los bombillos en las pizarras, caen fresas, bastos, limones y cerezas.

Sin célula fotoeléctrica y sin que nadie la empuje, se abre pesada, lenta, la portezuela cuarteada que da a la Rembrandtsplein: ha llegado el gurú.

—Mi cabeza —declama, añadiendo un gesto más a los cinco rituales con que ha marcado su entrada, mientras en torno a las máquinas los jugadores se alborotan— es un ovoide perfecto, mis ojos tienen la forma de pétalos de loto, mis labios la plenitud del mango y el arco de mis cejas imita el arco de Krishna. Prepáreme una mesa de arroz.

Y por favor, no me toquen —aparta a los curiosos con una mano apestosa a incienso, con un empujón a los adeptos—. Pregunten desde lejos. Sálvese el que pueda. El género humano me importa poco.

Y basta de suspiros. No viajo en elefante sino en jet. La santidad es lo más aburrido.

Se va quitando, el Máximo, el bonete naranja, los anillos —dientes de tigre sintéticos— que lleva en cada dedo. Se deja caer en un banco, bajo el gran pie de neón, entre cojines rotos, mochilas y zapatos. En la nube de polvo que levanta, sobresaltados, gruñen varios peludos que lo empujan, se viran, y vuelven a dormirse. El Maestro se descalza —sandalias, a pesar del bajo cero—, dispersa collares de vidrio y anillos de hojalata. Entre varios pañuelos indios escoge uno para esa noche y entre sus seguidores más rubios a su amante. Con él de la mano atraviesa los biombos de humo, las filas de jugadores, la portezuela entrejunta del MEN. La luz mostaza descubre los muros garabateados y dos urinarios en que se empoza un agua opalina y espesa. El gurú le toca la frente: —Has sido escogido entre todos— le susurra al oído —; le acaricia el ombligo y se lo besa. El rubio, erecto, pronto tiene

¿acceso al éxtasis:— Entro en las islas de los bienaventurados —y se agarra a la llave del lavabo—, diviso el cielo de Occidente.

Frente al espejo descascarado el Supremo se da un pinchazo.

Vuelve de la toilette todo críptico.

—Yo no he subvertido ningún sujeto —refunfuña, los ojos encendidos—. ¡Qué olor a yerba quemada! De cierto os digo que cualquier cosa es la verdad, que un verdadero dios en nada podría distinguirse de un loco o un farsante. Más hielo.

Y por favor, paren esa música. La barbarie se llama Occidente.

Escorpión: ¿Qué tengo que hacer para librarme del ciclo de las reencarnaciones?

El gurú: Aprender a respirar.

(Aplausos. Risas. Silencio.) (Un atleta abisinio se desmaya.) (Se deslizan por una ventana entreabierta, el índice sobre los labios y sendos maletines, cuatro pin-ups desnudas y untadas de Ambre Solaire. Coup de théâtre: según alcanzan el centro de la sala sacan de los maletines cuatro uniformes recién almidonados del Ejército de Salvación, y cuatro alcancías gigantes. Abotonadas del tobillo al cuello, en cofia blanca, a partir del gurú y hacia los cuatro puntos cardinales van agitando el cepillo: fragor de florines.)

TOTEM: ¿Cuál es el mejor ejercicio espiritual?

El gurú: Siéntese. Ponga el pie izquierdo sobre el muslo derecho y el derecho sobre el izquierdo. Cruce los brazos por detrás de la espalda. Con la mano derecha agárrese el pie izquierdo, con la izquierda el derecho. Mírese el ombligo. Y luego trate de desenredarse...

(Un adolescente marroquí —cuerpo de betún, liso y brillante, pupilas color de uva— baila al son del cuarteto numismático. Un holandés le baña la cabeza, denso tapiz de astracán, con cerveza negra que le corre por la espalda, entre las nalgas.) (De una máquina de chiclets sale Don Luis de Góngora:

“¡La espuma por la espalda:
sobre el ébano escarcha!”)

Tigre: ¿Cuál es el camino más rápido para alcanzar la liberación?

El gurú: No pensar en eso.

(Suspiros. Interjecciones de asentimiento.) (De la toilette de hombres sale Shirley Temple.) (Entra la brigada de estupefacientes: arcabuces en poliuretano, escudos en epoxy dilatado.) (Un negro desmonta la pizarra de una máquina: en cada bombillo esconde una pelota de kif y en el canal por donde ruedan las bolas de aluminio una jeringuilla. Otro negro oculta un brillante en la bomba interior del WC y luego se traga una lista de sentencias búdicas, otra de miembros del Soviet Supremo —que previamente se copia con tinta blanca, pero traducida al swahilí, en los pliegues de los Testículos— y otra, en colores, con los diseños clandestinos de la moda de invierno.)

Tundra: ¿Qué fórmula debo repetir para no reencarnar en un puerco?

El GURÚ:

Omnipresente es el blanco de la pureza celeste y la felicidad; omnipresentes los cuerpos nevados, sin sombra, inmutables, de lo divino. El silencio y el gesto único del cero son perfectos.

Marinos, invisibles, siempre azules, nos rodean los semidioses, los ingrátidos.

Ni palabra ni objeto, en su mundo amarillo de sucesivos círculos se desplaza el hombre.

Padezco en él. Bajo mis pies se hunden antílopes de yerba, pájaros de albahaca, serpientes de menta, los animales y las hojas.

¡Menudo ajeteo el que contra las paredes rojas se traen los duendes!

Humanidad, cuántos demonios, qué negrura se acerca sobre ti, como la noche sobre la llanura.

Terminó la plegaria rascándose con frenesí la cabeza.

—La religión, queridos —añadió salmodioso—, es sonido.

Y agitó una campanita. Desde el fondo de la sala uno de los adeptos le respondió con una siflautica de hueso.

—¡Qué vida la mía —suspiró—: debo encontrarme al este para el equinoccio de primavera, al sur para el solsticio de verano, en pleno oeste cuando rompe el otoño y en el norte extremo en lo más crudo del invierno! Me voy pues —y se abre, otra vez sola, la puerta cuarteada. Antes de franquearla se torna por última vez el Único hacia la muchedumbre distraída y sentencia:

ACONSEJO LA INGESTIÓN DE PÉTALOS

I

“Hijo noble, COBRA,
ha llegado el momento de buscar el camino.
Tu aliento va a cesar.
Tu instructor te ha situado frente a la luz más clara,
la que en el intermedio has de reconocer:
cielo vacío las cosas,
inteligencia nítida,
vacuidad transparente
sin límites ni centro.

Conócete a ti mismo.
Lúcido.
Te presento a la prueba.”

El Bardo Thödol.

Con el cuerpo de Cobra a cuestas —la cabeza perforada sangra por la nariz, contra su nuca, sobre su hombro derecho— por ahí viene Totem; en la casaca, a lo largo del pantalón, hasta los bajos, dos listas escarlatas: cadete endomingado.

Fosforece: menta salivosa, lo baña la baba verde del muerto; de humores concéntricos lo cubre un manto empalagoso. Encorvado avanza: mendigo holandés de madera, cazador que doblan los dones excesivos de la montería; no es un cadáver lo que carga, sino patos cobrizos, tripas con agujeros y cuellos flácidos, cisnes perdigonados, pezuñas, plumas.

Suenan como nueces cuarteadas, pero son cangrejitos ciegos que huyen despavoridos del olor a muerto lo que aplasta con las suelas.

Más intrépidos son los pájaros, que picotean las dos cabezas, goloseando el cocktail de ganglios.

TRAYECTO DE LOS PÁJAROS

Horadan los paquetes de celofán —papitas fritas deshidratadas— sobre las mesas, en las terrazas de los restaurantes, alzan el vuelo —círculos concéntricos, mientras más abiertos más lentos—, se posan en los cadáveres abandonados en las torres cercanas, juegan sobre ellos, pelean, comen y defecan; alzan el vuelo otra vez —espiral que se acelera mientras se cierra—, escupiendo cartílagos y uñas, dientes y pelo sobre los techos cónicos de los templos, sobre los tranvías, en las piscinas y los patios, en las barcas llenas de orates y orantes —largos cabellos negros, túnicas blancas—, de farsantes y dioses; los pájaros, picoteando los ojos, vomitando médula, a las terrazas otra vez, piando, sin errores, sin fallos, guiados por el río, por los ciscos, por las manchas grises de ceniza y los puñados de pétalos rojos tirados al aire; los pájaros, escupiendo pellejo sobre los peldaños que bajan hasta el agua fétida donde juegan los niños entre impostores caquécicos de turbante amarillo.

TIGRE, TUNDRA y ESCORPIÓN habían huido.

A Cobra siempre le gustó el espectáculo barato: Tótem recordó la iniciación, la rana de lata, el yoghurt y el ketchup; entró pues a la morgue aullando, entre dos vistosos desmayos, ahogado en azafranadas lágrimas que enjugaba una chalina luctuosa.

El vigilante nocturno era un indonesio desteñido y temblequeante que apretaba en un puño una bolsita de alcanfor. Ante él desplegó el doliente su aspaviento en eficaces gestos de opereta.

Ya lo habían almacenado en el sótano.

Bajaron por una escalerilla lisiada y maloliente. Por andamios y rondanas, bajo un tragaluz que empañaban las palomas, caían desde los altos puntales cuerdas negras que de trecho en trecho afianzaban peldaños, amarraban horcones, sujetaban astillas.

Un tufillo grasiento y dulzón subía desde los depósitos inferiores: —La esponja de los intestinos abriéndose— explicó el custodio asiático tocándose la punta de la nariz con una musarañita asqueada.

Lo reconoció entre los repetidos cuerpos disecados, en el parpadeo de una luz de acetileno —según su costumbre, en una piscina de formol, a la deriva, giraban los ahogados—. Aún estaba tibio.

Homenaje postumo: un efecto de teatro barriotero: se sacó del bolsillo una daga de dimensiones groseras en cuya hoja sinuosa estaban grabados los ocho emblemas del buen augurio y, aprovechando uno de sus bostezos, la enterró hasta el mango en la boca del sereno.

Huyó con el cuerpo a cuestras. La cabeza machacada sangraba por la nariz, contra su nuca, sobre su hombro derecho.

Huyó con fondo de arcoiris, de una montaña y siete círculos de océanos separados por siete círculos de colinas doradas.

Huyó con fondo de puerto.

Con fondo de arco iris, de una montaña y siete círculos de océanos separados por siete círculos de colinas doradas.

En la cima, recién abierta, espumosa, nevada, una botella; dos vasos con hielo; rodajitas de limón prendidas a los bordes.

Con fondo de puerto: en primer plano se amontonaban boyas y mástiles, vallas de la Shell —un corazón ribeteado por un tubillo de neón rojo—, esferas vacías, de vidrio verde, un tubo gigante, de hojalata, expulsando un cilindro blando, con rayas fluorescentes. Gaviotas inmóviles. Banderas duras.

Detrás, y del otro lado del estuario, de las barcazas de hulla, se extendía una llanura gris, de pasto, que cuadriculaban las líneas brillantes de los canales; de trecho en trecho, en los jardines rectangulares limitados por el agua, surgían túmulos funerarios lamaicos, cuyas agujas de oro listadas de blanco señalaban las nubes. Ocre rojo lejano.

A las crestas de los techos daban sombra viejos cipreses.

Más lejos aun, sobre el horizonte, un molino.

Sacudió la cabeza. Volvió en sí. Estaba mirando un collage pegado a la puerta del MEN —recortes de Life— en un café ruinoso y mariguaniento de la plaza Rembrandt.

Entró por la puerta de la cocina. Pasó un trapo chorreando lejía sobre la mesa de comer. Extendió el cadáver. Lo cubrió con un mantel.

Sobre los cuatro cilindros rectos y niquelados, en medio de la placa negra de baquelita, tapado hasta la boca por el hule, Cobra se iba enfriando; la nariz le goteaba sobre la gaveta de los cubiertos.

—Que nadie lo mire —ordenó Totem a los primeros trémulos—. Que nadie lo nombre. Que nadie le toque los pies o irá al infierno. Armen con papel una efigie con muchos brazos alrededor del tronco, como los ejes de una rueda. Pinten en cada mano un ojo. Cuélguenla como una lámpara encima de la mesa. Silencio. Avísenle a su instructor. Que venga la gente de la Rembrandt, pero que cada cual traiga su comida.

Tigre apareció: descalzo, el cráneo raspado; lo envolvía una sábana amarilla, un bonete rojo en la mano:

—Salgan todos. —Protestaron los roñosos recién llegados. El lama los empujó hacia la sala y tiró la puerta. Pasó el cerrojo a la cancela del patio, clausuró los postigos que daban a un canal, a una hilera de fachadas de ladrillo con ventanas muy altas, y más lejos a un puente.

Bebió de la llave. Con el dorso de la mano se secó la boca. Desenrolló una estera; se sentó junto al muerto. Le murmuró algo al oído, luego, separando los cabellos, le examinó el cráneo: sobre la sutura de los parietales le arrancó una mecha.

Le habló durante una hora.

Dando vueltas alrededor del cadáver —le pegó la cabeza a las rodillas, los calcañares a las nalgas—, a partir de los pies lo fue envolviendo con esparadrapo, fajándolo, inocente en barro vidriado.

Entre las bandas blancas, en los muslos, le quedaban adherencias acuosas, husos paralelos, finísimos, que se partían: un ribete rojo, como de párpado; bajo la piel transparente se abrían minúsculas flores capilares, negras.

Así empaquetado —embrión y momia— lo dejó en una esquina, recostado al refrigerador y contemplando un lavaplatos eléctrico.

Por cuatro días recibieron condolencias crapulosas y alimentaron a los liberaditos de la Rembrandtsplein. Iban de carrera, entre dos tibetanos suspiros, al automático de la esquina. Traían croquetas frías, ensalada vegetal en caja, pastel de manzana y hasta algunos manguitos enanos de importación china.

Entre lámparas de mantequilla, conchas y caramillos, tacitas de pétalos y cinco estatuas incompletas o carcomidas —un Buda corpulento señalando la tierra—, se fueron amontonando cáscaras, cucharitas fluorescentes, platos de cartón virria jados de mayonesa rancia, servilletas con flores impresas y vasitos de termo que iban pasando —con la yerba en pasteles— de mano en mano.

Mientras en la cocina se oficiaba, Tundra y Escorpión se turnaban en la limpieza, y en la preparación de los alimentos que, en un tazón, el Instructor presentaba ante el difunto y renovaba una vez extraída la sutil esencia invisible.

Los condolientes dormitaban, hacinados en los rincones, bajo estandartes de plegaria desteñidos o en harapos, entre libros que ya nadie sabía leer ni podría conservar ninguna estupa, tamborines —cuero de yac estirado sobre mitades de cráneos—, amuletos y mandalas. Se acurrucaban junto a las estatuas descartadas —remate de anticuarios subastados en prima con lotes de vírgenes burguiñonas, cabecitas chichimecas o copias de la ascensión de Murillo— a las que la fe y las regulares ofrendas de los cuatro lamas, lejos que estaban de las fuentes verdaderas, no habían devuelto la piedad y la cólera; de almohada les servían a los mugrientos piernas cruzadas y flores de loto, tronos de Budas a los que faltaban el lóbulo de una oreja, o la protuberancia craneana, o a los que habían serruchado el moño, o robado la pasta de vidrio de los ojos, o entregado a la perseverancia de la carcoma.

Tomando Nescafé y pastillas para la tos, comiendo y orinando, pasaban los llorantes el día en la penumbra, con los ojos opacos, hablando solos, idos, intercambiando con desgana gestos tabletas de madera que escrutaban por horas: en círculos concéntricos de todos los colores, mujeres de cintura muy estrecha y grandes nalgas, envueltas en paños rojos y volando —las cabelleras negras flotan, de la misma espiral que las nubes—, miles de peregrinos, titanés y demonios, palacios, ríos. Al centro una montaña.

Al cuarto día el principio conocedor abandonó el cuerpo de Cobra.

Recién bañado y con olor a Maja Totem irrumpió, dando unas palmaditas jocosas, entre los delirantes achantados.

Profirió un rotundo “Se acabó lo que se daba” que llenó a los comensales de contrición y hastío.

Tigre le revisó al cadáver las comisuras de la boca y los párpados, los orificios de la nariz y las orejas, del pene y el ano: supuraban un suero amarillo, un humor espeso y purulento.

Con una silla y su ropa, empezó a armar la imagen del muerto. Le puso pantalones a las patas delanteras y un par de botas, vistió el espaldar con un suéter rojo, le abrochó un jacket de antílope, raído y sucio: en el dorso aún podía adivinarse un arco vertical abierto en la piel, chorreado, embebido en la felpa, retorcido como una serpiente macheteada; luego, como antaño, trazado de un solo gesto por un calígrafo de estilo anguloso, el círculo de la adivinación, torcido sobre sí mismo y sin bordes el aro perfecto; estampado por un cuño de piedra, junto al círculo un sello cuadrado: BR; lacerada junto al hombro una A.

Sobre el cuello pegó una hoja impresa que a contraluz dejaba ver huecos e hilachas; al centro, la figura del difunto con las piernas ya fajadas, orando sobre una flor de loto y rodeado de cosas excelentes a los sentidos:

espejo
caracola y lira
búcaro con flores
pasteles en un cáliz
vestidos de seda, un dosel.

Junto al hombro izquierdo, arabesco vertical, seis símbolos fonéticos:

dios
titán
hombre
animal bruto
espíritu infeliz
infierno.

En la parte inferior, una plegaria:

“Yo, el que parte de este mundo —aquí trazaron su nombre: Tundra el arco y el círculo, Escorpión el monograma y la A final—, Cobra, adoro y me refugio en mi lama director y en las divinidades todas, apacibles y coléricas.

”Que el Gran Piadoso perdone los pecados que he acumulado y las impurezas de mis vidas anteriores y me conduzca por el camino de otro mundo bueno.”

Totem trajo una bufanda negra, de estambre, que el propio difunto había robado en una Drugstore; Tigre le anudó uno de los extremos al cuello:

—Come lo que quieras —le dijo al oído— de lo que te hemos dado. Pero date cuenta de que estás muerto y no vengas más a esta casa ni empieces a molestar a los vivos. Acuérdate de mi nombre, y con esa ayuda toma el camino recto, el camino blanco. Ven por aquí...

Tiró del otro extremo de la bufanda, y salmodiando una liturgia mientras agitaba un cascabel, comenzó a conducir la procesión funeraria. Lo seguían Tundra, soplando en una concha marina y Escorpión con cimbaillos que de tiempo en tiempo tiraba contra el cuerpo de Cobra. Totem llevaba en la mano izquierda un tamborín: lo viraba al revés y golpeaban el cuero unas esferillas de metal que colgaban de cintas; el propio Tigre, interrumpiendo la liturgia, tocaba una flautafémur.

A cada rato el lama director se volvía para invitar al espíritu del muerto a que acompañara a su cuerpo y asegurarle que la ruta que seguían era la buena. Detrás venían los portadores del cadáver y, con

dulces y refrescos, el resto de la furrumalla churrosa. Los harapientos se enjugaban los ojos, daban esporádicos alaridos, sollozos entre dos fumadas.

Cuando terminaron los funerales se quemó el rostro de papel.

Por el color de la llama y su modo de arder se supo que el finado iba por buen camino.

—Con un soporte irrisorio —se congratuló Tundra a sí mismo— he logrado visualizar el interior del muerto.

ESCORPIÓN, que desde hacía rato escrutaba un mandala, abandonó la rigurosa contemplación para escucharlo.

—Sí —añadió el iluminado—, por estas manchitas en la pared lo he sabido: ¡crece pasto negro dentro del intestino de Cobra! ¿Quieren que les trace su curriculum mortis? Pues bien, contempla en este momento, insertas en concéntricos aros de fuego, a las cincuenta y ocho divinidades irritadas y detentoras del saber. Lo rodean llamas coléricas y chupadoras de sangre. Cuatro demonios desgredados y negros le hacen musarañas mientras devoran cuerpecillos a dentellones. Alrededor de esos monstruos colmilludos, babeando sangre y ganglios, le bailan, dando gritos en un arcoiris oscuro, animalejos con cabeza de pelícano y de sapo.

Pero, ¡para algo tenían que servir tantos dibujitos! Lo sabe el lamentado: ese espeluznante cinerama es una pura emanación de la parte baja de su cerebro.

La rueda se romperá.

Llegará a buen puerto.

Del rostro de papel
recogieron las cenizas en un plato.
Las mezclaron con arcilla.
Modelaron con esa pasta relicarios minúsculos,
letras y símbolos.
Ofrecieron algunos en el altar de la casa,
otros bajo los árboles y las rocas salientes,
en colinas y cruces de caminos.
Mientras quemaban la página desvistieron la silla.
Subastaron entre los andrajosos la ropa.

—Con estos florines —advirtió Totem— daremos una fiesta en su honor... dentro de un año.

LECCIÓN DE ANATOMÍA

Estabas diagonal, amarillabas. Eras un puro peso, una madera unida, sin nudos, un objeto encontrado que los cuatro curiosos escrutaban.

Te leían. Te señalaban. Confrontaban tu cuerpo con un cuerpo dibujado —un mapa del Hombre abierto— ; enumeraban tus partes, nombraban tus visceras, te abrían los párpados —globos empañados—, tomaban notas, volvían la página.

Junto a tus pies callosos, impregnados de azufre, como una partitura, se desplegaba un libro.

Te hundían en la carne la punta de los dedos: quedaban las depresiones de las yemas, las ranuras de las uñas: eras de cera, de papel, de mármol blando, de arcilla.

Con un bisturí te cortaron las muñecas; te apretaron el brazo con ligaduras, desde el hombro. Por la herida brotó una pasta negra que recogieron en un cofrecillo. En otros dos conservaron de tu orine y tu excremento.

Esos tres residuos, disueltos en vino, rociaron el banquete funerario.

Quisieron tirarlo a un canal envuelto en un manto color candela para que al congelarse el agua quedara en la arena del fondo, la planta de los pies hacia arriba, el manto abierto, y los niños lo señalaran bajo sus patines, atrapado en el vidrio;

quisieron incinerarlo: las cenizas en una cobra de escamas talladas —los ojos dos toscas esmeraldas, un zigzag de rubí la lengüeta— cuya cabeza se desenroscaba;

quisieron embalsamarlo, sentado y con una cruz gamada entre las manos, para conservarlo en el sótano, rodeado de puñales con emblemas y naranjas secas.

Finalmente, un lama astrólogo calculó el horóscopo de la muerte: a las seis de la tarde debían subirlo a las colinas.

Le cortaron la piel en bandas que clavaron a las piedras.

Le machacaron los huesos.

Mezclaron ese polvo con harina de cebada. Lo dispersaron al viento.

Repitieron por última vez las sílabas.

Lo abandonaron todo.

Para los pájaros.

En cabezas huecas de Budas benévolos recibían los cinco transformadores los terrones de apio que extraían destornillando pupilas y luego elaboraban. La novena sublimación convertía los grumos en su reverso ligero y blanco. Un adicto enconoso y colérico traía las estatuas travestido en anticuario diligente y amanerado tibetólogo. Les había cedido ese almacén en cuyas salas diurnas amontonaban sus deterioros y apócrifos varios traficantes de arte asiático.

En saquitos de yute —¡almohadillas de olor!—, en paquetes delgados, sin espesor, adaptables a las suelas, envolvían la nieve obtenida, la escondían en menudas cajitas circulares de Tjing Ljang YU, bálsamo esencial —sobre fondo celeste, en relieve, una pagoda de techos cónicos azul turquesa: The Temple of Heaven—, la disimulaban en globitos de preservativos inflados, la teñían, azúcar roja.

Todo el día en un diestro quehacer maniático, enardecidos, febriles, envenenados por sus propios desechos, emponzoñados por sus heces: así sobrevivían los fanáticos.

Habían desertado, por calurosas y atestadas, las salas superiores del almacén; el alambique funcionaba en el sótano desahuciado que invadía el hedor del canal contiguo. Afuera y junto a las ventanillas contrahechas que obturaban antaño espesos vitrales de cuyas armaduras subsistían círculos rotos, escudos desarmados y torcidas flores de hierro, se iban acumulando —manteles de espumarajo arrastrados por el desagüe de las lavanderías indonesias del Jardín— manchas de aceite desparramadas y sobre ellas patos muertos flotando aliabiertos; entre pinos podridos y latas vacías fermentaba la comida rancia que venían a picotear los pájaros.

De las habitaciones más hondas —un dédalo de peldaños derrumbados, portezuelas irregulares y pasadizos húmedos del otro lado de cuyos muros se sentía el agua empozada— no salían ya los traficantes de blanca más que para distribuir sobrecitos y cajitas entre las “conexiones” golosas y puntuales de la Rembrandtsplein; sobre apiladas cajas de manzana se atragantaban de sardinas ahumadas, orinaban de prisa y en los rincones; acechando las delicadas metamorfosis, catando arenas cada vez más finas, juntando minúsculos cristales, tomaban agua de azúcar, dormían sentados.

Consumían para mantenerse en esa fiebre del producto de sus propios gestos: quemaban en los viajes domésticos lo más sutil de su artesanía, las joyas más veloces, las estrías más nítidas.

Se iban hundiendo cada vez más; botaban escombros al canal para ahondar el calabozo, se adentraban en lo más húmedo, perforaban paredes, escarbaban —la luz llegó a ser un alfiletero y un erizo— ; topos abriendo huecos.

Dormían envueltos en esteras. La oreja pegada al muro, escuchaban, del otro lado del sueño, el lento fluir del agua en el lecho del canal, la infiltración entre las piedras, el goteo de los aleros sobre la espesa lámina aceitosa, lentamente ondulante de la superficie, la supuración de las cloacas.

Una vez por semana había que abandonar el fresco.

Ascendían. Emergían, ya entrada la noche, asfixiados de calor y de miedo. En la cripta se blindaban de sobrecillos y cajitas de metal.

Más congestionado y tintinante que una enana saltona con una chaquetica de monedas, Cobra subía por una columna alrededor de la que, prendidos en hélices, quedaban restos de peldaños. Alzaba una escotilla, por la rendija examinaba el almacén, la abría de par en par, daba un silbido entrecortado, de sijú ciego. Mirando enseguida asustadizas hacia todos lados, iban aflorando una por una, en las baldosas blancas del piso, las cuatro cabezotas restantes, arrugadas y prietas. Se volvían a diestra y siniestra los cejjuntos peludos: las mechas barrían las losetas. Cuando surgía una esférula barbuda, una risita, el de

abajo empujaba como un resorte: sobre el fondo de cal, entre las desvencijadas estatuas del depósito, aparecían, súbitos, los destiladores prófugos: confitados demonios carnavalescos, ojazos ovales de añil transparente, autómatas de un reloj catedralicio dando las cinco.

Detrás del guía, teñidos por las vetas oblicuas de la tierra, torrecillas jadeantes de distintos estratos, aparecían Totem, Tigre y Tundra. Daban otra señal, un zapatazo en la compuerta, un grito: germinaba Escorpión.

Ya los cinco en exilio, cerraban la entrada al infiernillo alambicado, a la casona underground de Proserpina. En fila india, *armados*¹¹, cundidos de papelillos crujientes, revestidos, como piñas brillantadas, por una fina capa de azúcar, torcazas de invierno envueltas de nieve, iban atravesando la nave.

Escuchaban, lejano, el chirrido de los tranvías, los pasos en la calle, su repetición metálica, vacía, refractada por las naves, las voces en el resplandor del verano —volúmenes, vasos—, su reflejo sordo contra los dioses de madera.

De un lado y otro y a veces hasta el techo de hormigón, se amontonaban, rencorosos, los antiguos: un sonriente Maitreya exhibía el reverso de sus ojos desprendidos: la convexidad de los glóbulos, con los iris pintados, caía desde la bisagra de los párpados inferiores como la tapa abierta de un reloj.

Un Avalokitechvara mostraba, compasivo, la palma provista de pupila de su mano derecha, del índice le colgaba una de sus propias orejas destornilladas; una córnea negruzca, como la del pico de una urraca, le revestía el interior del cofre-cráneo. De trecho en trecho, en los pétalos de un trono articulable en forma de flor de loto —el príncipe yacía boca abajo—, como con la punta de una tijera alguien había arrancado lamparones de la misma corteza oscura —debajo, sobre lacre rojo, laminillas de oro viejo— ; hasta el trasero de la estatua desmontada, todo lo había ganado la costra opaca, la pasta de uña que tupe los bronquios y las pipas.

Sólo quedaban, entre los venerables dislocados, aunque derruidos dignos, gastados por el mar o por labios devotos, las facciones borradas —¡tanto soban las manos piadosas!—, altivos y astillados, los intrusos: restaurados los mantos, intactos los corazones, esplendente la hojalata de puñales y coronas, apuntaban hacia las vigas del techo, anunciadores eufóricos, postergados mártires sevillanos, santas de caoba carcomida, beatas aleijadinhas de jacarandá, monjes engarrotados y arcángeles fatuos.

Para cruzar entre un cuadrante solar y una pianola un campesino flamenco levanta levemente el pie derecho y se recoge el manto hasta las rodillas; los cabellos y la barba de idénticas volutas— góticas flores de coliflor —le bajan hasta la cintura. A horcajadas sobre sus hombros, dos piernitas regordetas le caen ante el pecho, los piecillos entre los caracoles de la barba: están articuladas a un tronco de niño y éste a un bracito agujereado por la polilla que alza una esfera dorada— cruz en el polo norte.

Sobre una alfombra negra que escande una trama de tigres y letras blancas una doncella lanza una rueda erizada de púas.

Para descorrer la puerta de metal Cobra apartó a un pordiosero leproso cuyas concéntricas llagas lamían perros famélicos.

Apenas soportaban la claridad de la noche, los ruidos les repercutían en la cabeza. Había motocicletas tumbadas sobre la acera. Llovía. En la plaza se oía el guitarreo de las fondas, lejano. Junto a la entrada del metro apareció una mujer asustada. Llevaba un sombrero rojo cuyos cordones, cayendo hasta una capa negra, del rostro ocultaban las flores de oro.

Iban rozando las paredes, escabullándose entre la gente. Querían huir, volver al claustro, ser otros. No se miraban ni se hablaban; tomaban distintas aceras, cabizbajos.

—Nos empapa la lloviznita urticante de las miradas... —tararearon a dúo Totem y Tigre.

—Ojillos burlones nos recorren de pies a cabeza. Dedos nos apuntan, nos ponen asteriscos —citó sudoroso Tundra.

Igual lentitud de gestos —caminaban por el fondo de un acuario— ; flotaban sobre la misma fibra de vidrio, a unos milímetros del suelo avanzaban sobre la misma barba.

Veían los mismos colores, una palabra las contenía todas. Esferas transparentes. Un iris aureolaba las cosas.

Les estiraba los labios un mismo rictus horizontal y fijo.

Entre dos discos —el mismo que recae bajo la aguja—, se oye el traquetear de las máquinas, piñazos contra la madera; pestañean los bombillos de las pizarras, caen fresas, bastos, limones y cerezas.

Sin célula fotoeléctrica y sin que nadie la empuje, se abre pesada, lenta, la portezuela cuarteada que da a la Rembrandtsplein: ha llegado Rosa, la vidente.

El escote desciende hasta el ombligo; una flor blanca lo abrocha entre los senos. No saluda —Rosa es así—, no responde a los saludos. Un collar de mostacillas negras, alarde del barroco funerario, le aprieta la garganta.

Se instala en una mesa morada, junto a la puerta del MEN. Despliega enseguida en arco su juego de cartas. Con una uña limada, de su mismo escarlata, señala el as de corazón —en el índice, enroscada, una cobra de oro— ; con la otra mano sostiene la pata de sus espejuelos: una culebrilla de pasta verde envolviendo los ojos, dibuja la armadura. Saca la punta de la lengua, acanalada como una U, la extralúcida, mueve la cabeza: de sus cabellos, virutas de caoba chamuscada, del sombrero de alas anchas que los toca, salta una cola azul pastel, de zorra, cuyo extremo se abre junto a las barajas en un penacho de plumas turquesas.

—Pregunten señores. Sobre la vida y la muerte. Pero no olviden que yo no soy más que una concreción del primigenio cloruro viscoso, un engendro de la eterna truculencia llena. —Saca la lengua otra vez, se retoca un lunar:— ¡Hay que teatralizar la inutilidad de todo! —y rompe en una carcajada.

La gente se agolpa a su alrededor. Bajo el gran pie que ribetea un tubillo fluorescente aprovechamos la horda para distribuir cajitas rojas. Nos pegamos por detrás, muy apretados, a los clientes. Por el bolsillo del pantalón vamos deslizándolo la mano derecha. En el fondo dejamos un Templo del Edén. Nos pegamos por delante, muy apretados, a los clientes. Por el bolsillo del pantalón, a la derecha, sentimos, tibias contra el muslo, deslizar sus manos. En el fondo queda un billete.

Junto a los urinarios, bajo la luz mostaza del MEN, envueltos por el humo, por el vaho verdoso y tibio del orine, se propaga, en estuchitos circulares que nos arrancamos del cuerpo —talismanes envenenados— el bálsamo esencial; entre ideogramas negros se dispersa la nieve.

Distraemos a la barajera:

Escorpión: ¿Qué tengo que hacer para tener un pecho como el de Superman?

Rosa: Aprender a respirar.

Pegada a una base convexa, una calavera de ojos espantados mira hacia arriba, suplicante, y muestra una lengua enrojecida, abierta en U como la de Rosa. Sobre el cráneo —la garra rasca el hueso—, un cuervo disecado luce una margarita ensartada en un collar.

Cobra: Quisiera ser acróbata del *Palacio de las Maravillas*. ¿Cómo hago para desarticularme todo?

Rosa: Siéntese. Ponga el pie izquierdo sobre el muslo derecho y el derecho sobre el izquierdo. Cruce los brazos por detrás de la espalda. Con la mano derecha agárrese el pie izquierdo, con la izquierda el derecho. Mírese el ombligo. Y luego trate de desenredarse...

Detrás de la echadora de cartas, con fondo lila y ojos de vidrio, se asoman al unísono tres caballeros. El bombín acharolado del más viejo —monóculo, perilla cuidada, bigotes canos— corona la

pirámide. Un calvo mofletudo y bonachón, contrito, baja la vista; a su lado el tercer escrutador, que corta por la boca un muro verde —sobresalen, de su bigote negrísimo, las espirales simétricas—: ojos espabilados, pelo colorado y lacio, cejas arqueadas.

TOTEM: ¿Qué debo hacer para que no se me caiga cuando ya va entrando?

ROSA: NO pensar en eso.

En el marco de la puerta —nos vigila, desde la sombra, una momia de párpados blancos, biliosa y fosforescente— aparece una gitana fumando.

Tigre: ¿Qué fórmula debo repetir para no reencarnar en un puerco?

Rosa suspira. De su cartera, que bordan crisantemos de nácar, toma una petaca de carey con iniciales de oro. Con la mano abierta destruye un arco de tréboles. Abre su vanity —vidrios verdes—, se retoca un lunar con tinta china —Rosa es así—, pide un high ball con mucho hielo...

En casa del herrero cuchillo de palo: ignoraba la descifradora que no llegaría a tomárselo: por la puerta de la Rembrandt, “con pasos afelpados”, entró la brigada de estupefacientes.

Vuelta hacia Rosa la muchedumbre se inmovilizó en un suspiro. Los cinco transformadores desaparecieron en el MEN.

El vaho del orine: la emanación de una ofrenda.

Los urinarios: frascos de aceite.

El lavabo: una fuente de pétalos.

Sentado sobre un pavo real de porcelana blanca, apareció un dios amarillo. El rostro central era plácido; en los laterales, colmillos salientes, ojos irritados y globulosos, narices echando humo. Las manos centrales juntas en oración; las otras blandían dardos y puñales, arcos y flechas.

Cariacontecidos y avitamínicos del baño salieron cinco lamas refugiados en Nepal. Los ahogaba el verano indio. Rememoraban el té rancio, el reflejo de las jarras de cobre en la nieve, la harina de cebada, un muro de piedras blancas cada una con una sentencia escrita en negro, el paso de un yac por el marco de una ventana estrecha, los tankas pintados a mano, tan milagrosos, abandonados en las inmediaciones de Lasa.

Tundra señaló la tierra.

Escorpión maldijo a los demonios rojos, instigadores de la invasión china.

Con cascos metálicos que imitaban cabezas de lechuza, de águila filipina comedora de monos, un agente del orden se acercó a COBRA:

—Documentos...

.....

—Drogas...

.....

—Divisas...

.....

—Detenido...

.....

Conocemos la afición del inculcado por el teatro pedagógico.

No perdió un solo efecto:

le entregó una flor,

un Templo del Edén,
un florín;
se sacó el sexo y le orinó los pies.

Sujetándolo por los hombros el policía lo arrinconó contra la pared.
Le enterró en el cuello las garras.
Con el pico de acero le perforó el cráneo.

La habitación es blanca, la ventana cuadrada.

En el marco de un muro vacío —El pensamiento: hilos incandescentes—, limitado por la cal, luz gris compacta, de lluvia fina —bifurcándose, entretejiéndose: los flagelos de un pez:— un cuadrado se dibuja, avanza; vibran los bordes.

Más lejos huye hacia el fondo, oscila —red sin orden, zafadas cifras de fuego—, va a caer un cuadrado negro.

muro
ventana abierta lluvia
a lo lejos un postigo cerrado

un cuadrado blanco que contiene
un cuadrado gris que contiene
un cuadrado negro.

Del pene brotan dos ríos —tu piel es un mapa:—: uno, impetuoso, asciende por el lado derecho del cuerpo, ronco, arrastrando arena —te cubro de yeso, con tinta negra y un pincel finísimo te dibujo, ascendiendo por el lado derecho, en un torrente que con mi respiración crece, engarzadas unas en las otras, las consonantes;— ; el otro, manso, claro, sube por el costado izquierdo, lentas espirales verdes, algas en los meandros, rumor de polen cayendo, transparencia —te dibujo las vocales.

El centro de tu cuerpo:
seis corolas,
seis nudos,
seis parejas templando.

El semen retenido:

sílabas que se anudan:
ajorcas los tobillos,
letras las rodillas,
sonidos las muñecas,
mantras el cuello.

El semen retenido:

serpiente que se enrosca y asciende: cascabeles entre las bisagras de las vértebras: alrededor de los huesos aros de escama y piel luciente: aceitados cartílagos se deslizan, ciñen la médula.

Loto que estalla en lo alto del cráneo. Pensamiento en blanco.

Una línea negra limita la figura
tres canales la surcan

que interrumpen flores

el cuerpo
tres ejes
letras los pétalos.

Regresaron al sótano por las cantinas del puerto, bebiendo cerveza y dando manotazos en las vitrinas —chillaban las tejedoras—. Con la venta del jacket del difunto se pagaron varias rondas, un baño de vapor, té y mariguana.

Escogieron a dos indonesias recién llegadas que rociaban la cama con agua de jazmín, masturbaban con la punta de los dedos empapados en alheña y alcanzaban las dilataciones caudales gracias?. un método respiratorio que escandían samsáricos suspiros.

Con toqueteos y risotadas atravesaron las hileras de Budas y otros liberados de cabeza hueca. Bajaron por los peldaños incompletos. Cerraron la escotilla.

En un cráneo —en el fondo, ante un óvalo azul, un niño rojo, brillante y pulido, como de pórfido, los pies unidos por los talones; a su alrededor, entre nubes moradas, los bodisatvas— reunieron los alimentos, los mezclaron y amasaron: tripas malolientes, que del vellón interior rezumaban una grasa negra, cerdas y párpados que recorrían hilillos de sangre fresca, riñones y testículos, pezuñas, hígados. Chafarrinón verdoso, chorreaban sobre el hueso hiel y suero.

Se desnudaron entre carcajadas.

Se hartaron del cráneo. Fornicaron sobre uñas y coágulos.

Se ornaron con groseros atavíos de hueso.
Con exceso de condimentos
y voluntaria brutalidad
comieron carne de hombre

de vaca
de elefante
de caballo
de perro.

Molido y disuelto en leche y jugo de almendras, en una copa de estaño bebieron bange.
Coronaron el banquete *las cinco ambrosías*:

sangre de Cobra
orine de Tigre
excremento de Tundra
saliva de Escorpión
semen de Totem.

A Cobra

A Tigre

Círculos (colores), anagramas ígneos: viste el cráneo al revés, rebosante: respirando aún las vísceras, sin ritmo palpaban los tejidos. Transparencia amarilla: se empozaban los humores en los alvéolos vacíos, chorreaban por los maxilares, por las cuencas de los ojos perforadas al fondo, hasta el cono occipital, dejando en la frente sus fracturas, hasta el suelo, lento licor de almeja. Densidad del pus, hilo hialino de baba, linfa que gotea —por la boca— del —por los pies— colgado, almíbar, veta de miel, orine.

Del vacío surgió la sílaba yam y de ésta el círculo azul del aire.

RAM círculo rojo

del fuego

a tres cabezas

de hombre que pestañeaban, te miraban burlones de reojo, abrían la boca, te hacían guiños, te sacaban la lengua: risillas ¿qué susurraban? Se les iba cuarteando la piel enharinada.

Sobre ese trípode, el cráneo, custodia de oro, *inmenso como el espacio*.

Sobre el cráneo:

OM blanco

A rojo

HUM azul

De las sílabas parten rayos.

(La poción en el cráneo hierve.)

Te reías solo.

—¿Con qué la ligaste? —te preguntó el último de los yerbaditos de la Rembrandt.

El mismo disco. La puerta que se abre. El pie fluorescente.

Estaban derrumbando el bar.

A Tundra

Acuéstate del lado derecho, la cabeza apoyada sobre la mano abierta. Que caigan, vertical a tu cuerpo, fijos en la furia del sueño, de león, tus cabellos. En tu corazón un vaso octogonal de vidrio. Un loto fuerte. Colores asignados a los pétalos. Una A en ese trono, fiera de piel luciente. De otra blanca, segura, en lo alto de la testa, emergen en torrente innumerables *a* hacia la A del vaso: caída de rápidos signos, minúsculos pájaros blancos, piedrecillas de leche, rocío que regresa a la cúspide.

Una A roja sobre tu sexo. Brasas, resplandor que asciende hasta la A del vaso, colibríes trizados; descenso de flechas sangrando.

Rápidos aros de escarcha, átomos de granate circunscriben tu cuerpo.

Cuando sitie el sueño —mandala de animales mudos, lento oleaje de lava— absorbe todas las letras en la letra del centro.

Cierre el loto.

El muro blanco, la ciudad que va borrando la lluvia, el postigo a lo lejos.

Lo demás y tu yo: cero.

A Escorpión

A un elefante jíbaro enloquece un adarme disuelto en leche. Lo sabías cuando los viajeros quietos, acurrucados entre los escombros del bar, te pasaron la piedrecita negra. Da patadas, muge el paquidermo, sangra la trompa, vomita un quintal de yerba. Lo sujetan diez camaroneros paquistanos cuando Ganecha, echando chispas, llega al estuario. Se hunde en el lodo buscando fresco.

Con una gillete raspaste la textura que trufaban granos amarillos, con las uñas desprendiste las escamas opacas. Papel dulzón. Las disimulaste entre la picadura.

Nada.

Sí. El estómago lleno de hielo. Calambre en los pies. Una cuerda que vibra. Por la nariz un soplo fétido, azogue por las orejas. Corriste al MEN. Habían arrancado el lavabo.

Hierros arrastrados. Al de címbalos sacudidos entre llamas sucede el chasquido de granadas que revientan contra el suelo. Vidrios sobre gastadas losetas negras. Sobre pies desnudos gotas de sangre. Estiletos-cobra. Lenguas perforadas.

Te rodeaban los posesos desnudos, con garfios enterrados en la espalda arrastrando templetes de hojalata, carros chorreando miel con pasteles de hojaldre que ocultaban las moscas, ungidos falos de pórfido.

Familias de macacos tocaban flautines entre bandejas de higos, flores, dioses recién nacidos agitando marugas, los labios carcomidos, risita de sarcoma.

El pelo negro y lacio cayendo hasta los pies sobre un manto color grosella, la frente pintarrajeada de signos negros —chillan los ratones devorando trigo—, el oficiante se acercaba.

Al fuego, bruñidos con aceite, relucientes un instante en el aire lleno de pétalos, caían los cadáveres.

Alacranes les anidaban en las orejas.

Cuervos les cubrían los pies helados.

Hongos les brotaban en las órbitas.

Serpientes les entraban por el ano.

Con una cucharita
les raspaban los ojos,
ostras empecinadas
que engullían los monos.

A Totem

Por el suelo, con una de las indonesias enlazado, rodabas.

El oficiante penetraba la otra ante un dios de cien manos y en ellas cien pupilas desorbitadas.

Con el olor de sus cabellos unidos en una trenza, untuosos, te llegaba el de las visceras quemadas.

I

“Edificios color de sangre apenas seca, cúpulas negras por el sol, los años y las lluvias del monzón —otras son de mármol y más blancas que el jazmín—, árboles de follaje fantástico plantados en prados geométricos como silogismos y, entre el silencio de los estanques y el del cielo de esmalte, los chillidos de los cuervos y los círculos silenciosos de los milanos. La bandada de cohetes de los pericos, rayas verdes que aparecen y desaparecen en el aire quieto, se cruza con las alas pardas de los murciélagos ceremoniosos. Unos regresan, van a dormir; otros apenas se despiertan y vuelan con pesadez. Ya es casi de noche y hay todavía una luz difusa. Estas tumbas no son de piedra ni de oro: están hechas de una materia vegetal y lunar. Ahora sólo son visibles los domos, grandes magnolias inmóviles. El cielo se precipita en el estanque. No hay abajo ni arriba: el mundo se ha concentrado en este rectángulo sereno. Un espacio en el que cabe todo y que no contiene sino aire y unas cuantas imágenes que se disipan.”

II

La Boca Habla

La cobra

fabla de la obra

en la boca del abra

recobra

el habla:

El Vocablo.

OCTAVIO PAZ.

Entre maderos que arden, el cuerpo. Junto a la pira, por el suelo cubierto de ceniza, un perro deshace en bandas de lino y lame el turbante blanco, ensangrentado. Más allá, bajo un alero, otro montón de troncos. Alrededor se apresuran los técnicos de la quema. Un dios-elefantito juguetea entre flores. Campanillas de cobre. La muerte —la pausa que refresca— forma parte de la vida.

Talladas en el muro, alas fuertes, simétricas, las águilas mazdeas; sus cabezas de profeta coronan

las puertas. Bandadas de periquitos verdes repiten en el cielo sus círculos. Golosos de ojos, sobre las palmas, dueños de los densos jardines, los cuervos vigilan.

Al atardecer, hartos, aletargados, abandonarán este silencio. Dormirán en las barcas, sobre los flamboyanes de los patios, entre molduras húmedas.

Los guardianes recogerán el sudario manchado. Al pozo la osamenta; por un desagüe las astillas hasta la bahía, donde las roerán los crustáceos nocturnos.

Lavo. Golpes contra la piedra. En los pequeños estanques agua blanca. Agua morada; los otros retuercen, dan jabón, enjuagan, tienden sobre la tierra. Un hedor rancio emana de nuestros cuerpos, vaho de sudor y grasa que asciende hasta el puente —los pasantes viran la cara para no mirarnos: la mirada se mancha. El pelo cae hasta la lejía empozada, los pies en la humedad, entre los dedos grietas.

Del otro lado del estercolero, detrás de la miasma, el tren pasa.

De tantos caramelos que comía
al dios-elfantito
le creció la barriga.
Se cayó de su montura —un ratón.
La luna se rió.
Él le tiró un colmillo.

He nacido. Un paso. Muero.

Juntando en círculo el pulgar y el índice —esferillas de oro pegadas a la nariz, lunares de celuloide en las mejillas, sobre los párpados brilladera roja—, en batallón, quince apsaras de voces roncas, frente a los fumaderos, saltan sobre los que duermen apilados en las aceras, rypiando a los pasantes por la camisa. Danzan, eso sí: en los cuerpos las tres flexiones.

En saris de colores fluorescentes, presas en sus jaulas superpuestas, comiendo maní chillan las putas. Una cortina mugrienta deja ver la cama y las esteras desde donde, encaramada, la familia juzga el jadeo.

En la ventana, quebradura del cristal, cremoso, duerme un camaleón.

Arroz a los pies, embarrado de polvo rojo, en su templo de cemento, un dios-monito ameniza la aldea —los ojos bolas de vidrio, en el hocico pétalos pegados. Azoradas, como cigüeñas que oyen ruidos nocturnos, tres cabezas lo vigilan sobre un cuello: azul de metileno, azafrán, blanco de cáscara de huevo.

Collar de flores, un toro mostaza pace.

Traqueteo de la noria que gira. Cantan —en la polvareda los turbantes morados— ; a lo lejos el chillido de un mono. Huyen: cascabeles en los tobillos, pesados aretes, en las narices aros. Signos negros en la frente, los perros ladran de otro modo.

Fijas las ramas. Lianas que cubren pequeñas moscas moradas.
Cielo de ceniza. Un faisán.

Descuartiza un pollo revigido, virriajado de bilis lo baña en mermelada; con cebolla, tomillo y mango sazona masas de cordero crudo; contando los adarmes pesa un mazo de mariguana, frente a un estante de pulseras relumbronas propone un violín de madera.

(El viento suelta bandadas de seda —red de hilos de oro—, dispersa en copos las pilas de algodón, cubre de polvo los pasteles.)

Curte, incrusta, regatea, revende.
De un charco verdinegro bebe.

Termos de té, pull-overs mandarina, los monjes tomaron posesión de la cueva. Bostezantes, envueltos en frazadas recitaban saludos al Sonriente. Los indios se tapaban la boca, reían detrás de las columnas. Turistas japoneses retrataban con flashes.

Escarcha, quebradura invisible del barro: de las voces, la más baja quedó, cóncava en el aire; las de los niños: flautines frágiles, caramillos de cartílagos, sopladitas lamparillas de cebo.

Las paredes —escenas de la vida del Diamante— devolvieron el reverso empañado de los mantras: resina, sudor del pozuelo de tsampa.

Tos. Carraspeo. Fluir de la flema en los bronquios.

Siguiendo las depresiones del suelo gastado por los pies devotos, los peregrinos deambularon alrededor del dagoba; rozaban con las manos las pulidas figuras.

Hueca la urna, un espacio en blanco frente al esqueleto, al mendigo, al viejo; vacía la montura del que se va a caballo, bajo la higuera nadie medita, las ojizarcas del parque a nadie escuchan, las gacelas.

Aspas rápidas los brazos, shaking the world, un dios displicente baila. A su lado —medias esferas los senos, la cintura estrecha y muy anchas las caderas— ondula una diosa en cuyos brazos, encaramado sobre un ratón, retoza un elefante —con la trompa ensortijada le acaricia una oreja. De trecho en trecho afloran en la piedra tallada espirales de conchas, caballitos de mar fosilizados, estrías de una roca amarillenta donde viene a posarse un pavo real.

En el púrpura de las telas líneas plateadas. Relumbra al sol el plato de cobre donde arden las espigas. Aro de oro, la luz ciñe el redondel de mimbre de las grandes tamboras.

Rostros negros. Ondulan los reflejos de las flautas; alzando las manos, los músicos sacuden címbalos como si fueran ramas cargadas de frutas. Bajo su corona de aluminio, el inmóvil se mira las rodillas; ensartas de flores le caen sobre las orejas, a un lado y otro de la cara, por los brazos, hasta las muñecas que aprietan dijes y un reloj de pulsera.

Por el suelo, las llamas consumen lentamente arroz y aceite, torrecillas de polvo rojo, pétalos. Un olor rancio impregna el aire, la ceniza rosada mancha los pies.

Raíces aglutinadas los troncos; lianas deshechas abrazan las ruinas. La maleza ha invadido los fuertes de la capital abandonada. Pájaros anidan en la zarza que ciñe los capiteles, por los desagües de las albercas huyen ardillas negras, El monzón y la seca han resquebrajado los muros que sepulta el polvo. Monos furiosos derrumban piedra por piedra los minaretes, arrancan lacerías y letras.

Bajo la cúpula blanca de un mausoleo cuya linterna ha cegado el follaje, cal contra la cal, sin mover las alas, da vueltas uniformes un faisán.

Amarrada al extremo de la batuta una bolsa de pólvora estalla contra el suelo: el tambor mayor —un cetrino ojeroso con las uñas pintadas— ahuyenta por las calles los espíritus necios. Golpeando grandes tamboras roncas el cortejo llega a la puerta que no ampara una guirnalda de semillas secas. En la sala, rodeado de una multitud que lo festeja, cubierto de flores y de moscas, sobre una sillita de mimbre, el inmóvil espera. Los vecinos señalan sus zapatos lustrados. Hilos de sangre negra y una baba morada le caen de los labios que los dolientes, al llegar, tocan.

Lleno de árboles, todo cercado el río, fermosos y verdes, con flores y con su fruto, cada uno de su manera. Aves muchas y pajaritos que cantaban muy dulcemente: había gran cantidad de palmas de otra manera que las de Guinea, de una estatura mediana y los pies sin aquella camisa, y las hojas muy grandes, con las cuales cobijan las casas; la tierra muy llana.

Las casas eran hechas a manera de alfaneques, muy grandes, y parecían tiendas en real, sin concierto de calles, sino una acá y otra acullá, y de dentro muy barridas y limpias, y sus aderezos muy compuestos. Todas son de ramas de palma muy hermosas... Había perros que jamás ladraron, había avecitas salvajes mansas por sus casas, había maravillosos aderezos de redes y anzuelos y artificios de pescar... Árboles y frutas de muy maravilloso sabor... Aves y pajaritos y el cantar de los grillos en toda la noche, con que se holgaban todos: los aires sabrosos y dulces de toda la noche, ni frío ni caliente... Grandes arboledas, las cuales eran muy frescas, odoríferas, por lo cual digo no tener duda que no haya yerbas aromáticas.

Todos mancebos, como dicho tengo, y todos de muy buena estatura, gente muy fermosa: los cabellos no crespos, salvo corredios y gruesos, como sedas de caballo, y todos de la frente y cabeza muy ancha, más que otra generación que fasta aquí haya visto, y los ojos muy fermosos y no pequeños, y ellos ninguno prieto, salvo de la color de los canarios.

Gente farto mansa.

LAS INDIAS GALANTES

Esta noche —proclama el portero—, en escena, un dios real.

El decorado superpone almenas cuyas ventanas —celofán y alambre— iluminan por dentro bombillitos rojos; ante una torre inclinada el monumento ecuestre de la reina Victoria.

Con un círculo rojo entre las cejas, cuatro espesas sonríen —dentaduras de oro— bailando en el proscenio un Auspicio a la Aurora; por el fondo, sobre una carroza lumínica que asciende entre nubes de celuloide, con bigóticos engominados y círculos de oro en los pómulos, aparece el Dios-Sol; a sus pies, foquitos intermitentes de todos los colores, el trono del marajá, su favorito.

La madre del príncipe —un travestí extenuado con un moño de canas— acude por el foro dando alaridos y echándose fresco con un pericón de plumas, la sigue una adiposa apretada en un sari de esmeraldas y perlas, la nariz perforada con alhajas de estaño. El martilleo de los tarugos cubre los trémolos de la orquesta.

En su cama de pilares dorados, bajo un mosquitero de raso, el marajá duerme. Zarandeo de sombras detrás de una pantalla: se acerca el enemigo del príncipe y del Astro, un mulatón violento con las cejas arqueadas. Un remolino de ventiladores le agita la melena, un spot rojo lo ilumina. Enloquecida, la Madre aparece sobre un columpio, profiriendo amenazas y agravios.

Redoble de tambores. En el fondo las nubes ruedan hacia las entradas laterales descubriendo un cielo estrellado que de pronto enrojece. Golpe de platillos: del suelo, en un buey volante de ojos encandilados que menean las alas y las orejas, aparece el Dios-Sol. Alza el brazo, apunta al cielo —las luces parpadean—, lanza un grito guerrero que hace temblar la tierra.

Se embisten los titanes y sus vacas mecánicas: con doce brazos cada uno y en las manos puñales y arcos se acometen entrechocando monturas y armas.

Con una lanza el Maligno ataca. Con un sable dorado el Sol riposta. La Madre lanza al Intruso una cacatúa de garfios afilados. Como un saltamontes contra su capullo el marajá da golpes contra la empalizada de hilo que lo protege: los servidores, abiertos de pies y manos —como si quisieran probar que las extremidades humanas son las diagonales de un rectángulo—, la han armado con rápidos tapices alrededor del trono.

El Oscuro, como un ventilador gigante, hace girar todos sus brazos —en las manos navajas— para moler vivo al Astro. Ya se acerca la hélice trucidante al cuello del Luminoso cuando éste, impulsado por dos robustas apsaras que se descuelgan de entre las nubes superiores, salta de su carro, sacude al demonio por la nariz y le aprieta el pescuezo. El Bellaco desorbita los ojos, saca una lengua felpuda y amarilla, patalea... y cae al suelo entre llamaradas sulfurosas, cuchillos rotos y orejas destornilladas que saltan hasta la sala donde se las arrebatan los fanáticos.

Índigo, azafrán, blanco: franjas de seda sobre la tierra; sobre los escalones de piedra que descienden hasta el río las lavanderas golpean los saris. Del agua emergen cabezas de vaca: en la punta de los cuernos conos de plata.

En la ribera opuesta, bajo un farallón y de su mismo sil, una aldea de tierra apisonada. De lo alto, con las uñas aferrados a las rocas, los monos que han devastado el bosque bajan, ávidos de naranjas. Atrincherados en los techos, asaltan a los peregrinos que llegan en carretas.

Para que no pasen los demonios gordos un pilar obstruye la puerta del templo. Junto a su cántaro de cobre, un hombre ceniciento que cobija su propio pelo chamuscado ensarta en una liana tabletas de palma con letras rojas.

Bajo los higos hilan las viejas. En el agua verdinegra de la alberca, los muchachos se zambullen desde la corona de un nicho donde recibe grandes flores moradas un dios con medio bigote y un seno. Los viajeros, desnudo el torso, lavan las bandas de sus turbantes blancos.

En la penumbra de la celda se balancean los faroles de petróleo. Lentamente acariciado con ungüentos, cubierto de flores frescas, en el centro brilla el falo de basalto: una línea cifrada marca el frenillo. En el plato pulido que le sirve de base queda la leche espesa con que el oficiante lo baña.

Detrás de la reverberación, del aire denso, los bramines queman las ofrendas; delante, borrados por el humo y junto a una reja, otros entonan distraídos las palabras rituales y a los devotos, que entregan pirámides lechosas de anón, cocos abiertos, platanitos, monedas y pétalos, dan agua para que beban y se unjan la cabeza.

El índice untado de aceite, de polvo rojo, rápido, traza en la frente la señal.

Depresiones concéntricas ahuecan el suelo que desciende, inclinado como un techo. Al revés, detenidas en su rodar hacia el arroyo, entre lajas levantadas han quedado las bases de columna: el aire en las aristas les va arrancando arena. Estratos de distintas vetas arman, superpuestos, las ruinas: rayas horizontales, paralelas, como las marcas, en un muro, de la crecida.

Unos tras otros —los atraviesan los pájaros de un vuelo recto— los templos corroídos, escuetos.

Desde los nichos que anidan lagartos, sin brazos, nos miran niños de mármol, los ojos cernidos por líneas de oro. En un charco de orine, solo en una celda, un orate repite los veinticuatro nombres.

Higueras en los frontispicios. Entre las ramas de un árbol seco, de ceniza, la luna.

La línea central recta, de cal pura: las laterales curvas, de sangre: el tridente marca las figuras de los dioses hacinados, las piedras del muro que rodea el estanque, la frente del gran elefante que los bramines lavan y perfuman a lo largo del día.

Por el suelo, después de las ceremonias, han quedado flores machucadas, arroz amarillo, incienso, nueces, mierda. Una sola vez al año el sol ilumina totalmente el mástil mostaza.

Grandes monos de yeso, pavos reales de piedras incrustadas, dioses de tres cabezas y un buey de alas de oro —cinceladas las plumas como las de un pájaro— esperan, atestados en un corredor pestilente, el día de la fiesta.

A las pirámides de figuras templando los bramines dan brochazos rosa bombón, azul pastel,

amarillo canario.

Espejea el rectángulo repleto de peces que por milenios nadie ha tocado.

Un niño desnudo, la piel impregnada de ceniza y cifrada de signos rojos, sonando una vasija con monedas, atraviesa la calle.

Brocados, los pies descalzos; los dedos carcomidos, hilos de oro; de aceite de coco untado el pelo negro.

Junto al mar, en la cámara baja duermes, en tu lecho de cobras.

Durmiendo entre sacos unos sobre los otros, en un vaho de uvas podridas, de leche, de excrementos y vómitos, jugando, ovillados en madrigueras de paja, fornicando, esperando en el andén que invade en la mañana un vapor cobrizo, de caucho quemado, abriendo la boca, hurgando en la basura, caminando.

Envueltos en sábanas blancas, abrigándose de la lluvia, bajo los portales, sobre las aceras cubiertas de vidrios donde vienen a caer, asfixiados por el aire negro, Drink Kali-Cola, los pájaros del puerto.

Retorcidas esculturas de estaño soportan las cúpulas que mancha el aleteo de los cuervos. De cera, la efígie ecuestre de los donadores fijados en una sonrisa mortuoria. Grandes flores de nácar: los pétalos derraman hilos de agua. Detrás de las rejas esmaltadas los oficiantes semidesnudos en la noche esperan. Fuentes de mosaico verde; alrededor, Venus de aluminio ofrecen manzanas; entre pavos reales de vidrio, profetas de ojillos azules, luminosos, y bigóticos engominados, escrutan libros de mármol. Las columnas decoradas con minúsculos espejos reflejan la luz del sol naciente.

Sobre un ancho trono de perlas sonrío un niño con el cráneo raspado; las piernas replegadas, la planta de los pies hacia arriba, los ojos enormes bordeados por líneas negras, en la frente un brillante azuloso.

Por el deambulatorio —galería de espejos— se acercan los oficiantes balanceando en las manos pirámides de platos de cobre atravesados por una varilla.

Nada que crezca bajo la tierra. Nada que contenga sangre. Con un paño espeso cubiertas la nariz y la boca.

El suelo es de mayólica: campanillas silvestres, frutas brillantadas, mariposas. Sobre las rosetas centrales de los mosaicos, donde vibran —manchones rojos— los reflejos de los vitrales, posamos los pies descalzos para adorar al Blanquísimo. Lo rodean cientos de guirnaldas, pajarillos que escapan cuando abrimos la puerta del santuario, huyendo hacia la claridad del patio central donde albañiles desnudos encalan los arcos que coronan agujas, veletas, bulbos de oro.

Por el cielo saturado de arcoiris, en barcas labradas —las proas son cabezas de animales, parasoles las velas— los adoradores derraman pétalos sobre Mahavira, corona de una pirámide humana que levantan veinticuatro ascetas idénticos. Con cuatro brazos en cruz gamada y al hombro un sitar, los sigue una diosa que cabalga un avestruz —un collar de perlas en el pico— ; otra, sobre una cacatúa de patas encendidas, con sus ocho brazos blande dardos y ruedas dentadas.

Más lejos, dos príncipes con turbantes de Persia, parados sobre el nudo que forman sus colas de anguila, refrescan al profeta con abanicos blancos. Del trono parte una cinta luminosa que, ondulando como la cola de un barrilete, sube hasta el cielo donde su trayecto repite el de una caravana: rodeando la montaña, con elefantes enjaezados y banderines, con mil trompetas y monos, a las cúpulas de alabastro se aproxima el rey Shrenik.

En las ranuras del dalaje pelo encrespado; grumos rojos, como de lacre. Un olor a visceras tibias, a coágulos y a flores impregna el aire: para aplacar su cólera, para que nos olvide, inmolamos ante la Terrible.

Vagidos. Alguien suena una concha.

Tu rostro es negro, sangrantes los colmillos, tu collar es de cráneos ensartados, en las salpicaduras de las yugulares tajadas se refrescan tus pies.

Al abrigo de tu manto la ciudad se agrieta. El viento salado roe piedras y hombres.

En camillas de bambú los traen: abiertos los ojos vidriosos, tiznada la frente, en los labios dos mariposas blancas.

La mortaja mojada; un polvo bermellón, rociado al voleo, la mancha.

Rumor de bazares alrededor del templo. En los muros borrones rojos. Figuras garabateadas; con carbón letreros en sánscrito. El resplandor de las fábricas alumbró el agua fangosa del río, el puente de hierro.

La muerte no está ni más allá ni más acá. Está al lado, industriosa, ínfima.

Los elefantes entrechocan sus trompas para saludarse imitando el manotazo de los hombres.

Barbudo, de ojillos ovalados; tú, desnuda, bailas al ritmo de un triángulo, con los brazos en arco muestras ante la frente una manzana.

De pie, desnuda, me escribes una carta.

Con un bastoncillo de madera quemada te alargas la comisura de los párpados, apoyas el codo en la cabeza de un servidor.

Olvidas la espina; te miras en un círculo de metal pulido.

Un mono te lame.

Un escorpión te desviste.

Dos nagas coronados entrecruzan sus colas: trenza de escamas. Uno muestra un frasco de perfume.

Yo con pelo de mujer, tú, delante, doblada, las palmas de la mano contra el suelo. Mis dedos marcan depresiones en tu talle, donde se anudan hileras de perlas, ceñidos las nalgas y los senos.

Con el turbante puesto, un guerrero bigotudo, la boca abierta en una carcajada, penetra una yegua con un miembro tan gordo como el de un caballo; su compañero, encaramado en una tarima, burlón, se tapa la cara; otro bebe vino en una concha.

La cabeza contra el suelo, los pies hacia arriba, el sexo erecto, cada uno de mis brazos entre las piernas de una mujer desnuda: las penetran mis dedos anillados.

Vista de espaldas —su peinado: una torre de alhajas—, una tercera viene a sentarse entre mis muslos. La fuerza. Risueñas, mis guardianas la obligan a hundirse. Para que entre mejor doblas las piernas, levantas los pies del suelo. Minúsculos servidores vienen a ayudarte y se hacen mamar por criadas que al mismo tiempo juegan con monitos.

Junto al río, hasta una cabaña, me halaste por la túnica. Con paso más que lento, te deslizabas entre los juncos. Fino como el de la leona, tu talle me recordó la cimbra del tambor dombori. Tu espalda se arqueó. Rodeándolos de sus círculos brillantes, sobre el loto de tus pies zumbaban las abejas.

Tus senos son esferas repletas que mis dedos rozan, un punto de oro en las comisuras te alarga los ojos, la nariz recta, las cejas dibujadas de un solo trazo. Llevas un címbalo, yo una flor.

Tantos y tan bonitos son tus ornamentos que parece que cien mil abejas de oro se han posado en tu cuerpo, la música de los aros que en los tobillos te repiten la quinta nota de la gama es tan suave como la miel.

Teñidos de laca, los pulgares de tus pies brillan al sol.

Pasé la noche escanciando a una gacelita en cuyos ojos había una deliciosa somnolencia que a mí me impedía dormir.

Se enharina la cara el gurú, enciende su chilom, masculla un saludo a las apsaras rosadas del alba;

en la cocina, detrás de un humo rojo de pimientos hervidos, los discípulos soban una estatua de vidrio, como el maestro, con un moño, obesa.

Parasoles de guano tejido, que marca de rojo la escritura bengalí, dan sombra a los letárgicos. Por las escalinatas, a medida que la bruma se dispersa, con bocales de cobre descienden los orantes.

Ante una muñeca de celuloide con varios bra —citos y un vestido de raso morado y rosa, alrededor del micrófono, el coro de adeptos se turna para que la música no cese; han colgado altoparlantes en los postes para que la escuchen hasta en la otra ribera. Una nubecilla escarlata, que emana de un montículo ardiendo, perfuma la diosa; un enano ranoide gime a sus pies.

Los bramines embadurnan de lacre las columnas del templo; los monos, colgados por el rabo, se balancean en los badajos de las campanas. Tres inmersiones. Tres veces tomo agua entre las manos, que en silencio devuelvo al río. Un disco rojo abrasa, del otro lado, la planicie vacía, arenosa, y más cerca, ilumina las barcas inmóviles, las ofrendas —bandejas de mimbre que arrastra la corriente—, un cerco de ceniza que los perros husmean.

Balcones de madera. Tapizan las fachadas los afiches de un film. Enchape de oro: las torres nepalesas de un templo. Dos tigres amarillos custodian la casa del que cobra los impuestos de la quema.

Con un vanity y un palito se va cubriendo el cuerpo, ya blanqueado, de lo que copia de un libro: con polvo de sándalo un rectángulo amarillo en la frente, una V roja en el brazo, tridentes en las manos, sobre fondo cinabrio el nombre repetido en la planta del pie. Azafatas raídas le traen florecillas frescas, panetelas, unas monedas; barren la plataforma de tabloncillo, arreglan los harapos del parasol. Dos niños le muestran, en minúsculas vasijas de barro, velitas encendidas que luego dejan en la orilla y empujan con las manos como barcos de papel. Se vetea de verde las verijas, una argolla de plata le cercena el prepucio.

Los bramines rociarán la mortaja: pegada al cuerpo caquéctico, drapería mojada. De la camilla de lona, sobre los maderos, lo voltearán. Con una antorcha, por la boca, los allegados le darán fuego. *Yon will leave Varanasi, but Varanasi will not easily leave you. Something somewhere inside you will not ever be the same again.*

La crecida que se acerca, arrastrando la arena del fondo, nos llevará hasta el delta, hasta el mar.

Junto a Vishnú-enano barrigón, el orante —de un cordón blanco que le cruza el pecho cuelga una llavecita— entona la plegaria. Tararea, murmura, nombra en voz baja —la luz que atraviesa las ramas va alargando la sombra de su cuerpo en el muro— ; con el índice toca las letras acuñadas.

Frente al templo, en la llanura reverberante, dos bueyes ayuntados giran alrededor de un pozo. Un adolescente de turbante blanco los conduce y fustiga. Ánforas de barro extraen el agua y la derraman en una zanja; la cinta sigue los surcos, los bordes de la aldea, el sendero que ondula por los distintos verdes, hasta los estanques del templo, donde una canal negruzca, entre guaridas de cobras, vierte la leche de las ofrendas.

En el horizonte, borrosos, cuatro minaretes custodian el mausoleo blanco. Más cerca, entre minúsculos manojos de oro, un labrador empuja el arado; por el camino se alejan los arrieros, sus reflejos en un río que enmarcan los oscuros arabescos del Fuerte.

A través de los mucharabíes blancos, del tejido de estrellas que horada los muros de mármol, flores y franjas de oro, al viento flotan los saris blancos; a través de los polígonos perforados —reunión de puntos claros—, los turbantes. La fachada de ladrillo se descompone-diminutas manchas rojas —, parece evaporarse. Por los luceros vacíos el sol penetra hasta la cámara baja: un paño espeso, de fieltro negro, encubre la tumba del profeta; una frase repetida esplende en el umbral.

Las palomas parten al unísono, como si escucharan un disparo, dan una vuelta sobre el patio

inmenso; vuelven a posarse en la fuente, sobre las esteras paralelas donde los devotos se arrodillan, descalzos, y con la frente tocan el suelo. Junto al minrabo, un viejo de barba blanca y turbante negro balancea las manos juntas, ahuecadas, como si contuvieran un líquido espeso, presto a filtrarse entre los dedos; otro deletrea un pergamino de bordes gastados.

Afuera, a los pies de la mezquita se agolpan buhonerías, baratillos de estatuas; los traficantes subastan miniaturas, tankas repintados, con dioses erróneos, toscas deidades de marfil, banderines tibetanos rotos. Un sol enorme, naranja, se hunde entre los minaretes, en un cielo jaspeado; la voz del almuédano que llama silencia el martilleo de las herrerías, los gritos de los lavaderos, el tintineo de las tiendas atestadas de cobre. Con el timbre de las bicicletas y los cláxones, los radios mezclan las voces altísimas, almibaradas, de las sopranos, marimbas y arpas. Hasta los pórticos se amontonan carapachos oxidados, motores rotos, llantas; el zinc chorrea aceite rancio; un olor acre sube del laberinto de chatarra.

Las palomas vuelven a alzar el vuelo, amplían sus trayectos hasta el puente, hasta el fuerte de ladrillo desde cuyos balcones, recortados por oscuros arabescos, se divisan a lo lejos, donde se unen los surcos, el mausoleo de mármol, y temblorosos, como detrás de un río de alcohol, los cuatro minaretes, el creciente de oro.

Los párvulos pasean de la mano por el jardín que centran las tumbas de los príncipes; suben a los nichos vacíos, se quedan en silencio abrazados, leyendo; trepan hasta las terrazas, bajan a la carrera, se encaraman de nuevo, cantan. Uno muerde una caña de azúcar, otro tira naranjas. Llevan cuadernos de dibujo, tizas, vasos y cantimploritas verdes, de material plástico.

Estanques secos interrumpen el césped. Rayados con punzones, en las bóvedas quedan apodos en inglés, figuras, fechas que desde lejos son tachaduras blancas. Astillas de cenefa sobre el frontón.

Escaleras que suben hacia ninguna parte, muros inclinados, hemisferios vacíos. A su paso por los bordes numerados las sombras reproducen la curva de la Tierra, cifran la altitud de los astros, postulan un Sol fijo. En las escalas borradas por la lluvia cada tarde reitera las medidas. Astrolabios de bronce han quedado entre las ruinas, desechados, rotos.

La hora exacta.

En tu lecho de cobras entrelazadas, sobre un océano de leche, desnudo, duermes. Mil cabezas de escama coronan tu cabeza. Respiras lentamente. A los suaves anillos tu cuerpo se abandona; en tus manos abiertas reposan los emblemas.

Escuchas quizás el rumor de los inmensos banianos que bordean el estanque; el viento y los pájaros sacuden sus gruesos hilos negros.

Por una pasarela, a ungierte los pies se acercan los devotos, beben del agua naranja que se empoza entre tus piernas, tocan los nudos de las colas.

Pétalos y paisas te van cubriendo; junto a tu cabeza embadurnada de polvo amarillo brilla un jarro de cobre.

Desde el extremo sur los peregrinos han venido a cantarte. Dos cerdos de piedra custodian la campana que a tu saludo tañen.

Hélices perpetuas, tus brazos lo han triturado todo. Entre las cobras desatándose y escupiendo llamas ha girado tu cuerpo. Sereno, sonriente, los gestos subrayados por círculos de fuego que tu propio vuelo rompe, que se arman otra vez, rápidos, bordes incandescentes de finísimos hilos, relámpagos de arcoiris lentos. Una corona solar sigue las ondulaciones de tu cuerpo y las repite en el espacio que alrededor de tus brazos, cuando giran, se incurva.

Tu baile destructor ha extinguido la Tierra. Ahora, jadeante, contemplas el espacio devastado. Los párpados te pesan. A los reptiles plácidos se abandonan tus brazos y tus piernas. Recuestas la cabeza. Uno a uno tus músculos se aflojan. Los oios entreabiertos, ves el cielo de invierno. El viento de la noche desdibuja los árboles.

De tu ombligo surgirá la flor de loto y de ella el creador.

Bailarás otra vez.

Vuelve a dormirte.

Detrás de los canastos de remolacha, de las pilas de arroz, de una vitrina empañada, en la bruma del almacén los mercaderes pesan el té. Pintados en la puerta, entre pericos devorando flores, los siete bodisatvas. Por el cristal, más allá de los techos, de los puntales labrados, los ojos de una torre dorada, la montaña.

Pasan en bicicleta, en los ángulos de las pagodas suenan gruesas campanas, se tocan la frente. Los soportes de los aleros son chivos amarillos, de enormes falos. Sobre los peldaños los vendedores van extendiendo tabletas ensartadas, con letras rojas, en pali, calendarios sánscritos, birretes nepaleses, mandalas, mapas.

A la diosa que arponea un búfalo ofrecemos platanitos; sobre las calaveras babeando sangre que esgrimen sus múltiples manos regamos pétalos; arroz crudo en el suelo, que las palomas, ávidas, devoran. Con un armonio, un violincillo y un triángulo —un niño canta—, sobre una estera, los viejos del barrio amenizan la entrada; en el patio las velas iluminan una copa con flores, una rueda, una cruz gamada: entre banderas de oro cagado por los pájaros Buda enseña. Estandartes de mantras. Rodean al Liberado un dios-águila de metal brillante, un mariscal de ojos mongólicos que despliega un pergamino y dos leones de pupilas rojas.

Bajo los techos cónicos, los demonios abren mujeres por las piernas, rompiéndolas. Para que los fieles puedan dibujarse los signos prescritos sobre la frente hemos instalado espejitos móviles en todas las paredes.

Una cinta de metal descende desde lo alto de la pagoda, por los techos superpuestos, hasta el más bajo, lo toca.

Entre las esculturas del patio, fornican en tropel los corderos sagrados.

Olor a hachís y a sándalo.

Sobre una hilera de molinos de plegaria que giran con un rumor metálico —los peregrinos los impulsan: las fórmulas se despliegan en el aire—, en urnas de portezuelas rotas, los Iluminados reciben a sus pies niños que juegan; los monos vienen a robar ofrendas y devoran a dentellones sus vestidos, luego trepan sobre el gran cetro dorado —uno chupa un huevo—, saltan hasta la mole blanca de la estupa cuyo cemento manchan, desde la cima, chorreaduras del amarillo que deja la lluvia; contemplan desde allí los trece cielos —uno a uno—, el penacho rodeado de faroles que termina en un pararrayos.

Sobre tapices raídos, paralelos, los alumnos recitan mantras. Alrededor de Sidarta, mil estatuillas plateadas; frente al estante que las contiene, encaramado en un sillón alto, un lama de espejuelos y bonete rojo dirige la plegaria. Sobre los asientos se amontonan templos reducidos, de mazapán, mantos amarillentos, jaritos de té con tsampa. Un monacillo golpea el tambor circular suspendido a la entrada, otro infla los pómulos, se pone colorado, logra soplar una corneta y luego una concha marina; un tercero, bajo su manto, destapa una lata de Ovomaltina. Cuchichean, se tiran bolas de papel y pajaritas, se hacen señales y musarañas repitiendo el Mani sin fallos. Uno se levanta, del estante toma un frasco de agua y varios pastelitos, abriendo un toldo churroso los tira al patio; otro se duerme, da un cabezazo, se orina en el manto; su compañero le hace cosquillas en las orejas.

Desde lo alto de la colina nos llega el estampido de los platillos, la nota única de las grandes cornetas plegables que los monjes transportan sobre patines, continuas, las voces, ásperas.

En el plafón que centra un globo de vidrio con un avioncito de la Roy al Nepal, el Gran Mandala de las Deidades Irritadas y Deten toras del Saber; los muros son escenas de la vida del Diamante. Un pajarito viene a bañarse en una de las copas de la ofrenda. El aire fresco de las montañas penetra por las ventanas que obtura una tela metálica. Con trabajo, un campesino hace girar un molino de plegarias de su mismo tamaño.

Desde la torre de la gran estupa, los ojos del Piadoso nos miran —cejas de azul añil, párpados esmaltados; un aro rojo ciñe las pupilas. En la cúspide, del parasol de oro parten en todas direcciones banderines de colores; flotan al viento las plegarias impresas.

—Heme aquí, oh bikús, como quien dice, Gran Lama, y por ende, jefe de la estupa world famous que veis allí enfrente. Sí, blancos, melencidos monjes, cumplo mi karma en este cuchitril suburbano vendiendo los antiguos tankas de la Orden y traficando cetros de cobre ya verdoso para mantener a los últimos lamas de Bonete Amarillo.

Con las tabletas del Canon, los instrumentos portátiles, un tropel de yacs, algunas máscaras rituales que pudieron recogerse en el albur de arranque y una colección de cuños para imprimir banderines, la Congregación atravesó, custodiada por los Ancestros, los valles más fríos, las montañas más altas del mundo. De los dignatarios que me preceden uno tuvo que emigrar; muestran al otro en las cortes populares de esas provincias del exterior mongólico, tan nevadas y al norte que ni las grullas llegan en verano.

TUNDRA: ¿Qué tengo que hacer para convertirme al budismo?

EL Gran Lama: Raspase la cabeza. Ah, y por favor, si de verdad quiere “entrar en la corriente”, detenga ahora mismo toda violencia. El embajador de Francia vino a verme por la mañana; por la tarde, en el Rajasthan, su hijo mató un tigre. De aquí se fueron al Ashoka Club y bebieron cerveza de arroz. De cierto os digo, bikús de Holanda, que es la Sed lo que os impide ver lo no-compuesto, lo no-creado, lo que no es ni permanente ni efímero. ¿Qué les parece esta pintura tan antigua, regalo de un lama encarnado del Bhutan?

Escorpión: Tengo miedo a morir en accidente, ¿qué debo hacer?

RESPUESTA DESEADA: LOS agregados que componen el hombre, oh pálidos, no son más que productos desprovistos de la menor realidad: comprenderlo engendra una alegría que ignora la muerte.

Respuesta (de lo) real: ¡Vamos hombre! ¡Para eso están los amuletos! Éste, por ejemplo —y toma de una mesita un puñal de cuatro filos y en el mango emblemas—, codiciado por varios museos de Occidente, envuelve el cuerpo de quien lo posee en un halo invulnerable. O este —sacude mía maruga de pergamino, dos perdigones la golpean, en la punta de un hilo—, que de seguro nunca han visto: protege y fortalece.

TOTEM: ¿Cómo eliminar la angustia?

EL GRAN LAMA: Siéntese con las piernas cruzadas —y, soltando las pantuflas, cruza él las suyas, que aprieta un pantalón de gamuza amarilla—, la espalda derecha, la atención alerta. Un círculo. En él inscriba un cuadrado. En el centro, una deidad de su preferencia. Concéntrese en ella. Claro está, para comenzar, es necesario un soporte, un mandala pintado, como este— y desarrolla sobre el tapiz una tela pintada, con geometrías concéntricas —, tan milagroso y antiguo, que a usted, para tan noble empeño, le cedería por unos dólares: poco podrían pretenderlo las rupias de este país, y, of course, mucho menos las indias.

Tigre: ¿Cuál es el verdadero camino de la Liberación?

EL GRAN LAMA se queda en silencio. Una risita boba (en el salón contiguo, sobre un sofá, sus hijos hablan por un teléfono rojo, de material plástico).

El aire de las sabanas quemadas, el vaho que asciende desde los bordes del río, lento, respiramos.

Por tres días dormiremos bajo los aleros, junto a las pequeñas plataformas de losa, mirando el agua. Daremos limosnas a los lisiados que se arrastran con latas. En la cuarta noche regresaremos a casa.

En un tugurio sin ventanas —el olor dulzón de las piras contiguas y el del curry se estancan—, sentados junto a los sartenes, en el piso de tierra, los yoguis que para la fiesta de hoy han subido hasta el norte, recitan los preceptos matinales, fríen vegetales. Con la ceniza de los braseros se embadurnan el cuerpo; cuidadosamente se alisan el pelo untado con aceite de enebro. Aceptan que los miren, pero no con espejuelos.

Los peregrinos dan alaridos a las puertas del templo, se agolpan a lo largo del río, rompen los cordones del ejército y corren hasta el patio para tocar al gran Nandin de oro —flores en las pezuñas, en las rodillas tres listas blancas. Un tridente de plata y un tamborín sobresalen entre los techos.

A medida que el sol asciende tras los troncos hinchados y que la luz se filtra por las copas, en los pequeños templos corroídos van apareciendo, en hileras, los falos. Las mujeres que los perfuman, el bermellón y el oro de sus vestidos, interrumpen a veces, un instante, la sucesión perfecta de los cilindros.

Los monos roban y ripian la ropa que los devotos han dejado en la orilla. Al son de tres músicos mugrientos una niña regordeta baila; su hermano cuenta en inglés la historia del gurú que cegó a un hippie de una pedrada, mima el ahogo del holy man que, por tomar vino, rodó hasta el río.

Un campesino cherpa muestra en una palangana el desplazamiento de unos caracoles fluviales, y en una balanza, macitos de mariguana que cuatro melenudos, en holandés, regatean.

Las mujeres dejan flotar las bandas brillantes de sus saris; las sombras de las perdices que atraviesan de una ribera a la otra son flechas negras en el suelo pedregoso del fondo.

Manchado por la ceniza de la cremación, por la mugre del baño y los escupitajos, el hilo de agua sigue por el valle su curso, serpenteando entre las rocas, hundiéndose en los bajíos, excavando un desfiladero en cuyas paredes, refugiados en las fisuras, meditan, mudos, los amigos de los pájaros.

Luego desciende hasta los baños reales —alimentan la alberca dos cobras.

En los paneles indicadores, los primeros ideogramas; de un lado y otro del camino, terrazas sucesivas, hasta el arroyo a secas —frangas de arena brillante—, como un oleaje.

Los labradores descienden en fila desde los caseríos, bajo las hileras de árboles rojos; las cabañas de mimbre son puntos claros en la pendiente ocre. El viento de la mañana despliega en estratos brumosos el humo de las alfarerías. En las colinas flotan banderines blancos sobre montículos de piedras cubiertas de escrituras negras.

Donde termina el camino, del otro lado del puente, el farallón abrupto de las montañas; hilos helados bajan desde lo alto.

Un elefante de cemento, que cabalga un niño enarbolando un libro, precede las construcciones macizas, paralelas, que cubre el monograma negro de la Marcha. Más alto, entre las cimas, quizás el viento haga girar los molinos de plegarias alineados en los muros de los monasterios abandonados, en los altares que la nieve sepulta.

Los monjes de manto rojo recitan un saludo a Avalokitéhvara. De izquierda a derecha siguen con el índice las letras acuñadas en las tabletas blancas que vuelven hacia afuera y protegen del sol con un paño.

Un tubo de neón ilumina al Gautama dorado cuyos labios se estiran en un rictus. Banderines de seda bordados de colores tapizan hoy las columnas y el techo. Junto a fuentes de milhojas, calderas de té humeante, marugas y caramelos, los niños van colgando bandas de tul blanco al festón que enmarca un retrato gigante, en colores acrílicos, de un joven lama aureolado, y a los bucaritos que ornán los de unos reyes de perfil, miopes y prognáticos.

Al alba empezaremos de nuevo, hasta que en el horizonte las deidades apacibles y detentoras del crepúsculo muestren sus dedillos anaranjados. Entonces contemplaremos en silencio la lentitud con que el sol se hunde entre los valles nevados, del otro lado de las montañas, junto a las grandes estupas ya vacías y los ojos borrados sobre las torres del país natal.

En el eco que deja un címbalo la más grave de las cuatro voces pronunciará las sílabas:

Que a la flor de loto
el Diamante advenga.

notes

¹ Sí, porque llegaban los garzones en un tal ambaje, que había que precipitarlos hacia donde todos los santos ayudan: eso hacía la Señora, Cosmética mediante. Salían del cubículo las muñecas en pleno esplendor del yin, crepitantes de joyas, coccinellicas todas; o al contrario, acuñadas según Bambi, con cerquillo castaño y en prêt-à-porter, agresivas de tan discretas. A cada espectáculo aparecía una nueva ola de conversos, otro asopranado coro de transgresores: ¡Pronto caeremos en el estajanovismo! —protestaba la Señora—. Hay que corregir los errores del binarismo natural —añadía bembenistiana—, pero per piacere, señores, ¡esto no es soplar y hacer botellas!

² Echar el bofe / andar de coronilla / hacer añicos / tocar todos los registros ./ no dejar piedra por mover / echar el resto...

Debo estas expresiones al *Ensayo de un Diccionario Español de Sinónimos y Antónimos*. ¡Gloria a su autor Don Federico Carlos Sainz de Robles! A él agradezco el ser un “millonario del lenguaje”.

³ indefinitely proceeding sequences, of course.

⁴ Saber armonizar los colores es un arte difícil. Un florista hábil, una costurera de gusto comprobado, un decorador de talento, encuentran, casi sin buscarlas, gracias a una especie de instinto, las combinaciones que encantan la vista; pero los que ignoran las reglas que gobiernan la relación de los colores se debaten con dificultades invencibles.

El *Armonicolor* permite vencer esas dificultades, si así puede decirse, automáticamente. Éste se basa en el hecho siguiente: las combinaciones de colores siempre se reducen a realizar sea una *armonía*, sea un *contraste*. Cf.: *Harmonicolor*, Disque d’harmonie des couleurs, por Louis Cabanes, Inspector de Dibujo en las Escuelas de la Ciudad de París y C. Bellenfant, Profesor diplomado de la Ciudad de París.

⁵ Quien, al levantarse, se ha visto a sí mismo, tal y como era cuando aún tenía pelo, entrar al excusado y sentarse en el retrete, o se ha dicho adiós, entre dos corredores de metro, más viejo que una postal descolorida, no se asombrará de esta coincidencia.

⁶ Tarado lector: si aun con estas pistas, groseras como postes, no has comprendido que se trata de una metamorfosis del pintor del capítulo anterior —fíjate si no cómo le han quedado los gestos del oficio— abandona esta novela y dedícate al templete o a leer las del Boom, que son mucho más claras.

⁷ {Sra + Cobra (+/ =) Pup = (3/2)}

⁸ Ver su retrato por Carreño (1614 – 1685) en el Prado (Numero 646) con su pendant “el poco grato, pero magistral, que la pinta desnuda, aunque con distintivos de Sileno para disminuir lo repulsivo de la figura”. F. J. Sánchez Cantón, Guía del Museo del Prado.

⁹ Tomaban por el de Magallanes el estrecho de Gibraltar.

¹⁰ Formaban el coro la Divina —una guachinanga cubana antaño lanzada por Juan Orol—, la Adivina —que en el entreacto tiraba el tarot, el tute y los caracoles—, la Di Vina —bailarina napolitana de ascendencia austríaca, nacida en Puerto Rico y procedente de Caracas— y Lady Vinah —diz que noble inglesa venida a menos con la pérdida de plantación de té en Ceilán.

¹¹ En el sentido que esta palabra tiene en argot peruano. Homenaje al “paquete obrero”.

¹² Diario de Colón.